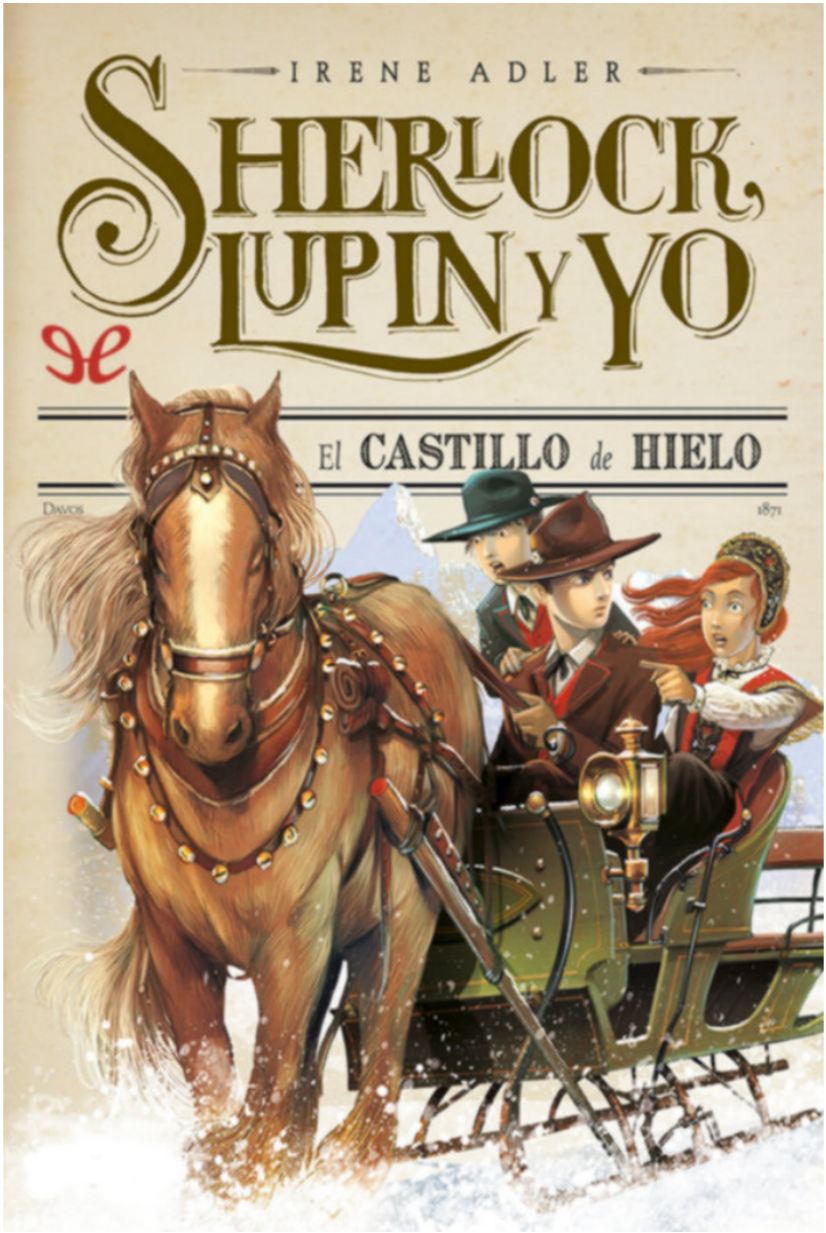
IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

El CASTILLO de HIELO



Sherlock, Irene y Arsène se encuentra en Davos-Platz, con los Alpes suizos como magnífico escenario. Detrás del tranquilo ir y venir de los veraneantes se esconde, sin embargo, una intriga internacional. En un ambiente de sospecha en el que nadie es quien parece ser, Irene y sus amigos se verán envueltos en las intrigas de un gran criminal al que obligarán a descubrir sus cartas.

LA VIEJA EUROPA ES UNA BOMBA DE RELOJERÍA

Irene Adler

El castillo de hielo

Sherlock, Lupin y yo - 5

ePub r1.0
Titivillus 06.03.2019

Irene Adler, 2013
Traducción: Miguel García
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

Índice de contenido

Cubierta

El castillo de hielo

Capítulo 1. El velo caído

Capítulo 2. El frío de la noche

Capítulo 3. Un pasado incomprensible

Capítulo 4. La llamada de los Alpes

Capítulo 5. Sombras en el bosque

Capítulo 6. Un paseo accidentado

Capítulo 7. Un hotel muy poco tranquilo

Capítulo 8. Una tarde triste

Capítulo 9. Ayer y hoy

Capítulo 10. El hombre de los prismáticos

Capítulo 11. Una desaparición

Capítulo 12. La voz de los espíritus

Capítulo 13. Luces en la noche

Capítulo 14. Un amigo imprevisible

Capítulo 15. Una sorpresa singular

Capítulo 16. Un mensaje de Berlín

Capítulo 17. Una fiera en fuga

Capítulo 18. Otro «hasta la vista»

Capítulo 1

EL VELO CAÍDO

El tren se detuvo justo en mitad del valle. Al otro lado de la ventanilla, los bosques de abetos que tapizaban las laderas de las montañas se dejaban acariciar por el sol de la tarde. Todo parecía inmóvil y sereno, como en un paisaje colgado en el salón de alguna anciana de la alta sociedad.

El contraste entre aquel panorama y mi estado de ánimo me arrancó de los labios un corto suspiro. Debíamos de llevar parados un rato, pero no me di cuenta hasta aquel momento, como si me hubieran despertado las voces que ahora se oían en el valle.

—Una vaca en las vías… o algún otro pequeño incidente por el estilo —me explicó Horace Nelson, nuestro fiel mayordomo, con una sonrisa apenas esbozada—. Estoy seguro de que dentro de poco nos pondremos en marcha de nuevo.

Miré por la ventanilla y no vi vacas pastando, pero sí me pareció ver algo, apenas una sombra huidiza en el verde brillante del prado que desapareció enseguida entre los abetos. Yo, distraída por muchos otros pensamientos, no le di importancia. Tendrían que

pasar algunos días para que me percatara de que aquel episodio insignificante había sido, en realidad, el primer indicio de un gran misterio. El más denso e intrincado con el que me había tropezado nunca.
Por entonces, de todos modos, no tenía la menor sospecha y no hice más que asentir, esbozando a mi vez una pálida sonrisa para Horace.
Reflexioné, por contra, acerca de cuánto había cambiado el comportamiento del señor Nelson con respecto a mí en aquellas últimas semanas. Era como si hubiera retrocedido varios pasos para volver a la discreta cortesía que siempre me había reservado, hasta unos meses atrás. Aquella era su manera de hacerme saber que comprendía la convulsión en que se hallaba mi espíritu y que, en lo que de él dependiera, tenía intención de dejarme en paz.
Pero la paz en sí era para mí algo extremadamente distante, inalcanzable, en aquellos días. De hecho, ¿cómo podía encontrar la paz quien acababa de ver cómo el destino ponía patas arriba su vida y cómo todo lo que le parecía seguro de repente se escurría entre sus dedos?
Todo había ocurrido pocas semanas antes, mientras me encontraba en París: acababa de salir de un oscuro asunto en el que Sherlock y Arsène, mis grandes amigos, y yo misma nos habíamos visto involucrados, no sin grandes peligros, cuando el destino había decidido imponer un brusco giro a mi vida. Una señora de hermoso rostro y ojos profundos con la que me había encontrado en varias ocasiones en el pasado, siempre de manera fugaz y un tanto misteriosa, esta vez se había sentado a hablar conmigo y me había desvelado por fin su (¡nuestro!) secreto; se llamaba Alexandra Sophie von Klemnitz y era mi verdadera madre.
Muchas veces, con el transcurso del tiempo, he vuelto a pensar en las horas siguientes a aquella revelación con la esperanza de comprender, al menos en mi recuerdo, cuáles fueron mis sentimientos. Pero cada vez que la memoria trata de aferrar aquellos momentos, todo se vuelve borroso y no puedo dejar de ser avasallada de nuevo por la misma confusa sinfonía de impresiones y estados de ánimo. Recuerdo, por ejemplo, que tuve la sensación de encontrarme en un extraño sueño en el cual nada de lo que me ocurría era real. Y también recuerdo que pensé largo y tendido en

mis sentimientos hacia el señor y la señora Adler; por mucho que los quisiera, especialmente a mi padre, ¿acaso no había advertido siempre una inexplicable sensación de que me eran ajenos? Así era. Pero ¡qué desconcierto había provocado en mí el enterarme de que no se trataba de la intangible impresión de una muchachita de ánimo inquieto, sino de algo que tenía todo el peso y toda la crudeza de la realidad!

Y recuerdo, además, ciertos pensamientos que trataba de mantener alejados y que retornaban continuamente para herirme como punzadas. ¿Por qué aquella mujer de aspecto tan amable me había abandonado, aceptando separarse de mí, de su hija? ¿Cómo habían podido los señores Adler vivir tanto tiempo ocultando aquella mentira? ¿Cómo habían podido, día tras día, prestarse con tanta dedicación a tal farsa? Y, sobre todo, ¿quién era yo realmente? ¿Quiénes eran mi padre y mi familia?

Tal vez sea precisamente ese sentimiento el que recuerdo con mayor nitidez: la intransigencia de la chica que era yo por entonces, deseosa de obtener todas las respuestas de inmediato para poder poner fin así al carrusel de mentiras en que me parecía que se había convertido mi vida. Y estos son, también, los recuerdos para mí más dolorosos hoy. Porque el odio y el desprecio que en aquellos días rezumaba mi alma herida no excluían siquiera a quien, como el señor Leopold Adler, no merecía en realidad ninguna condena, pues había tomado cada una de sus decisiones guiado por una innata bondad de espíritu. Pero el corazón de una chica es impetuoso y considera engaños o viles excusas todo lo que no contribuya a aplacar su sed de verdad.

Con tal turbulencia anímica viajaba entre los majestuosos perfiles de los Alpes suizos en dirección a Davos, donde precisamente iba a encontrarme con Alexandra Sophie von Klemnitz, la desconocida, la que debía esforzarme en aprender a llamar «madre».

Aquel encuentro, obviamente, había sido decidido de común acuerdo con los señores Adler. Porque mis padres adoptivos, pese a mi insistencia cada vez más vehemente, se habían empeñado en no darme ninguna explicación sobre las circunstancias de mi adopción.

—Son explicaciones que una madre tiene el derecho, es más, el deber de dar a su hija mirándola a los ojos —me había dicho la señora Adler, tensando los músculos de la cara para contener las

lágrimas—. Tendrás que esperar, pues, a poder hablar con la señora Von Klemnitz.
Aquel momento se acercaba cada vez más y cuando me asomé por la ventanilla reconocí un elegante y majestuoso edificio en la ladera de una montaña. Lo había visto en una postal ilustrada que había llegado pocos días antes a nuestra casa; era el hotel Belvédère, en el que la señora Von Klemnitz, mi madre, se reuniría conmigo. El tren volvió a ponerse en marcha lentamente y la locomotora lanzó a los aires su agudo silbido, el cual, a diferencia de lo que siempre me había ocurrido desde que era niña, no me produjo ninguna alegría.
Cuando llegamos por fin a la estacioncita de Davos-Platz, Horace tomó consigo nuestro equipaje y moviéndose ágilmente en la pequeña plaza que había frente a la estación, atestada de vehículos, encontró un carruaje para nosotros. Recorrimos el corto trecho de la suave cuesta que lleva a Davos-Dorf, la parte más alta del pueblo, y nos detuvimos delante del hotel Belvédère. Dos botones con librea vinieron corriendo hasta el coche para ocuparse del equipaje.
El señor Nelson me ofreció el brazo y me ayudó a bajar del vehículo, y cuando pusimos el pie en la blanca escalinata del hotel se detuvo un instante para mirar a su alrededor. Era esa hora del día en que la tarde empieza a endulzarse y difuminarse en el ocaso, y el amplio valle cubierto de abetos parecía aún más calmo y majestuoso.
—¿Acaso no es maravilloso, señorita Irene? —me preguntó Horace, y vi brillar en sus ojos oscuros una auténtica admiración por el espectáculo que ofrecían aquellas montañas.
—Lo es, mi querido Horace —respondí, hundiendo también mi mirada en el verdor de los bosques, ahora veteado con tonalidades doradas.
Pero fue una respuesta dictada más por la cortesía que por la sinceridad. Por mucha belleza que emanara de aquel paisaje, mi corazón y mi cabeza estaban en otra parte.
El vestíbulo del hotel tenía grandes puertas de cristal que lo hacían bastante luminoso, mientras que los colores discretos de la tapicería y los cortinajes le daban un aspecto elegante pero no ostentoso. El *concierge* del Belvédère nos recibió con un despliegue de inclinaciones y con esa afectación típica de quienes trabajan en los hoteles de gran lujo. Nos asignaron dos habitaciones contiguas, la

número 319 y la 320, desde las cuales, nos aseguraron en un francés de cadencia bastante graciosa, gozaríamos de una bonita vista del valle.
Horace y yo subimos la escalera en silencio seguidos por los botones con nuestras maletas. En el momento de entrar en nuestras respectivas habitaciones intercambiamos la enésima sonrisa. Tuve también la impresión de que el señor Nelson iba a decir algo, como si quisiera romper aquella cortesía un poco fría que nos acompañaba ya desde hacía días. No obstante, cambió de idea. Chocó cómicamente los tacones, como un viejo militar, me hizo una reverencia y se despidió.
—La espero en el comedor a las ocho, señorita Irene. ¡Confío en que el aire de las montañas le abra el apetito, como me sucede a mí!
—Yo también confío en que así sea, Horace —dije.
Y entré en mi habitación.
Pero no permanecí en ella más que unos instantes. Lo primero que, tontamente, se me ocurrió hacer fue bajar de nuevo al *bureau* del hotel para preguntar si había llegado correo para mí. No llevaba allí más que unos minutos y albergaba ya la esperanza de encontrar cartas dirigidas a mi atención. Unos días antes de partir para Davos, en una de las tardes más sombrías por la rabia y la frustración, había escrito dos cartas, una a Sherlock y la otra a Arsène. Cartas que luego, poco después de habérselas entregado a Horace para que las llevara a la oficina postal, me arrepentí de haber mandado. Cartas en las cuales, sin demasiados rodeos, les pedía a mis amigos que no me dejaran sola en aquellos momentos difíciles e hicieran cuanto pudieran para reunirse conmigo en Davos, en los Alpes suizos, donde yo estaría a partir del día 16 de junio.
Aún hoy recuerdo, casi palabra por palabra, aquellas dos cartas. Repletas de frases apresuradas y confusas, eran singulares peticiones de ayuda en las que, en realidad, no acertaba siquiera a explicar en qué debían ayudarme Sherlock y Arsène. Y si no acertaba a explicarlo era porque, en el fondo, tampoco yo lo sabía.
Por un instante, el *concierge*, antes de adoptar nuevamente su aire implacablemente gentil, no pudo esconder una expresión de asombro.
—Ejem… No, señorita, no ha llegado correspondencia dirigida a usted. Lo lamento…

Mirando el rostro de aquel maduro señor con librea sentí que una carcajada me subía desde el pecho, cosa que no me ocurría desde hacía mucho tiempo. Puesto que no me había molestado en darle ninguna explicación, sino que le había preguntado directamente si había correo para mí, aquel hombre debía de pensar sin duda que estaba loca. Aquel pensamiento no me desagradó; hacía algún tiempo que me sentía tan belicosa con el mundo entero que tal vez una semilla de locura hubiera echado raíces de verdad en mi mente. Seguí dándole vueltas a aquella extraña idea y, mientras, decidí salir a la gran terraza que se abría en un lado del vestíbulo. En cuanto me encontré entre las estatuas de mármol y las mesitas con manteles blancos de holanda, con el valle alpino que se extendía más allá de la balaustrada, volví a tener la curiosa sensación de estar moviéndome dentro de un sueño. Una extraña fantasía en la que todo lo antes familiar parecía ahora transfigurado y nuevo. ¿Era realmente yo, Irene Adler, aquella muchacha con la mirada perdida en las montañas y que esperaba encontrarse con una madre desconocida deseando saber por fin qué secretos habían marcado su nacimiento y su vida entera?

—No cabe duda, querida mía —dijo una voz de mujer a mi lado, como respondiendo a las preguntas que me rondaban por la cabeza, y me volví sobresaltada—, que la montaña es tremendamente aburrida, pero ¡a veces es un espectáculo grandioso!

Capítulo 2

EL FRÍO DE LA NOCHE

Vi a mi lado a una mujer de mediana edad; tenía la cabeza muy grande, con diminutos rizos negros, e iba ataviada con un vestido de color lila tan vaporoso como excéntrico.

—Mi nombre es Anna Ilijevna Gourlikova, pequeña. ¡Y no sabes cuánto me alegra descubrir que también hay un poco de juventud en este nido de viejos plomazos! —se presentó, mirándome con sus ojillos de hurón.

Aquellas palabras me arrancaron una sonrisa y me presenté a mi vez, aunque mi voz vaciló un instante antes de pronunciar mi nombre, como si ni siquiera estuviera ya segura de él.

—Pues espero que tengamos ocasión de charlar, joven señorita Irene. ¡Ahora será mejor que vaya al bar del hotel si no quiero correr el riesgo de morirme de aburrimiento! —se despidió, y acompañó sus palabras con un teatral gesto de los brazos.

Observé alejarse a la señora Gourlikova por la gran terraza, pero aquella cómica aparición no dejó en mi mente más que una impresión pasajera y enseguida volví a sumirme en mis pensamientos.
Según me escribía en su última y breve misiva, la señora Von Klemnitz llegaría a Davos al día siguiente, y la idea de tener que pasar aún todas aquellas horas haciendo mil conjeturas en mi cabeza con el temor por lo que podría descubrir representaba para mí una auténtica tortura.
Me quedé en la terraza del Belvédère pensando y contemplando el sol que descendía lentamente sobre las montañas entre retazos de nubes teñidas de naranja. El gran disco de fuego se hundía ya detrás del perfil oscuro de los Alpes cuando oí un carraspeo a mi espalda. Era el señor Nelson, que se había cambiado y afeitado. Me cogí del brazo que me ofrecía y me dejé conducir hasta el gran comedor iluminado por la luz del ocaso, donde algunos huéspedes de cierta edad (o «viejos plomazos», como menos cortésmente los había definido la graciosa señora Gourlikova) estaban terminando ya de cenar.
No pude dejar de notar que nuestra mesa, con aquella extraña pareja de comensales formada por una chiquilla y un imponente hombre de color de porte majestuoso, atrajo muy pronto más de una mirada del resto de la sala. Tampoco Horace dejó de percatarse y con una divertida expresión de desafío empezó a lucir sus impecables modales y su elegante manera de estar en la mesa.
¡Mi adorable señor Nelson! Me conocía mejor que nadie en el mundo y sabía despertar lo que quedaba de aquella niña vivaz y fastidiosa que yo había sido en otro tiempo. Y fue precisamente así como Horace, al menos por un rato, logró distraerme de mis agobiantes pensamientos.
Me presté con alegría, como cuando era pequeña, a interpretar aquella inocente comedia en la que el señor Nelson y yo hablábamos y nos comportábamos como dos pomposas personas de la alta sociedad.
—¿No opina que este *pâté* de oca es sencillamente divino, marquesa Irene?
—¡Ay, amigo mío, cuánto me gustaría que estuviera aquí con nosotros la condesa de Choucroute para saborearlo! ¡Tal vez así

dejaría de llamar «*pâté* de oca» a ese inmundo mejunje que hace servir en sus recepciones!
Y seguimos comentando, entre mil muecas y exageraciones, cada plato que nos servían y la *toilette* de cada dama que se presentaba en el comedor. Aquel viejo juego nuestro me hizo pasar una hora alegre, pero también la cena llegó, inevitablemente, a su fin.
Aquella vez, Horace no reprimió su impulso y, mirándome a los ojos, me dijo:
—Todo irá bien, señorita. Usted es una persona valiente e inteligente y cuenta con el cariño de quienes la rodean. Sea lo que sea lo que vaya a descubrir de su pasado, no podrá borrar todo eso, ¿es consciente de ello, verdad?
Asentí, poniendo mi mano sobre la del señor Nelson un instante.
—Pues claro, Horace, gracias.
Las suyas eran palabras realmente sabias y razonables. Pero cuántas veces las palabras sabias y razonables resbalan sobre un ánimo turbado sin dejar ni rastro, como las gotas de agua sobre una roca…
Le di las buenas noches al señor Nelson y subí a mi habitación.
Sin embargo, el silencio que reinaba entre aquellas cuatro paredes pronto acabó por irritarme, por lo que decidí bajar de nuevo a la terraza.
Una vez allí, me impresionó el cambio repentino en el paisaje. El valle de Davos, hasta dos horas antes inundado de luz, era ahora una única mancha oscura e indistinta sobre la que solo velaba el disco plateado y mudo de la luna llena, que en aquel momento, no obstante, estaba tapado por las nubes.
Por un momento me pareció que aquella oscuridad me atraía hacia ella, dispuesta a tragarme. La sensación fue tan fuerte que tuve que apoyarme en la baranda de la terraza y respirar bien hondo.
No había sido más que un instante de mareo, pero enseguida me asaltó un pensamiento. ¿Acaso no estaba ocurriendo lo mismo en mi vida? Todo lo que antes veía en torno a mí se había transmutado en una oscuridad en la cual nada parecía reconocible ya.
—Sherlock… Arsène… —susurré agarrándome a la piedra lisa de la baranda.
Por fin comprendía lo que me había empujado a escribirles aquellas cartas. El vínculo que nos unía a los tres era lo único que nada podría borrar de un plumazo. Ninguna revelación sobre mi pasado,

sobre mi verdadero origen, podría hacer menos válido el pacto de amistad que los tres habíamos sellado tácitamente en nuestro primer encuentro y que habíamos renovado pocos meses atrás, a la luz incierta de una vela, en el desván de la casa de Évreux. Un pacto que no dependía en modo alguno de quiénes eran nuestras familias o cuál nuestra extracción social, sino única y exclusivamente de nuestra libre voluntad.

Pero ese pensamiento por sí solo no era suficiente. Quería tener a mi lado a mis grandes amigos. Quería aferrarme con todas mis fuerzas a lo único que todavía parecía real en mi vida.

¿Irían Sherlock y Arsène hasta allí? ¿Habrían comprendido lo importante que era para mí su presencia en aquel momento? Yo lo esperaba de veras. Y sabía que el hecho de no haber recibido correspondencia suya no significaba nada. Calculando el tiempo habitual de entrega del correo, era sencillamente imposible que mis amigos hubieran podido hacerme llegar una respuesta a mis cartas.

Solo entonces percibí la brisa continua y más bien fría que soplaba desde las montañas, pese a que estábamos en verano. Sentí escalofríos y me estremecí, pero aquel aire punzante, unido al pensamiento de que mis amigos no me abandonarían, me dio fuerzas.

Precisamente en aquel momento oí, no lejos de mí, una gran carcajada y voces festivas. Un pequeño grupo de huéspedes del hotel, presumiblemente escandinavos por su apariencia, irrumpió en la terraza seguido de un par de camareros que portaban botellas de champán y bandejas llenas de vasos. Era evidente que tenían algún jubiloso aniversario que celebrar. Ciertamente, yo no era tan tonta ni tan presuntuosa como para pensar que el mundo entero tuviera que estar en consonancia con mis estados de ánimo, pero lo menos que puedo decir es que realmente no estaba de humor para apreciar brindis, risas y tintineo de copas. Así que busqué un rincón más tranquilo donde pudiera estar sola y me fijé en una escalerita que, en espiral, conducía a lo alto de una de las torrecillas que se alzaban en las esquinas del edificio principal del hotel. Una vez allí arriba, oí con alivio que el vocerío de la fiesta pasaba a ser poco más que un distante murmullo y, en la oscuridad de la noche, dejé vagar la mirada frente a mí. El viento había barrido las nubes y ahora la luna llena brillaba nítidamente en el cielo y difundía

claridad en torno a ella.
Algo atrapó inmediatamente mi atención: una mancha clara en pleno bosque, en la ladera opuesta del valle. Miré mejor y luego cerré los ojos para asegurarme de que no se trataba de una extraña ilusión y los volví a abrir. La mancha clara seguía allí. Y no era en absoluto una mancha, sino la recortada silueta de un castillo realmente raro; tanto, que parecía haber salido de un sueño. La muralla y las numerosas torres de la fortaleza estaban construidas, de hecho, con una piedra tan clara que lo volvía bien visible incluso bajo la luz tenue de la luna.
Me quedé observando aquel singular castillo hasta que una ráfaga de viento más impetuosa que las anteriores me heló la espalda y decidí volver a mi habitación. Fue entonces cuando vi aparecer un pequeño puntito luminoso en una de las torres del castillo blanco situado en medio del bosque. Instantes después, la luz se apagó y enseguida volvió a encenderse, y luego una tercera y última vez.
Me puse a fantasear e imaginé que en aquella torre moraba un alma en pena que dudaba si dormir, leer o levantarse para salir. Un alma atormentada a la que aquella noche le costaría conciliar el sueño. Igual que a mí.

Capítulo 3

UN PASADO INCOMPRENSIBLE

Luché toda la noche con las sábanas y la almohada, como si fueran terribles adversarios en algún extraño combate cuerpo a cuerpo. Lo cierto era que mis únicos enemigos, si es que existían, estaban dentro de mi cabeza: aquellos obstinados pensamientos que no había modo de alejar para que me dejaran un poco en paz. No me quedé dormida, pues, hasta el alba, cuando, agotada, me sumergí en sueños angustiosos en los que intentaba huir de desconocidos perseguidores, corriendo trabajosamente, con las piernas pesadas y rígidas como las de una estatua.

Me despertó Horace bien entrada ya la mañana.

—Señorita Irene… La señora Von Klemnitz ha llegado hace más de una hora —me dijo con gran amabilidad.

Salté de la cama entre reprobaciones a mí misma. Así era como iba a llegar a aquella cita tan importante: jadeante, con retraso y ojerosa por haber dormido poco.

Traté de darle un aspecto ordenado a mi pelo y me puse el mejor vestido que había llevado; luego bajé al vestíbulo con Horace y él me condujo hasta mi madre, que me esperaba sentada en una butaca de mimbre en un rincón de la terraza.
Noté un velo de cansancio en su rostro que, no obstante, no hacía más que endulzar la belleza casi clásica de sus facciones. Y noté también la sonrisa que intercambió con Horace, la clase de sonrisa que intercambian dos viejos amigos.
Cuando el señor Nelson, tras una inclinación, se retiró discretamente, Alexandra Sophie von Klemnitz se levantó y vino a abrazarme. Un abrazo largo y lleno de ternura al que, sin embargo, yo correspondí con cierta timidez.
—Perdóname que te haya hecho venir hasta aquí, Irene, pero, si hubiese postergado esta estancia en la montaña, mi médico no me habría dejado en paz. Menudo gruñón es… —me dijo tendiéndome las manos.
—¿Por qué, acaso está usted…? —susurré.
—¿Enferma? No, es solo mi constitución, un poco débil… ¡Y un médico demasiado aprensivo! —me tranquilizó.
Yo asentí y no añadí nada más.
A decir verdad, me habría gustado mostrarme más sonriente y afectuosa, pero me parecía que las cosas que mi madre y yo no nos habíamos dicho aún nos separaban como un muro. Estoy segura de que Sophie, como más tarde aprendí a llamarla en la intimidad, se dio cuenta de aquel estado de ánimo mío y, sin esperar más, me tomó del brazo y me condujo a la recepción. Le bastó una pequeña seña al *concierge* para que este nos llevara a un saloncito privado de la planta baja que mi madre había reservado para nosotras, donde pudiéramos hablar sin ser molestadas por el ajetreo del hotel.
Cuando nos sentamos, en la calma casi irreal de aquella coqueta habitación de paredes color nata, nos quedamos en silencio unos momentos para luego, al mismo tiempo, suspirar al unísono.
El efecto fue gracioso y nos echamos a reír. Después de aquel pequeño estallido de risas, todo pareció un poco más fácil.
—Mi adorada Irene —dijo Sophie, volviendo a estrecharme las manos, con más fuerza aún que antes—, no puedes ni imaginar la alegría que siento por haberte reencontrado… Por poder estar aquí ahora y poder hablar contigo…

—Yo también… —empecé a decir.
Pero mi madre me puso delicadamente la yema de los dedos sobre los labios.
—¡Sss! —siseó—. De ti no quiero palabras amables. Sé que eres una señorita con una excelente educación, no tienes que demostrármelo. Pero también sé que ahora estás confundida y quizá enfadada… Y es justo que lo estés. En tu lugar, yo sentiría lo mismo, ¿sabes? —añadió.
Me quedé sorprendida e impresionada.
Aquella manera de hablar tan directa, tan indiferente a las formalidades, a la cortesía vacía y todo lo que se escondía bajo el odioso título de «conveniencias»… ¿acaso no era la prueba de lo mucho que, pese a todo, una madre y una hija pueden acabar por parecerse?
—Y lo primero que te quiero decir, Irene, lo más importante, es que me separé de ti porque no tuve otro remedio —continuó Sophie—. Era el único modo que tenía de garantizarte una vida serena, lejos del peligro, y lo hice, aunque me destrozara el corazón —dijo con una voz que me pareció frágil y potente al tiempo.
—¿Qué quiere decir…? —inquirí yo, reuniendo valor.
—*Quieres* decir —me corrigió mi madre inmediatamente, sonriendo.
—¿Qué… quieres decir con que no tuviste otro remedio?
Sophie hizo una larga pausa, como si lo que iba a contarme la obligara a hacer acopio de todas sus fuerzas.
—Era feliz —empezó a decir con un hilo de voz—. Mejor dicho, éramos felices, tu padre y yo, como no lo habíamos sido nunca. No deseábamos más que verte nacer y poder vivir los tres juntos… Entonces, sus ojos empezaron a brillar y casi se le quebró la voz. Me di cuenta, con gran pena, del enorme esfuerzo que le costaba rememorar aquello.
—Pero justo entonces se produjeron unos acontecimientos terribles, que nos superaban… Acontecimientos que lo destruyeron todo…, empezando por la vida de tu pobre padre.
Sentí un nudo en la garganta y que se me saltaban las lágrimas, aunque quizá se debiera más al asombro que al dolor por enterarme de la muerte de un hombre que no había conocido.
—Tu padre se llamaba Félix, mi querida Irene. Te lo digo porque

quiero que conozcas este nombre. Quiero que te encariñes con este nombre…
Apreté con fuerza la mano de aquella mujer.
—¡Mamá…! Dime qué ocurrió, te lo ruego. ¿Qué fue lo que mató a mi padre?
Sophie me miró con ternura al tiempo que meneaba vigorosamente la cabeza.
—No, todavía no es momento de contártelo —dijo mientras las lágrimas empezaban a surcar sus mejillas—. Lo importante es que sepas que fuiste tú quien me dio fuerza para seguir adelante y no rendirme. Por ti vencí todo el dolor que tenía dentro y encontré valor para vivir. Pero había que pagar un precio… Porque aquellos monstruos que mataron a tu padre también querían hacerte daño a ti, pequeña. Así que, cuando di a luz, tuve que separarme de ti y entregarte a personas con las que sabía que estarías segura y que te darían una buena educación.
—Pero, mamá, ¿quién nos odiaba tanto? ¿Quién? —le pregunté, sacudiendo su mano.
En ese instante, Sophie von Klemnitz respiró hondo, enderezó la espalda y se apoyó en el respaldo de la silla.
—Tu padre era un hombre poderoso en su país. Muy poderoso… Y, cuando se trata de poder, los hombres pueden volverse peores que fieras, hija mía. Solo puedo decirte esto…
—¡No! —protesté yo, retirando la mano—. ¡No es justo! Quiero saber. ¡No puedes hacerme venir hasta aquí para luego seguir teniéndome a oscuras de todo!
—Irene, adorada mía… Te he dicho todo lo realmente importante, pero no puedo añadir más.
—¡¿Por qué?! —grité casi.
—Porque el peligro no ha pasado aún, mi pequeña —me respondió mi madre, al tiempo que bajaba la mirada al suelo—. Yo misma tengo que pasarme la vida huyendo y escondiéndome, como bien sabes… Incluso ahora viajo con un nombre falso y tras tomar mil precauciones. Y sobre todo porque el día en que naciste me prometí que haría lo necesario para que tú nunca tuvieras que correr riesgos. Lamento decepcionarte ahora. Pero estoy segura de que, ocultándote ciertas cosas, te beneficiaré y te protegeré, querida. Y eso es lo que de verdad cuenta.

—¡No! —repliqué yo con dureza—. No lo entiendo. No quiero comprender este silencio insensato… ¡No puedo!
—Lo siento… Lo siento, hija mía —me dijo entonces Sophie con la voz casi rota por el llanto—. Pero he de pedirte que me creas y que confíes en mí. ¿Me crees si te digo que todo esto es solamente para protegerte?
Mi corazón latía tan fuerte que temí desmayarme. También mis ojos, como los de mi madre, se llenaron de lágrimas. Quería conocer la verdad hasta el final y, al mismo tiempo, me daba miedo. La obstinación de mi madre me enrabietaba, pero su rostro triste me hacía sentir mal. Me levanté de sopetón, como si fuera lo único que podía hacer en aquel momento.
—Yo… no lo sé. ¡No lo sé! —balbucí.
Y, sin decir más, salí de la habitación y corrí como si de aquella manera pudiera huir de todo, incluso de mí misma.
Corrí al vestíbulo lleno de luz con la vista nublada por las lágrimas que me llenaban los ojos, bajé atropelladamente los escalones de la entrada y me dirigí al parque hasta notar en mis pies la blandura y el frescor de la hierba. Pensé en el valle como lo había visto la noche anterior, una mancha de oscuridad dispuesta a tragarme. «¡Cuánto me gustaría poder sumergirme ahora en aquella oscuridad!», pensé.
Entonces, como por ensalmo, mi carrera cesó. Algo me había aferrado realmente, atenuando en torno a mí la luz demasiado fuerte de la mañana.
—¡Irene! —dijo una voz. Una voz que me pareció imposible estar oyendo en aquel momento y en aquel lugar. Levanté de golpe los ojos y comprendí que era verdad. Estaba entre los brazos de Arsène Lupin.

Capítulo 4

LA LLAMADA DE LOS ALPES

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos abrazados así. En cambio, recuerdo muy bien el momento en que noté que la cabeza de Lupin se ladeaba suavemente y sus labios rozaban mi mejilla y bajaban hasta el cuello… Pero, antes de que su boca pudiera abrirse para el beso, me retraje de un salto.

¿Qué me sucedía? ¿Acaso no era cierto que mi corazón había dado un brinco al volver a ver de repente los ojos oscuros y profundos de Arsène? No me explicaba mi reacción y lo único que hice fue levantar la mirada para buscar sus ojos mientras, en mi intento por sonreír, me ruborizaba.

Han pasado muchos años y, sin embargo, estoy convencida de saber hoy mejor que entonces lo que sentía mi joven corazón en aquel momento.

Era el deseo de encontrar refugio. Sí, porque, en aquellos días, aunque me mostrara bravucona e independiente, en realidad me

sentía perdida, a merced de los muchos, demasiados, cambios. Por eso había algo que deseaba que no cambiara: mi gran amistad con Sherlock y Arsène. Porque aquella amistad era el refugio en que esperaba poder sentirme la Irene de siempre.
Abracé a Arsène con más fuerza aún, como si temiera verlo desvanecerse de un momento a otro; luego me cogí de su brazo y lo conduje por el caminito de grava. Él me miró enarcando una ceja.
—¡Por Diana cazadora! —exclamó al ver mi expresión alterada—. Entonces he hecho realmente bien en venir corriendo nada más recibir tu carta… ¿Se puede saber qué demonios está pasando?
Lo miré a la cara. Aquella cara que parecía capaz, con solo una mueca divertida, de hacer que nada lo afectara, para bien y para mal.
Sonreí mientras me secaba las lágrimas de los ojos.
—¡Muy pronto podrías arrepentirte de haberme hecho esa pregunta, amigo mío! —bromeé.
Y de mis labios empezó a manar un imparable cauce de palabras. Caminando del brazo de Arsène por suaves prados soleados, vallecitos boscosos y pintorescos puentes sobre torrentes cristalinos, le conté con pelos y señales lo que me había sucedido desde que nos habíamos visto en París. Y no me limité a hablar de los hechos, a decir verdad bastante simples, sino que le conté a Arsène todo lo que había sentido desde que había descubierto que Sophie era mi auténtica madre. Me parecía que en aquel momento, mientras le hablaba, los sentimientos contrapuestos que había experimentado adquirirían una forma más definitiva. Entre las últimas cosas que le referí estaba lo que Horace me había dicho la noche anterior durante la cena.
Y Lupin, después de escucharme con paciencia tan largo rato, con aquella sencillez desarmante de que era capaz, me dijo:
—¡Para mí que el viejo señor Nelson tiene razón! Cosas ocurridas en el pasado, decididas por otros cuando tú ni siquiera estabas en el mundo… ¿Qué tiene que ver todo eso con quien eres tú ahora?
—Sí, pero ¿y si…? —intenté objetar.
—¿Si se tratase de alguna fea historia? Todos los días ocurren feas historias, Irene, créeme… Pero tú saliste indemne de ella, o mejor dicho… ¡saliste en plena forma! —concluyó, me echó una ojeada y luego se echó a reír.

—¡Es usted realmente increíble, *monsieur* Lupin! —bromeé a mi vez—. ¡Si no lo conociera bien, casi pensaría que es una persona sensata!
Habíamos llegado a la orilla de un bonito lago alpino salpicado de reflejos luminosos; Arsène cogió un canto del suelo y lo lanzó a la superficie del agua haciéndolo rebotar varias veces, como un chavalín.
—Tal vez no sea sensato… —dijo luego, volviéndose hacia mí—, pero, en lo que respecta a madres de noble linaje, ¡no se puede decir que me falte experiencia!
Era cierto, yo lo sabía. La madre de Lupin pertenecía a una gran y antigua familia parisina. Por mi parte, me puse a pensar que, con un amigo como Arsène Lupin a mi lado, realmente podría afrontar sin temor todo lo que el destino me reservara.
Eso, sin embargo, era lo último que habría soñado con decirle en aquel momento. Preferí, en cambio, pincharle un poco.
—Veamos entonces, Gran Sabio del Lago, ¿qué me aconsejas que haga?
Lupin se encogió de hombros.
—Nada de lo que me has contado hace pensar que tu madre sea una mala persona. Y no creo en absoluto que te haya hecho venir aquí para contarte trolas —dijo.
—¿Y bien?
—Dale una oportunidad. Y dile también lo que sientes de verdad. Nada pone a prueba a las personas como la verdad… ¡Palabra del Gran Sabio del Lago!
Pese al bufo cariz que había tomado nuestra conservación, estaba persuadida de que contenía algo precioso.
—De acuerdo, Gran Sabio, me has convencido —respondí, tomándolo del brazo.
—¿Volvemos al hotel? ¡Así podrás demostrarle a tu madre que su hija no está tan chiflada como parecía! —se burló de mí Lupin.
Reflexioné sobre lo que hacer y mis labios se retorcieron en una mueca. Quería pasar tiempo con Sophie y, como me había sugerido Arsène, darle a entender que estaba dispuesta a confiar en ella. Por otro lado, me habría gustado disfrutar con él de cada uno de los minutos que Lupin permaneciera en Davos.
—¿Cuánto tiempo te quedarás? —le pregunté.

—¡Hasta que se me acabe el dinero! —dijo Lupin entre risas.
—Bien… Entonces iré a hablar con mi madre y luego, esta tarde, podríamos…
De un salto, Lupin se plantó delante de mí y me fulminó con la mirada al tiempo que levantaba el dedo índice como para regañar a una niña.
—¡Escucha, Irene Adler! No quiero volver a verte hasta mañana por la mañana, ¿entendido? ¡E intenta comportarte por fin como una correcta señorita!
Repliqué a su tomadura de pelo asestándole una palmada en el hombro, pero al final acepté sus condiciones. Aquel era su modo de concederme el tiempo de recomponer la difícil situación con mi madre y, para mis adentros, se lo agradecí. No me había equivocado: nuestra amistad era de verdad un refugio seguro.
—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer? —le pregunté.
—¿Quieres que te diga la verdad? Me he fijado en unas deliciosas muchachitas allá en el pueblo…
Mi mirada lo alcanzó como un dardo centelleante.
—¡Pues sí! —prosiguió impertérrito Lupin—. Estaban colgadas en la charcutería. Unas salchichas ahumadas típicas de la zona, por lo que he sabido… Y, puesto que hace casi veinticuatro horas que no me llevo nada a la boca, ¡creo que esas picantes señoritas y yo nos haremos compañía!
En ese punto, ¡nada pudo salvar a mi amigo de un segundo cachete en el hombro!
Poco después llegamos ante la escalinata del Belvédère y Lupin se despidió con una pequeña reverencia.
—¡Hasta mañana, señorita Adler! ¡Saluda de mi parte al viejo Nelson! —dijo, caracoleando con pasos ligeros hacia la carretera que bajaba a Davos-Platz. Lo observé mientras se alejaba y, cuando lo vi desaparecer por la primera curva, entré en el hotel con una sonrisa que no había manera de quitarme de los labios.
Decidí que debía ir enseguida a hablar con mi madre. La manera en que la había dejado poco antes me pesaba como una piedra en el pecho. Subí corriendo la escalera y llegué a su habitación. Una vez ante la puerta, respiré hondo y luego toqué. Oí la voz de Sophie, que me invitaba a entrar.
—Irene… —dijo con voz insegura.

—Sophie, le pido… —empecé, pero recordé que mi madre me había corregido antes—, te pido perdón por cómo me he comportado hace un rato.
—Oh, no es necesario en absoluto que te disculpes, cielo —dijo ella, levantándose para acercarse a mí—. Como te he dicho, estoy segura de que yo habría reaccionado del mismo modo.
La miré a los ojos. Quería hablarle con toda la franqueza de la que era capaz.
—La verdad es que odio a las personas que juzgan a los demás demasiado aprisa y me temo que yo misma he cometido ese error —dije.
Mi madre me sonrió y yo le sonreí a ella.
—Hace poco me has pedido que confíe en ti —proseguí—. La respuesta es sí. Creo lo que me has dicho y tengo intención de respetar tu decisión.
Al oír aquellas palabras, mi madre me abrazó con fervor.
—¡Gracias, pequeña, gracias!
Entonces la miré a los ojos.
—Pero quiero que aceptes una condición —añadí.
—Te escucho —dijo Sophie.
—Quiero que me prometas que, cuando llegue el momento, me contarás toda la verdad, sin ocultarme nada.
Recuerdo aún la maravillosa sonrisa que mi madre me dirigió en aquella ocasión.
—Te lo prometo, hija mía.
Me resulta difícil describir la sensación de ligereza que se apoderó de mí después de que pronunciara aquellas palabras. Yo todavía no sabía cuáles eran los graves secretos que había en nuestra vida, pero en ese momento me pareció que tenían menos importancia porque, fueran cuales fuesen, pertenecían al pasado. Aquella madre reencontrada y su sonrisa estaban allí, en cambio, delante de mí, en el presente. Y eran algo precioso que no quería volver a perder.
Aquella aclaración serenó nuestros ánimos y la cena que compartimos mi madre y yo, en compañía de Horace, fue alegre, llena de risas, y se prolongó hasta tarde.
Me acosté poco después, tan cansada que el sueño me llegó casi en el acto. Dormí profundamente toda la noche, cosa que no me ocurría desde hacía algún tiempo, y al despertarme encontré al otro

lado de la ventana, dándome los buenos días, un cielo color lapislázuli y la belleza feliz del valle de Davos inundado de sol. Me quedé un buen rato admirando aquel espectáculo mientras me decía a mí misma que tal vez no hubiera razones para tener miedo, ni de mi pasado ni mucho menos de mi futuro.

Bajé a desayunar canturreando un aria de *Lucía de Lammermoor* con la que me había ejercitado intensamente durante las semanas anteriores, pero, precisamente cuando la hermosa melodía habría debido alcanzar su momento cumbre, las notas se me atravesaron en la garganta.

Al otro lado del vestíbulo y del trasiego de huéspedes del hotel, en el vano de una puerta abierta, vi una figura recta y elegante y un rostro de perfil aguileño recortados contra el azul del cielo, apenas por encima de la blanca balaustrada de la terraza.

«¡Oh, Dios mío! —pensé con gran sorpresa—. ¿Será posible que él también haya venido hasta aquí?».

Pues bien, no me equivocaba.

Sherlock Holmes se volvió e interceptó mi mirada cuando bajaba los últimos escalones. Nos sonreímos a distancia y corrí a abrazarlo, indiferente a las ojeadas de la gente a mi alrededor.

—¡Gracias, amigo mío! ¡Gracias! —fueron las únicas palabras que pude susurrarle al oído mientras nos estrechábamos con fuerza.

—No creo que haya nada por lo que debas darme las gracias —dijo Sherlock, echando atrás la cabeza para poder mirarme a los ojos—. Si este individuo ha logrado llegar hasta aquí, ¡no veo por qué no habría podido hacerlo yo! —añadió después, señalando con un ademán a Lupin, que se encontraba unos pasos detrás de él.

—¡Ve con ojo, que tengo un oído muy fino y te estaba escuchando! —bromeó Arsène.

Nos reímos a la vez los tres, como habíamos hecho tantas otras veces en el pasado, y yo le pude echar un vistazo más detenido a mi amigo Sherlock. No había cambiado ni un ápice: delgado, casi demacrado, los hombros ligeramente cargados y los ojos profundos en los que llameaban mil fuegos por minuto.

Me fijé en que, en la solapa de su americana de *tweed* verde oscuro, llevaba un alfiler dorado con una letra A inscrita en una C que miré con curiosidad. Sherlock notó mi mirada y sonrió.

—¡Esta pequeña maravilla da fe de mi pertenencia al glorioso

Alpine Club de Inglaterra!
—Ah… —proferí yo—. Nunca habría imaginado que los Alpes despertaran tanto interés en ti.
—Tu imaginación no te traicionaba —confirmó Sherlock—. Para mí no son más que inmensas y puntiagudas moles de roca, pero ¡tenía que encontrar algún modo de poder venir!
Posé sobre mi amigo unos ojos interrogativos.
—Da la casualidad de que el señor Dunbar, secretario de la sede londinense del Alpine Club, frecuenta el mismo círculo ajedrecístico que yo —explicó Sherlock—, y también de que es un gran fanfarrón, muy inclinado a las apuestas.
—¿Y? —lo acucié.
—Digamos que aproveché esa pequeña debilidad del señor Dunbar —respondió Sherlock—. Darle jaque mate en menos de diez movimientos ni siquiera fue divertido, pero, al final de la partida, al menos lo tenía a mi merced. He ahí la razón de que mi madre recibiera una carta en la cual, del modo más ceremonioso, se le pedía permiso para que yo me uniera a una instructiva expedición a los Alpes suizos en calidad de ayudante personal del secretario del club —concluyó, riéndose sarcásticamente.
—Pero… ¡es mentira! —protesté.
—Veo que el tiempo no ha menoscabado tu formidable agudeza —se mofó Sherlock.
Yo resoplé.
—¡Quiero decir que el Alpine Club de Inglaterra no te ha pagado de verdad el viaje!
Sherlock se encogió de hombros.
—Mi estúpida sección de enigmas en el *Globe* va cada vez mejor, por lo que parece. El dinero no ha sido problema. Además, nos alojamos en una pensión bastante económica, ¿no es cierto, Arsène?
—La Alpenstern, abajo en el pueblo. Realmente humilde… —asintió Lupin—. Aunque todavía no comprendo cómo has sabido que yo había tomado una habitación precisamente allí.
—No tenía ninguna duda de que tú también vendrías. Y sabía que tenías la ventaja de partir desde París y que, por tanto, llegarías antes que yo —respondió Sherlock—. Y pese a que este sitio atraiga a veraneantes de toda Europa, no deja de ser un pueblecito de montaña. Una pregunta al jefe de estación, otra a la florista y,

créeme, ¡no ha sido nada difícil descubrir dónde te habías alojado, amigo mío!
Tanto Arsène como yo miramos llenos de admiración a nuestro amigo Sherlock. Pensé una vez más en el gran privilegio que era ser su amiga y, casi sin creerme aún que volviéramos a estar juntos los tres, invité a Holmes y a Lupin a sentarnos a una mesa en un rincón de la gran terraza del Belvédère.
Hubo un momento de silencio bastante embarazoso. Yo quería agradecerles verdaderamente a mis amigos el haber respondido a mi petición de ayuda, pero sabía que, si se lo decía, ellos no le darían importancia, se lo tomarían a risa. Conocía bien a aquellos dos.
Así que le tocó a Sherlock acabar con aquel momento de titubeo.
—La familia… —empezó a decir, clavando en mí sus ojos profundos —. Según mi experiencia, la familia ofrece casi exclusivamente obstáculos, fastidios y sorpresas desagradables. Me temo que son muy pocos los que logran sustraerse a esta ley —concluyó.
—Nada me divierte tanto como quitarte la razón, Sherlock, ya lo sabes —comentó Lupin, guasón—. Pero esta vez creo que no lo puedo hacer.
Suspiré mientras buscaba qué decir. Holmes sabía cómo ir al meollo de un asunto y, en aquel momento, mis pensamientos acerca del tema de la familia eran, por decir poco, confusos.
Para mi suerte, me sacó del apuro *madame* Gourlikova, quien, al pasar por mi lado envuelta en una vaharada de perfume, me saludó, removiéndose en su amplio y excéntrico vestido de corte oriental.
—¡Buenos días, mi pequeño pimpollo! Y buenos días también a estos gallardos jovencitos… Os lo ruego, cortejad como se debe a este pimpollo. ¡Se lo merece! —gorjeó antes de desaparecer en busca de un camarero al que pedirle el desayuno.
Yo enrojecí hasta la punta del cabello. Lupin se echó a reír echando la cabeza atrás por encima del respaldo de su silla de mimbre. Sherlock frunció levemente los labios en un esbozo de sonrisa, pero, por lo demás, siguió imperturbable.
—Desde luego, no puede decirse que la clientela de este hotel no sea… ¡variada y pintoresca! —comenté.
Dije aquella frase más que nada para aliviar mi bochorno, pero un simple vistazo a toda la gente que aquella mañana abarrotaba la

gran terraza del hotel Bel védère bastaba para confirmar que la cosa era realmente así.
Aparte de la inimitable *madame* Gourlikova, sentadas a las mesas de desayuno había personas de los tipos más disparatados: un caballero con un cómico atuendo tirolés y un gigantesco bigote rubio, una espigada señora inglesa que observaba a los demás clientes con expresión vagamente asqueada, un trío de mujeronas alemanas que hablaban con voces chillonas, un señor de rasgos de Oriente Medio con su guapísima mujer, un pobre convaleciente vendado de la cabeza a los pies y su solícito acompañante…
Sherlock paseó su mirada divertida por aquella surtida colección de seres humanos, pero muy pronto volvió a fijar sus ojos en Lupin y yo.
—Es innegable que este hotel acoge a varios individuos muy pintorescos —dijo con una sonrisa de sorna—. Pero el caso es que el sujeto más interesante que he encontrado desde mi llegada a Davos ayer por la noche se aloja precisamente en la modesta pensión Alpenstern.
No era demasiado frecuente que Holmes juzgara a alguien «interesante», y aquello me intrigó.
—¿Ah, de veras? —le dije—. ¿Y de quién se trata?
—De un cierto señor Weisbach —respondió Sherlock, acariciándose la barbilla—. Un alemán que afirma ser naturalista y dedicarse a estudiar la flora y la fauna de este valle.
—¡¿El qué?! —se asombró Lupin—. ¿El tipo ese con calzones de paño y unos prismáticos colgados siempre del cuello? ¡A mí me parece tan interesante como un dolor de barriga!
—Una conclusión apresurada, mi querido Arsène —replicó Sherlock —. Si hubieses observado con más atención precisamente sus calzones de paño y sus prismáticos, ahora pensarías de otra manera.
—Pero ¿de qué demonios estás hablando? —estalló Lupin.
—Es muy sencillo: todo es nuevo, recién estrenado. Los prismáticos son el último modelo de fabricación alemana, los pantalones tienen ese inconfundible olor que el paño pierde solo después del primer lavado, las suelas de sus zapatones están prácticamente intactas y su bastón huele aún a barniz.
—Quizá ese Weisbach simplemente haya renovado su guardarropa y su equipo antes de venir aquí —observé yo.

—Hipótesis más que razonable —convino Sherlock, que se apoyó en el respaldo de la silla—. Y por eso mismo lo he esperado a la entrada de la pensión para tirarle un poco de la lengua.
—¿Ha surgido una amistad? —se burló Lupin.
—Me temo que no. Pero le he contado a Weisbach que he avistado en el bosque dos preciosos ejemplares de *Echidna sarfudialis* y él me ha felicitado.
Lupin y yo cruzamos una mirada perpleja y luego volvimos los ojos hacia nuestro amigo, como invitándolo a explicarnos qué era tan interesante en aquel banal episodio.
Sherlock cruzó las piernas con lentitud y nos sonrió.
—¡Lástima que *Echidna sarfudialis* fuera un nombre que me había inventado sobre la marcha! —nos reveló por fin.
A partir de ese momento, también Lupin y yo empezamos a sentir curiosidad por el señor Weisbach.
—Por lo tanto, no es más que… un impostor —consideró Lupin.
—¡Desde luego, no es ningún naturalista! —confirmó Sherlock.
—Puede que el tipo no te estuviera escuchando realmente y te haya felicitado solo para cortar en seco la conversación y librarse de ti —conjeturé yo.
—Lo dudo. He repetido y vocalizado claramente ese nombre imaginario más de una vez, inventándome incluso una historieta sobre lo afortunado que había sido al localizar ejemplares tan raros… Bueno, pues por toda respuesta el bueno de Weisbach no ha hecho más que asentir, como si no tuviera ni la menor sospecha de que algo no encajaba.
—En suma, que nuestro naturalista no es naturalista —concluyó Lupin, pensativo.
—Solo es alguien que, de un día para otro, se ha hecho con todo lo necesario para parecerlo —añadí yo—. En efecto, es algo bastante extraño.
—Puede que no lo sea tanto —replicó Arsène—. Hace unos días leí en *Le Figaro* la historia de un gran abogado de Lyon que se disfrazaba de carbonero una vez por semana para visitar a cierta señora en los bajos fondos sin que lo reconocieran. ¡Es increíble de lo que es capaz la gente! —concluyó con una media risa.
Sherlock, en absoluto convencido, meneó la cabeza.
—Disfrazarse de carbonero es algo rápido y poco costoso, basta con

un viejo blusón, un sombrero arrugado y un poco de carbón para ensuciarse las manos y la cara. Además, el tipo del que hablas solo tenía que ir de un barrio a otro de su ciudad y estar allí unas pocas horas a la semana. En el caso de nuestro Weisbach, en cambio, todo es diferente: él se encuentra en el extranjero, en una conocida localidad de veraneo, con indumentaria cara, para pasar como mínimo varios días… ¡Francamente, como tapadera de un simple lío amoroso, me parece desproporcionada! —concluyó, cruzando las piernas en el otro sentido con un movimiento nervioso.
—Quién sabe… Podría ser un lío entre ricachones —aventuró Lupin medio en serio medio en broma—. En todo caso, ¡me parece que se dan todos los supuestos para que sea un reto bastante divertido!
Sherlock asintió con convencimiento y luego se volvió hacia mí.
—Si no me equivoco, tampoco a ti te vendría mal un poco de… distracción, ¿verdad?
Dudé unos instantes, pensando en mi madre. En el fondo había ido hasta allí por ella. Pero ¿acaso no era cierto que había escrito a mis amigos para que fueran a verme? Así, en uno de esos impulsos irracionales característicos de la juventud, me dije que, de una manera o de otra, encontraría tiempo para todo.
—Odio la anticuada idea según la cual son siempre las señoritas quienes les chafan la diversión a los caballeros —respondí—. Así que no seré yo la que se eche atrás.
—¡Estupendo! —lo celebró Sherlock, como un muchachuelo al que le acabaran de regalar un nuevo juguete—. He oído a Weisbach decirle a *frau* Klein, la patrona de la pensión, que había pensado en un almuerzo rápido a mediodía porque quiere hacer una de sus excursiones. Sugiero que lo acompañemos. A la debida distancia, se sobrentiende… —propuso.
Lupin y yo aceptamos sin dudarlo. Quedamos a las doce delante de la pensión Alpenstern y nos despedimos.
Fui a desayunar con mi madre con el corazón bailándome. Sherlock, Arsène y yo estábamos juntos otra vez y nada parecía haber cambiado realmente.

Capítulo 5

SOMBRAS EN EL BOSQUE

Estaba radiante cuando me senté a la mesa de desayuno con mi madre. Pedimos café con leche y tostadas con mermelada de naranja, y hojeamos juntas una revista parisina de moda con vestidos realmente atrevidos que nos arrancaron más de una risa.
—He oído que, en una aldea a una hora en carruaje de aquí, hay un artista que esculpe tallas de gran belleza —dijo Sophie, alzando los ojos de la revista—. Podríamos ir después de comer, ¿qué me dices?
Yo abrí mucho los ojos, sin saber qué carta quedarme. Ya había tenía una cita con Sherlock y Arsène a mediodía, pero no se me ocurría un modo aceptable de decírselo a mi madre. Sonreí mientras consideraba la posibilidad de cambiar de planes y acompañar a Sophie a casa de aquel escultor en vez de apostarme delante de la pensión Alpenstern.
—¡Has puesto la cara de quien tiene algo mejor que hacer y no sabe cómo decirlo! —dijo.
—No, es que, verás…, están aquí Sherlock y Arsène, mis amigos…

—fue todo lo que conseguí farfullar.
—¡¿Tus dos grandes amigos?! —exclamó Sophie con sorpresa. Temí estar a punto de tener la primera riña con mi verdadera madre, pero no fue así—. Y entonces, ¿se puede saber qué haces aquí sentada entreteniendo a una vieja señora? —me preguntó, mirándome con guasa.
Le expliqué que había quedado a mediodía abajo, en el pueblo, y que aún tenía tiempo. Entonces decidimos dar un simple paseo por un bonito sendero llano que salía precisamente del Belvédère. Cuando vi que el reloj de un campanario marcaba las once y treinta pasadas, reuní valor y le dije:
—Entonces, ¿de verdad no te molesta que…?
Sophie me interrumpió con un gesto de la mano y luego enarboló su parasol amenazándome en broma.
—¡Si no corres ahora mismo a encontrarte con tus amigos, serás tú la que se moleste, porque te golpearé repetidamente con esto! —se burló.
Reí de buena gana. Y luego hice lo que me apetecía hacer, sin pensármelo demasiado…
Acerqué los labios a la mejilla de Sophie y le di un beso. Luego corrí al pueblo.
En la encantadora calle principal del pueblo de Davos-Platz había un pequeño local llamado Graubünden Café, desde el cual se podía observar cómodamente la pequeña veranda del comedor de la pensión Alpenstern, que se encontraba justo en el lado opuesto de la calle. Fue allí donde me encontré con Sherlock y Arsène, que estaban sentados junto a la ventana con una jarra humeante, bizcochos y tres tazas ya listas.
En cuanto me senté, Lupin sirvió el chocolate sin dejar de mirar la veranda con el rabillo del ojo.
En aquel momento, el único huésped sentado en el comedor era un hombre delgado de mediana estatura, barba cuidada y atuendo pulcro.
—El buen señor Weisbach —comentó Lupin mientras se llevaba la taza a los labios—. ¿Quién diría que ese hombre esconde un secreto?
Era cierto. El que veíamos era un hombre de aspecto tranquilo que, en una veranda soleada, daba cuenta de un modesto plato de jamón

y patatas cocidas, con unos prismáticos sobre la mesa, junto al vaso. Por alguna razón, sentí un pequeño escalofrío al pensar lo engañosas que pueden ser las apariencias.
En todo caso, Weisbach terminó su comida bastante aprisa, por lo cual nuestra espera no se prolongó mucho.
En cuanto el hombre sentado a la mesa, tras limpiarse la boca, dejó la servilleta y se levantó al tiempo que cogía los prismáticos, Sherlock tragó el chocolate que le quedaba en la taza y nos hizo un gesto para que nos diéramos prisa.
—¡Venga, vámonos!
Nos levantamos rápidamente de la silla y cruzamos una mirada cargada de emoción. Quizá la historia de aquel Weisbach resultara ser una bobada sin interés, pero eso no tenía ninguna importancia para nosotros. Una vez más, inconscientemente, nos estábamos zambullendo de cabeza en una aventura. Como la primera vez. Como siempre que estábamos juntos. Y eso, para nosotros, era lo único que contaba.
Vimos salir a Weisbach de la pensión y salimos, a nuestra vez, del café. Lancé un vistazo a aquel hombre y me quedé impresionada: no había dado ni un paso y ya estaba mirando a los lados con cierta insistencia, como si temiera estar siendo espiado.
También lo notó Lupin, que reaccionó inmediatamente. No se detuvo y se rio, fingiendo estar contándonos un suceso.
—… Resumiendo, ¡que nuestro perro casi muerde a la señora Wackerman y nosotros no sabíamos cómo comportarnos!
Siguiéndole el juego, me reí alto, y Sherlock me imitó.
De aquel modo recorrimos la calle, simulando no haber visto siquiera a Weisbach. Pero doblamos por la primera esquina y nos escondimos en un pequeño soportal bajo el que había un lavadero de piedra.
—¡Irene! —me bisbiseó Sherlock—. Tú eres la única a la que él no ha visto nunca, por eso debes ser tú quien lo espíe de cerca… ¿Te ves capaz?
El corazón me latía con fuerza, pero respondí que sí sin pensármelo.
—Bien. Arsène y yo te seguiremos, cada uno desde un lado de la calle, ¿entendido?
Yo asentí precisamente cuando Weisbach pasaba a nuestro lado. Crucé una última mirada con mis amigos y enfilé también por la

calle central del pueblo. Puesto que buena parte de las tiendas de Davos se encontraba en aquella calle, había un cierto trasiego y no me fue difícil pasar desapercibida. Tenía los ojos fijos en la chaqueta color caqui del señor Weisbach y de vez en cuando me volvía rápidamente para asegurarme de que Sherlock y Arsène venían detrás de mí. Caminamos cerca de diez minutos y desembocamos en una pequeña plaza. Reconocí la estación a la que había llegado dos días antes con Horace. Desgraciadamente, el jaleo era el mismo que reinaba en el momento de nuestra llegada. Un tren acababa de detenerse en el andén y un enjambre de viajeros se desparramaba desde la estación en busca de un carruaje. En el momento mismo en que me asaltó la sospecha de que Weisbach no pasaba por aquella plaza a aquella hora por casualidad, me di cuenta de que, entre la multitud, le había perdido la espalda.

—¡Maldición! —musité entre dientes.

Presa de la ansiedad, aceleré el paso y me acerqué a la parada de carruajes, donde fui engullida por el gentío de viajeros a la caza de un vehículo. Di dos vueltas sobre mí misma buscando por todas partes al señor Weisbach con la mirada. Lupin llegó hasta mí.

—¡*Merde*, lo he perdido! —susurré.

Mientras, seguía buscando en torno a mí. Era como mirar dentro de un caleidoscopio con imágenes de caras, brazos, sombreros, solapas…

De pronto vi junto a mí a Sherlock, que, inclinado sobre una señora baja y corpulenta, le decía:

—¿Me permite que la ayude?

Sin esperar respuesta, cogió la pesada maleta de la mujer y se subió al estribo de un coche para colocarla en el portaequipajes. Con la excusa de comprobar que la maleta estuviese segura, dio luego un pequeño salto, se subió al techo y aprovechó para echar un largo vistazo a la plaza desde allá arriba.

Las gracias y bendiciones de la señora sonaban aún en nuestros oídos cuando Sherlock, que había bajado del carruaje de un salto, se lanzó hacia nosotros.

—¡Por aquí, de prisa! —dijo.

Nos abrimos camino entre la gente a codazos hasta alcanzar una callejuela que salía del pueblo. Para mi gran alivio, a no más de cincuenta pasos delante de nosotros volvimos a ver la chaqueta

caqui del señor Weisbach.
La calle por la que andaba era bastante solitaria y muy pronto se convirtió en una carreterita de tierra que conducía al bosque. Nuestro seguimiento, en consecuencia, se transformó en una agotadora vigilancia a distancia, siempre con el riesgo de perder de vista a nuestro hombre.
Pese a todo, en parte porque tuvimos suerte y en parte porque intentamos hacerlo lo mejor posible, no habíamos perdido de vista a Weisbach en el momento en que se detuvo y, después de echar otra ojeada alrededor, abandonó la carretera de tierra y cortó hacia un caminito que se internaba en el bosque.
—¡Vosotros seguid vigilándolo a distancia! —dijo entonces Lupin—. Yo atajaré por el bosque e intentaré estar cerca de él sin que me vea.
Sherlock y yo asentimos y, después de observar por un instante a Arsène adentrándose en el bosque, reanudamos nuestro camino. El sendero que había tomado Weisbach era un continuo sube y baja entre árboles y rocas, y fue bastante difícil no perder de vista al sujeto.
Todo fue bien hasta un lugar en que, pasada una curva cerrada en torno a un gran abeto, el sendero se allanaba de repente y se convertía en una larga recta que corría en paralelo a los costados boscosos de los montes.
—¡Maldita sea! —imprecó Sherlock—. ¿Dónde demonios…?
Yo también pude constatar que, en efecto, en la larga franja de tierra que hendía el bosque ya no se veía a nadie.
El rostro de Holmes se contrajo en una mueca de vivo desaliento. Mientras mi amigo y yo mirábamos a todas partes frenéticamente, en el bosque empezaron a oírse los breves y agudos silbidos de una marmota. Me hicieron falta unos instantes para darme cuenta de que había algo raro en aquellos silbidos, que parecían demasiado fuertes e insistentes…
Me volví de sopetón en la dirección de la que provenían aquellos sonidos y distinguí, detrás del tronco de un árbol, a Lupin, que nos indicaba con nerviosos gestos de la mano que fuéramos hasta él. Tiré del codo a Sherlock para llamar su atención y en seguida nos lanzamos a una escalada entre los arbustos y las retorcidas raíces de los abetos.

Cuando volvimos a estar juntos, Arsène nos guio hasta un agudo espolón de roca que sobresalía de la ladera de la montaña y, sin pronunciar palabra, nos señaló un punto más abajo.
Vi una vieja cabaña de madera descolorida que se alzaba a orillas de un torrente y poco más allá a Weisbach, que se acercaba a ella a grandes pasos. Eché un rápido vistazo a los alrededores y saqué en conclusión que nuestro naturalista debía de haber desaparecido de nuestra vista bajando entre la tupida vegetación del sotobosque que crecía apenas por debajo del sendero, en el punto en que este se volvía recto y comenzaba a bordear la montaña.
Pero ese era un detalle sin importancia a aquellas alturas. Gracias a la atenta vigilancia de Lupin, habíamos localizado de nuevo a nuestro hombre y lo que contaba en aquel momento era descubrir quién, o qué, se escondía en aquella cabaña. Y Weisbach esta baya a pocos pasos de la puerta.
—¡Como salga una guapa dama toda emperifollada, me debes veinte francos suizos, Sherlock! —le susurró Lupin a Holmes al oído con una risita maliciosa.
Puedo afirmar con toda seguridad que yo estaba decididamente más emocionada que mi amigo Arsène, porque oía los rápidos latidos de mi corazón retumbándome en el pecho apoyado contra la roca.
Vimos a Weisbach pararse delante de la cabaña, agarrar los prismáticos que llevaba al cuello y llevárselos a los ojos. A nosotros, por entonces tan solo unos muchachuelos, nos hizo falta toda nuestra rapidez de reflejos para retroceder velozmente, allí sobre nuestra roca, antes de que el hombre pudiera vernos.
Pasaron largos instantes en el silencio del bosque, roto solamente por el gorgoteo del torrente. Mis ojos se encontraron con los de mis amigos. Después, Sherlock se arrastró despacio sobre la roca cubierta de liquen y trepó lo suficiente para volver a tener una vista de la cabaña.
—¡Venid a ver!
Arsène y yo flanqueamos a nuestro amigo y miramos abajo. Weisbach estaba llamando a la puerta de la choza de madera. Casi enseguida, alguien a quien no pudimos ver fue a abrir.
Sherlock, Lupin y yo nos miramos con aire interrogativo, pero nuestra perplejidad no duró mucho, puesto que poco después Weisbach salió de la cabaña en compañía de dos hombres.

Los examiné atentamente. Uno era delgado, ágil, de baja estatura, con el pelo de un rubio claro y perilla en punta; el otro, era muy alto y corpulento, con el pelo oscuro muy corto, como los militares. Los tres mantuvieron entonces una intensa conversación que el fragor del torrente nos impidió oír.

—¡Puede que hayamos terminado en un cuento de hadas y esos sean un elfo y un gigante! —dijo Lupin.

La descripción de mi amigo era tan graciosa y, curiosamente, les cuadraba tan bien, que para mí aquellos dos desconocidos pasaron a ser inmediatamente el Elfo y el Gigante.

A juzgar por la expresión de Weisbach, encontraba muy interesante lo que aquellos dos le decían.

Entonces, el Elfo alargó un brazo y señaló hacia arriba, al monte que se encontraba en la vertiente opuesta del valle. Yo entorné los ojos y observé el punto que indicaba y al cual también Weisbach y el Gigante acababan de dirigir su mirada. Entre la vegetación del bosque vi una pequeña mancha clara. Era un castillo aislado de aspecto más bien extravagante, porque sus muros estaban revestidos con una piedra que engañaba la vista, haciendo pensar que estuviera levantado con grandes bloques de hielo.

Aquel insólito castillo me pareció extrañamente familiar y lo observé con más detenimiento. Necesité algo de tiempo a causa del ángulo y la iluminación, muy distintos, pero al final lo reconocí y casi di un respingo. No cabía duda, aquel era el castillo que había vislumbrado la noche de mi llegada a Davos, con aquella lucecita en la ventana que se había encendido y apagado varias veces.

Abajo, entre tanto, delante de la cabaña de madera, Weisbach, el Elfo y el Gigante seguían mirando el castillo, hablando cada vez más animadamente. Nos quedamos observándolos mientras conversaban hasta que Weisbach, después de escrutar un momento el castillo con sus prismáticos, pareció impartir órdenes a los otros, y el grupo se deshizo.

Nuestro falso naturalista se encaminó por la orilla del río en la dirección por la que había llegado, mientras que el Elfo y el Gigante tomaron una senda de mulas que llevaba en sentido opuesto.

Sherlock se llevó el dedo índice a los labios para indicarnos que no hiciéramos ruido. Prudentemente, dejamos pasar unos minutos y luego retomamos el camino que llevaba al pueblo.

—Ese castillo… —dije con cierta vacilación—. El que señalaban… Yo…
—¿Tú qué? —me acució Sherlock.
—La noche de mi llegada, bastante tarde, estaba fuera del hotel buscando tranquilidad. Fui hasta una terraza aislada y desde allí vi… una luz.
—¿Una luz? —repitió Lupin, asombrado.
—Sí, en la ventana de una de las torres de ese castillo, estoy segura —afirmé—. Una luz que se encendió y se apagó tres veces, lo recuerdo muy bien.
Al oír aquellas palabras, Sherlock, que andaba un par de pasos por delante de mí, se detuvo de golpe y se volvió para mirarme con un centelleo en los ojos.
—En suma, algo que tenía toda la pinta de ser… ¡un mensaje en clave!

Capítulo 6

UN PASEO ACCIDENTADO

—¿Qué pensáis? ¿Serán… contrabandistas? —preguntó Lupin, metiendo con displicencia en el bolsillo de Sherlock los veinte francos de la apuesta que había perdido.

—Bueno, supongo que es una posibilidad —respondí yo.

—Sí, tal vez… —dijo Sherlock sin apartar los ojos del castillo de hielo.

En el camino de vuelta a Davos-Platz habíamos visto una pequeña meseta desde la que se gozaba de una excelente vista del castillo y, gracias al aproximado pero eficaz alemán de Sherlock, nos habíamos enterado por un pastor de paso de que aquel era precisamente el nombre con que la gente del valle llamaba aquel majestuoso edificio: Eisenschloss, es decir, «castillo de hielo», sin duda debido al singular aspecto que también a mí me había impresionado.

—Italia no está lejos de aquí —continuó Sherlock—. Y en algún sitio he leído que entre Italia y Suiza hay un floreciente contrabando de tabaco, puros y otras mercancías. Me pregunto, de todos modos, qué es lo que unos contrabandistas encuentran tan interesante en ese castillo.
—Seguramente en un lugar así habrá muchos objetos de valor —observé yo.
—Y puede que Weisbach y sus amigos sean… ¡ladrones! Y estén organizando un golpe en el castillo de hielo —reflexionó Lupin.
—Es otra posibilidad —admitió Sherlock—. Pero también está la misteriosa luz que vio Irene la otra noche… Quién sabe, a lo mejor deberíamos razonar a la inversa: precisamente porque nadie sospecha que ese castillo pueda utilizarse en una operación de contrabando, a su morador le sirve de base para su propio tráfico ilegal.
Conforme se multiplicaban nuestras conjeturas y sospechas, casi me parecía que el castillo de hielo, suspendido en el bosque con aquella irreal blancura suya, nos estuviese mirando con aire retador.
Lupin se dejó caer sobre el blando manto de hierba y se tumbó con los brazos abiertos.
—Podemos quedarnos aquí cavilando hasta el atardecer —dijo entre bufidos—, pero lo único que de verdad puede ayudarnos a tener más claro el asunto es hacer una visita allí arriba —concluyó al tiempo que señalaba el castillo con un ademán de la cabeza.
Como a menudo ocurría, quizá el razonamiento de Arsène no fuera el más sensato ni ponderado que pudiera hacerse, pero, como igual de a menudo ocurría, dio en el blanco.
—Yo también encuentro un tanto divertido llevarte la contraria, Arsène —replicó Sherlock—, pero mucho me temo que esta vez no me sea posible.
—¡Estupendo! —se alegró Lupin—. ¿Eso significa que… vamos?
Me mordí un labio y le cogí el reloj de bolsillo a Sherlock.
Era tarde.
—Yo no puedo. Tengo que volver con mi madre —di je a mi pesar —. Quizá después de cenar… —añadí tímidamente. Yo también me moría de ganas de descubrir qué secretos escondía aquel inquietante castillo y sabía lo poco que les gustaba esperar a mis amigos.

En cambio, ambos fueron muy gentiles conmigo.
—Por supuesto. Moverse en la penumbra de la noche será mejor todavía. Mientras tanto, nosotros echaremos un vistazo por aquí para saber cómo se llega allí arriba —concedió Sherlock.
—¿Quedamos a las ocho delante de aquel abrevadero? —propuso entonces Lupin, que señaló un gran pilón de piedra junto al sendero, al fondo del valle.
—¡De acuerdo, a las ocho! —confirmé.
Y salí corriendo para volver al hotel Belvédère.
Mi deseo de descubrir más sobre mi pasado, disipando así el denso halo de misterio que rodeaba mi nacimiento, no había desaparecido de mi corazón, pero había decidido confiar en Sophie y aceptar sus condiciones. Por eso me limité a preguntarle sobre sus gustos, su infancia y Bohemia, el país en que yo también había nacido.
De aquel modo pasamos un encantador par de horas y, cuando llegó la hora de la cena, hicimos que nos sirvieran una comida ligera en la terraza para disfrutar juntas de la puesta de sol en los Alpes. Mientras hablaba de su infancia, los ojos de mi madre brillaban intensamente y sus vivas descripciones casi me dieron la sensación de conocer yo misma aquello de lo que me hablaba: una vieja muñeca de trapo de nombre Kuka, unas botellas grandes de ciruelas en licor que la volvían loca, las luces de Navidad en las calles de Praga, el severísimo profesor Heber…
Y el tiempo pasó de una manera tan agradable que no me di cuenta de que se acercaban las ocho. Así, cuando la cena llegó a su fin y me despedí afectuosamente de mi madre, tuve que dar una carrera para llegar a tiempo a la cita con mis amigos.
Cuando llegué al gran abrevadero de piedra que habíamos elegido como lugar de encuentro, Sherlock y Arsène ya habían llegado y a mí me costaba respirar.
—Toma aliento, Irene —dijo Lupin con una sonrisita—. ¡Lo vas a necesitar!
Les dirigí a él y a Sherlock una mirada interrogativa, pero ninguno de los dos me dio una verdadera respuesta.
—Dentro de poco tú misma lo entenderás —se limitó a decir Holmes.
Y, sin añadir más, nos encaminamos por el sendero; anduvimos sus buenos veinte minutos hasta torcer para alcanzar un puentecito de

madera e inmediatamente después adentrarnos en el bosque por el lado opuesto del valle.
El sol se había ocultado hacía poco por detrás de las cumbres de las montañas y ahora los bosques tenían colores más sombríos, casi amenazadores. El sendero que llevaba al castillo de hielo, pese a ser lo bastante ancho para que lo pudiera recorrer un carruaje, se colaba en un estrecho valle lateral que, a medida que avanzábamos, adquiría cada vez más el aspecto de una profunda garganta entre las rocas.
—*Et voilà!* —exclamó Lupin cuando doblamos un recodo entre grandes peñascos.
Nos encontramos frente a una estrecha y alta verja de hierro forjado, cuyos negros recuadros enmarcaban la pálida y siniestra figura del castillo, a lo lejos.
El arquitecto había prolongado, por decirlo de algún modo, la configuración de aquella garganta erigiendo a los lados de la verja dos altos muros de piedra que cerraban completamente el paso.
—Quizá un excursionista inexperto se dejaría intimidar —dijo Holmes, que tenía todo el aire de estar divirtiéndose de lo lindo—, pero, como honroso miembro del Alpine Club británico, ¡no toleraré que un obstáculo semejante nos detenga! —terminó de decir, y sacó de una pequeña mochila una cuerda enrollada.
—Bien dicho —aprobó Lupin—. Pero ¡deja hacer a un francés con padre acróbata!
Y, sin esperar respuesta, metió un brazo en el rollo de cuerda y se lo echó al hombro, para luego saltar ágilmente a la escarpada ladera de roca húmeda que había junto a nosotros. Gracias a su agilidad innata y a la larga preparación recibida de su padre, Lupin hizo que aquella escalada pareciera un juego y pocos instantes después estaba pasando ya al otro lado del muro que cerraba la garganta rocosa.
Tras una breve espera, cayó a nuestros pies un extremo de la cuerda que nos había tirado Lupin.
—¡Venga! —nos exhortó nuestro amigo desde la otra parte del muro.
Sherlock agarró con fuerza la cuerda y, asegurándose con un enérgico tirón de que Lupin hacía lo mismo, trepó fácilmente por la ladera.

—¡Adelante, Irene, no es difícil! —me animó al llegar también a la meta.
Cuando me tocó a mí, respiré hondo y aferré la cuerda tratando de no pensar en mis botines, no muy adecuados que se diga para grandes empresas alpinistas. Afortunadamente, como le encantaba repetir a Horace para tomarme el pelo afablemente, yo era una señorita con músculos de chico y, gracias a la decisiva ayuda de aquella cuerda tensa, también pude salvar el muro. Al otro lado, la pendiente era más suave y agarrándome a la mano que me ofrecía Arsène descendí y me uní de nuevo a mis amigos. Con solo una ojeada nos dimos cuenta de que, si bien era cierto que habíamos superado el obstáculo de la verja, el camino que restaba hasta el castillo era bastante largo, ya que el bosque que lo rodeaba era muy extenso.
Reemprendimos la marcha, por tanto, pero con una actitud mucho más precavida que antes, puesto que habíamos allanado una propiedad privada y, considerando la altura del muro que habíamos debido saltar, ciertamente no podríamos fingir que no nos habíamos dado cuenta de ello.
Avanzamos en silencio, atentos al menor ruido, mientras a nuestro alrededor, en el espeso bosque, la penumbra se hacía más intensa y oprimente. No era más que una impresión tonta, pero me parecía que el oscuro y severo perfil de los abetos sumidos en el silencio estuviera allí para observarnos con aire de reproche. En el castillo, que ahora se encontraba justo encima de nuestras cabezas, no parecía haber señales de vida, lo cual reforzaba la impresión de que se trataba de una desolada morada de hielo.
—Qué gran calma… —murmuró Lupin.
—Precisamente el tipo de calma que suele esconder algo —apuntó Sherlock, lanzando un vistazo intrigado al castillo de hielo.
Seguimos el camino que ascendía en suave pendiente entre los árboles durante veinte minutos al menos y por fin tuvimos a la vista los muros del castillo.
—¡Apuesto a que en alguna parte hay una trampilla que lleva a los sótanos! —dijo Lupin en voz baja.
—Demos la vuelta al castillo y echemos una ojeada —propuso entonces Sherlock.
Abandonamos el camino y continuamos por un prado hasta

alcanzar el punto en que los árboles dejaban paso a un pequeño terraplén cubierto de grava que rodeaba el castillo. Habíamos dado solo unos pasos cautelosos después de la última hilera de árboles cuando…

Es realmente curioso cómo nuestra mente, frente a algo completamente inesperado, a veces casi parece querer ignorar lo que sucede a nuestro alrededor. Fue precisamente eso lo que ocurrió en aquella circunstancia. Oí un estruendo ensordecedor que de repente rompió el silencio del bosque y luego un feroz silbido que culminó en una inexplicable explosión de astillas cerca de mí. Todo tuvo lugar en un par de segundos y no fui capaz de hacer nada salvo quedarme petrificada con los ojos desorbitados.

—¡AL SUELO! —gritó Sherlock, que me cogió por la cintura y me hizo tumbar con violencia.

Una segunda detonación y luego una tercera sacudieron el aire inmóvil a nuestro alrededor, y esta vez venían acompañadas de gritos lejanos provenientes del castillo.

—¿Quién está ahí? ¡Deteneos!

Pese a que hoy me parezca imposible, solo en aquel momento me di cuenta de que alguien, desde los muros del castillo, nos estaba disparando.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —gritó Lupin, levantándose del suelo con un salto improviso.

Yo sentí cómo el apretón de Sherlock en mi brazo se volvía más fuerte y tiraba de mí para levantarme. Cuando estuvimos en pie, nos pusimos a correr detrás de Lupin mientras los disparos y los gritos arreciaban a nuestra espalda.

Rehicimos corriendo el camino que habíamos tomado antes, pero, en determinado punto, Lupin se detuvo de golpe.

—¡Maldición! —imprecó.

Delante de nosotros, aunque por suerte todavía lejos, oscilaba la luz de un farol, muy probablemente el de un guarda de la propiedad. Nos vimos obligados a desviarnos en nuestra carrera y a meternos de nuevo en el bosque, ya casi a oscuras. Corrimos a todo correr varios minutos hasta llegar a una de las escarpadas laderas que cerraban aquel valle casi como dos murallas.

Proseguimos hacia un profundo entrante en la roca y cuando lo alcanzamos vimos que era la boca de una pequeña cueva que se

hundía en el costado de la montaña.
Mis amigos y yo nos detuvimos y cruzamos miradas inquietas. Fueron los gritos lejanos a nuestra espalda, en la oscuridad del bosque, los que nos hicieron tomar una decisión.
—¡Adelante, vamos! —musitó Lupin.
Holmes y yo asentimos sin hablar.
Instantes después habíamos cruzado ya la entrada de la cueva y nos habíamos sumergido en las tinieblas más absolutas.
Afortunadamente, Lupin llevaba consigo, como siempre, una caja de fósforos y encendió uno para poder echar una ojeada a la cueva. Era un estrecho túnel en la roca que se internaba profundamente en la montaña.
Seguimos andando con gran cautela y permaneciendo juntos. En la cueva reinaba un silencio absoluto. Lupin encendió un segundo fósforo que sin embargo apagó enseguida una repentina corriente.
—¡Caray! —se lamentó mi amigo, echando mano de nuevo a la caja de fósforos.
—¿Habéis visto? —nos preguntó por su parte Sherlock, excitado—. ¡La llama se ha inclinado hacia nosotros antes de apagarse! Eso significa que…
—… ¡Hay un pasaje! —me anticipé—. ¡La cueva no es ciega!
Para nosotros, aquel hecho significaba una sola cosa, muy importante: teníamos escapatoria.
—¡Juntémonos bien! —propuso Lupin, que me agarró con fuerza por un brazo—. Así correremos menor riesgo de caernos.
Y así, agarrada a Sherlock y a Arsène, empecé a caminar en la oscuridad, tratando de adecuar mis pisadas al abrupto suelo de la cueva. De vez en cuando, Lupin daba un tirón para que nos detuviéramos y encendía otro de sus fósforos. Muy pronto nos dimos cuenta de que la cueva descendía poco a poco, de forma cada vez más pronunciada.
Nuestra marcha se hizo más lenta y dificultosa. Más de una vez puse el pie en falso y solo el fuerte agarre de mis amigos impidió que me cayera.
En el enésimo alto impuesto por Arsène vimos, en el débil halo de su fósforo, que la cueva terminaba pocos pasos más adelante. En aquel punto confluía, de hecho, con una galería mucho más amplia en la que se podía oír claramente el silbido del viento. No tardamos

demasiado en comprender que nos encontrábamos en una mina abandonada. A intervalos regulares, en las paredes y el techo eran visibles grandes maderos ennegrecidos, mientras que rudimentarios raíles oxidados corrían por el suelo accidentado. También la mina estaba en ligera pendiente y no dudamos en movernos en sentido descendente. Después de unos diez minutos andando por aquella galería, uno de los fósforos de Arsène iluminó un viejo farol de minero colgado de la pared. En su pequeño depósito había aún unas gotas de aceite y Lupin pudo encenderlo y alumbrar por fin nuestro camino de manera constante. Unos minutos más de descenso y de pronto vimos, volcada de costado, una de esas pesadas vagonetas de hierro colado que, hasta el abandono de la mina, habrían servido para transportar afuera el grafito extraído de la montaña.
—¡Enderecemos ese cacharro! —dijo inmediatamente Lupin.
Sherlock no se lo hizo repetir y, tras un par de tentativas y de «¡arriba!», consiguieron volver a poner sobre los raíles aquel viejo carricoche.
—Y ahora… ¡a la carroza! —me dijo Lupin con una sonrisa de aliento, señalando la vagoneta que Sherlock frenaba en los raíles.
—¿Estáis seguros de que no es… peligroso? —pregunté, dubitativa.
—Teniendo en cuenta el estado de abandono de esta mina, creo poder decir que sí, podría ser peligroso —reconoció Sherlock con una voz burlona y grave al tiempo—. Pero, en comparación con los escopetazos de hace un rato, ¡será un sosegado viaje de placer!
Meneé la cabeza con fuerza, pero mis labios se curvaron en una sonrisa. ¡No sé cómo era posible, pero no había nada que me embriagara tanto ni me hiciera sentir tan llena de vida como meterme en líos en compañía de aquellos dos!
Agarré la mano que Lupin me tendía y salté a la vagoneta. Luego montó él y, por último, Sherlock. Cuando este estuvo a bordo, la vagoneta, sin nadie que la frenara ya, empezó a deslizarse por los rieles.
Arsène sostenía el farol por encima de nuestras cabezas e iluminaba las oscuras anfractuosidades de aquella galería, que ahora desfilaba cada vez más veloz.
—¡Bienvenidos al Mina Express! —bromeó Lupin—. Próxima estación… ¡desconocida!
Y, mientras pronunciaba aquella última palabra, me pasó el brazo

por la cintura y me apretó con fuerza contra sí.
Recuerdo como si fuera ayer el momento en que la pendiente por la que corrían los raíles se hizo más empinada y la vagoneta en que viajábamos aceleró bruscamente.
Sentí que el corazón se me desbocaba y me sacudía el pecho con sus golpes rápidos y fortísimos. Sin darme cuenta siquiera, la voz empezó a salirme de los labios en un grito en que se mezclaban el miedo y la emoción. Por fuerte que gritara, sin embargo, tapaba mi voz el traqueteo de las ruedas metálicas sobre los raíles, convertido en un auténtico estruendo. Nuestra carrera prosiguió aún un rato a gran velocidad, mientras las sombras que desfilaban a nuestro lado me parecían brazos oscuros y monstruosos extendidos para capturarnos.
Los raíles describieron una curva bastante cerrada y tuvimos que agarrarnos a los bordes de la vagoneta para no salir despedidos. No obstante, pasada la curva, la bajada se hizo más suave y nuestro vehículo perdió un poco de velocidad. A continuación hubo una serie de golpes y zarandeos cada vez más violentos, causados por las piedras que entorpecían la vía en aquel tramo. Al final, un golpe más fuerte que los anteriores hizo volcar la vagoneta y salimos rodando. Lo primero que vi cuando levanté la cabeza después del vuelco fue un pedazo de cielo entre las cimas de las montañas, en el que asomaba la luna. ¡Estábamos fuera de aquella maldita galería!
—¿Todos enteros? —quiso cerciorarse Sherlock.
Arsène y yo asentimos, ocupados ya en mirar a nuestro alrededor. Era esa época del año cercana al solsticio de verano en que los días son increíblemente largos y el cielo, pese a que se vieran ya la luna y algunas estrellas, todavía estaba teñido de una ligera claridad. Por ello pude percatarme de que nos encontrábamos en el fondo del valle, no lejos de la vía del ferrocarril que llevaba a Davos-Platz. Es más, creí reconocer los pastos entre los que, el día de mi llegada, el tren se había detenido antes de llegar a la estación.
Ciertamente no se puede decir que nuestra pequeña exploración del castillo de hielo se hubiese desarrollado bajo los mejores auspicios hasta aquel momento. No obstante, nuestra suerte, gracias al cielo, cambió y en la carretera paralela a la vía férrea encontramos un pesado carro que transportaba los baúles de algunos veraneantes. Me tocó a mí interpretar el papel de una muchacha llorona que se

había extraviado mientras daba un paseo por la montaña con dos amigos, pero de aquel modo conseguimos al menos que nos llevaran hasta Davos-Platz.
—Si entramos por la parte de atrás, tú también puedes subir a nuestra habitación en la pensión Alpenstern —propuso Lupin.
—Sí. ¡Tenemos mucho de que hablar! —apoyó Sherlock.
Les lancé una mirada incrédula a ambos.
—¡Ni soñarlo! —dije—. Por ahora ya he infringido bastante las reglas, gracias. Ahora me vuelvo a mi habitación. ¡Y espero de todo corazón que Horace no me vea llegar así de desaliñada!
Dicho lo cual, corrí hacia el hotel Belvédère bajo el cielo ya oscuro y salpicado de estrellas.

Capítulo 7

UN HOTEL MUY POCO TRANQUILO

Una vez en el hotel Belvédère, me las arreglé para colarme por una entrada de servicio y subí al tercer piso sin encontrarme más que con un par de sirvientas atareadas que no me prestaron atención. Cuando llegué frente a la habitación 320, saqué la llave del bolsillo de mi *redingote* y la metí en la cerradura procurando hacer el menor ruido posible. Pero no me sirvió de nada.

Apenas di la primera vuelta a la llave, oí abrirse de pronto la puerta de la habitación contigua, la 319.

La mirada del señor Nelson cayó sobre mí como un hacha.

—Qué susto, Horace… —dije con una sonrisa más bien traviesa.

El mayordomo me miró de la cabeza a los pies con aire severo. Mis ropas estaban sucias y mis manos negras como las de un carbonero.

—Pues parece que, antes de encontrarse conmigo, haya usted tenido encuentros mucho más… espantosos —replicó burlonamente el señor Nelson.

Me di cuenta de que mis mejillas estaban enrojeciendo, pero traté, en cuanto me fue posible, de mantener la compostura.

—Ah, sí… Iba a ser un simple paseo con mis amigos… —farfullé,

bajando la mirada—. Luego, por desgracia, nos perdimos y…
—Señorita Irene —me interrumpió el señor Nelson—. Lo que cuenta es que esté bien. Sé que estos días están siendo muy particulares para usted y no es mi intención regañarla. Pero recuerde que tanto los señores Adler como la señora Von Klemnitz me consideran responsable de su seguridad. Por ello, prométame que no hará tonterías —concluyó, mirándome a los ojos.
—Se lo prometo —respondí yo, intentando no pensar en lo sincera que podía ser realmente tal promesa—. Ahora, buenas noches, Horace.
—Buenas noches, señorita Irene —correspondió el señor Nelson.
Yo, con la cabeza gacha, abrí la puerta para quitarme de encima cuanto antes aquellas prendas todavía impregnadas del olor de la mina.
—Ah, solo una cosa… —oí, de todos modos, la voz de Horace en el pasillo—. La próxima vez que quiera mentir, ¡al menos esfuércese algo más!
Después de aquellas palabras, la puerta de la habitación 319 se cerró y, mientras yo entraba por fin en mi cuarto, no pude dejar de sonreír.
También aquella noche, tras un largo baño, me deslicé en un sueño profundo y sin interrupciones, un privilegio de los cuerpos jóvenes.
Por la mañana, le entregué discretamente mis ropas a una camarera para que las llevara a la lavandería y bajé al vestíbulo poco antes de las nueve, hora en que sabía que Sophie, mi madre, solía desayunar. La vi sentada a una mesita esperándome y cuando me descubrió entre la gente que llenaba la sala me hizo una seña agitando delicadamente la mano.
—No tengo ninguna duda de que tu médico debe de ser tan latoso o más que el mío —dije después de saludarla—, pero hay que reconocer que tiene razón: ¡el aire de estas montañas le ha dado ya un bonito color a tu cara!
Aquello no fue una simple cortesía vacía. El rostro de Sophie estaba de verdad más rosado, distendido y como rejuvenecido.
Observándolo, tuve por primera vez la indescriptible impresión de reconocerme un poco a mí misma en una cara ajena y, mediante aquel juego de espejos, en aquel momento me pareció poder recobrar algo de mí misma después del aturdimiento que se había

adueñado de mí en los últimos tiempos.
Aquella mañana, vaporosas nubes grises se habían concentrado en el cielo de Davos, pero a mi madre y a mí no nos importó nada. Aquella vez me tocó hablar a mí sobre todo y, no sé por qué razón, empecé a discurrir casi solamente sobre música y canto, que en aquellos últimos meses había vuelto a tomarme cada vez más en serio, contenta por poder refugiarme siempre que quería en aquel mundo donde los sentimientos humanos adoptan la pura y sublime forma de notas y acentos musicales.
Descubrí así, con gran alegría, que también mi madre conocía y adoraba la música. Nos lanzamos entonces a audaces conversaciones sobre Verdi, Rossini, Massenet y Wagner, tomándonos la libertad de decir lo que pensábamos pero haciendo también muchas pausas para reír de nuestros inmoderados juicios. Pasó así una hora que aún hoy guardo en mi memoria como uno de los recuerdos más dulces y preciosos de Sophie von Klemnitz, mi madre.
La llegada de una cortés enfermera a la mesa puso fin a aquella agradable conversación. Era la hora fijada para que mi madre, siempre por orden del médico, tomara uno de aquellos baños de vapor que más tarde se difundirían con el nombre de «saunas», pero que, en aquel tiempo, eran una absoluta novedad y, por consiguiente, también uno de los grandes motivos de jactancia del hotel Belvédère.
Sophie y yo nos despedimos con un abrazo y luego salí a la terraza del hotel. En cuanto asomé la nariz, en la escalinata de entrada vi a Lupin y a Sherlock, que caminaban de un lado para otro como dos buitres.
Al echar una ojeada alrededor, me di cuenta de que las amenazadoras nubes habían mantenido apartados a los clientes de la terraza del hotel, que ahora estaba completamente desierta. No obstante, como aún no se había puesto a llover, invité a mis amigos a sentarnos a una de las mesas, segura de que podríamos hablar con toda tranquilidad.
—¿Alguna novedad? —pregunté mientras nos sentábamos.
—¡La única novedad es que hoy nadie nos ha disparado todavía! —respondió Lupin, sonriéndome.
Sherlock, en cambio, tenía el aire ausente típico de esos momentos

en que se sumergía por completo en sus pensamientos.
Mi mirada y la de Lupin, casi sin darnos cuenta, convergieron sobre él.
Nuestro amigo permaneció callado un rato y luego dejó escapar un largo suspiro.
—Realmente, no hay mucho que decir —murmuró al fin, apoyándose lentamente en el respaldo y echando atrás la cabeza—. Es como estar frente a un mosaico al que le faltan demasiadas teselas…
—Bueno, algo sabemos —rebatió Lupin—: Alguien, allá arriba en el castillo, está… ¡muy nervioso!
—Cierto —reconoció Sherlock—. Y eso nos permite deducir una cosa al menos: admitiendo que Weisbach y compañía sean ladrones y tengan puesta su mira en el castillo de hielo, si han logrado alertar de ese modo a sus víctimas, ¡deben de ser realmente los delincuentes más inútiles del mundo!
—Puede, pero a mí Weisbach me dio la impresión de ser todo lo contrario a un incapaz —intervine.
—Desde luego, no es con «impresiones» con lo que puede hacerse una investigación rigurosa, pero, por si vale de algo, estoy de acuerdo contigo —concedió Sherlock—. Nuestro Weisbach, o quien quiera que se oculte bajo ese nombre, no me parece de los tipos que cometen errores monumentales.
—Entonces, tal vez podamos eliminar esa hipótesis —dijo Lupin—. Weisbach y compañía no son una banda de ladrones.
—Y eso nos dejaría con la hipótesis del asunto entre contrabandistas, ¿no es cierto? —pregunté.
—Es solo una de las muchas posibilidades —respondió Sherlock—. En el fondo, lo que sabemos se limita a…
Mi amigo Holmes estaba a punto de exponer uno de sus sutiles razonamientos cuando fue interrumpido por un grito proveniente del vestíbulo del hotel.
Nos pusimos en pie los tres y corrimos en la dirección de la que venía el grito. En la escalera que conducía a las habitaciones vimos la inconfundible figura de *madame* Gourlikova, que llevaba un vestido azul claro y un turbante a juego.
—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Cójanlo! —chillaba, moviendo los brazos de manera descompuesta.

El *concierge* y un camarero acudieron a sujetar a la mujer, que parecía a punto de desmayarse. Del comedor de desayunos, mientras, salieron muchos clientes, atraídos por los gritos, y se presentaron en el vestíbulo. Pocos minutos después había ya un gran jaleo.

—¿Por dónde se ha ido el ladrón, señora? —le preguntó el *concierge*. La señora Gourlikova respondió con un vago gesto de la mano, indicando la parte trasera del edificio.

Entonces, el portero del hotel impartió una brusca orden al camarero, en una lengua que no comprendí pero que supuse sería el peculiar alemán que se habla en aquella parte de Suiza.

El camarero se incorporó y se lanzó a la carrera, pero, siendo un muchachote desmañado y fornido, no pareció que pudiera representar una grave amenaza para el ladrón huido. Mi amigo Lupin observó la escena meneando la cabeza con aire de desaprobación. Un instante más tarde se había lanzado él a la persecución y con pocas zancadas había sobrepasado al torpe camarero.

Sherlock y yo lo vimos desaparecer por la parte de atrás mientras *madame* Gourlikova, sentada en los escalones, suspiraba.

—Mi collar… Mis perlas… ¡Me los dio la reina de Suecia en persona! *Mon Dieu*…

Ahora todo el hotel estaba en revuelo. Las voces excitadas de los clientes se tapaban unas a otras tratando de reconstruir lo sucedido, alimentando un vivo rumor que llenaba el vestíbulo. Y seguía llegando más gente con los ojos chispeantes de curiosidad.

No sabría decir cuánto tiempo pasó, pero no debieron ser más que unos minutos, cuando Lupin volvió a entrar en el vestíbulo y se abrió camino entre la multitud que lo abarrotaba.

Arsène se dirigió en seguida hacia el *concierge* y la señora Gourlikova, ahora apoyada en el gran pasamanos de mármol, pero pude, no obstante, notar la expresión de su rostro, entre la perplejidad y la sorpresa.

—Lo siento, señora —dijo Lupin en francés—, pero el ladrón… ya se había escapado.

—*Oh, mon Dieu! Mon Dieu*… —susurró la mujer, que parecía a punto de desmayarse otra vez. El portero del hotel la sostuvo y la ayudó a subir la escalera mientras ordenaba a otro camarero que

corriera al puesto de policía de Davos-Platz.
Lupin, entre tanto, vino hasta nosotros rodeado por las miradas curiosas de la gente.
—¿Nos quieres decir qué demonios ha ocurrido ahí afuera? —inquirió inmediatamente Sherlock, al que no se le había escapado la extraña expresión de la cara de Lupin.
Nuestro amigo, sintiéndose el centro de demasiada atención, nos hizo seña de que saliéramos. Dejamos atrás la terraza y encontramos un rincón apartado a los pies de la escalinata del hotel.
Lupin se rascó enérgicamente la nuca y empezó a contarnos:
—Es increíble…, estaba convencido de haber visto al ladrón, estaba a punto de pillarlo. Un elegantón con patillas rubias y frac gris paloma que caminaba a toda prisa por el patio posterior, al que dan las cocinas. Parecía como si se lo llevaran los demonios…
—¿Y luego? —lo acucié yo con los ojos como platos.
—Lo he instado a detenerse, he gritado «¡Al ladrón!» —continuó Lupin—. Él ni siquiera se ha vuelto, pero, en cambio, un lavaplatos ha salido de la cocina, me ha parado a mí y me ha preguntado si estaba loco.
—¡¿Qué?! —se asombró Holmes.
—¡Precisamente así he reaccionado yo! Le he explicado que acababa de producirse un hurto en el hotel y que aquel hombre… Él se ha echado a reír, junto con todas las cocineras. Por un momento he pensado que eran todos cómplices del ladrón, pero…
—¿Pero?
—De las cocinas ha salido una vieja cocinera y me ha explicado que, fuera cual fuese el robo que hubiera habido en el hotel, con certeza aquel tipo no tenía nada que ver, porque era el barón Von Lachmann, el hombre más rico del valle. Según parece, si quisiera podría comprar el hotel entero.
—Oh…
—De hecho, el carruaje al que se ha subido era de esos que tienen los señorones. ¡Y yo me he quedado ahí mirando cómo se iba, sin comprender ni un pimiento, francamente!
—Tal vez el barón solo estaba allí por una simple coincidencia —observé.
Ante aquellas palabras mías, los ojos de Arsène relampaguearon y

una sonrisa vagamente guasona se le dibujó en la cara.
—Puede ser —dijo—. Pero la coincidencia más interesante me la ha revelado ese lavaplatos. Porque resulta que el barón Von Lachmann es… ¡el dueño del castillo de hielo!

Capítulo 8

UNA TARDE TRISTE

Si la intención de Arsène era la de dejarnos boquiabiertos, entonces el éxito fue rotundo. Y por una vez tuve la satisfacción de constatar que, en medio de aquel oscuro cúmulo de hechos y coincidencias, mi genial amigo Sherlock Holmes parecía andar tan a tientas como yo.

Oí que golpeaba con fuerza un tacón contra el suelo mientras resoplaba con contrariedad.

—¡Ya basta! ¡Esta especie de charada se está volviendo fastidiosa! —exclamó.

—Estoy totalmente de acuerdo —corroboró Lupin—. Pero ¿qué podemos hacer?

Sherlock se mostró tan combativo como en sus mejores momentos.

—Tú y yo vamos a ir a Davos-Platz y nos dividiremos —le dijo a Lupin—. Uno le seguirá los pasos a Weisbach para ver qué diantres

está tramando y el otro se dará una vuelta por el pueblo para descubrir algo más sobre ese barón Von Lachmann.
Arsène asintió con convicción y la mirada de Sherlock se desvió entonces hacia mí.
—Tú, Irene, si no tienes nada en contra, podrías volver al Belvédère y hacer una pequeña indagación sobre el robo —me propuso.
No solo no tenía nada en contra, sino que, es más, estaba contenta de poder poner en práctica mis innegables cualidades de entrometida.
Quedamos, pues, en que Sherlock y Lupin volverían a media tarde para vernos cuando, así lo esperábamos, todos tuviéramos nueva información que intercambiar. Me despedí de mis amigos decidida a cumplir con mi parte y, al entrar en el vestíbulo del hotel, vi que todavía había cierto bullicio. Parte de la multitud se había esfumado, pero numerosos huéspedes se encontraban aún allí, cuchicheando medias frases al oído, y estaban pendientes de los labios de una señora inglesa de nariz afilada y ojos muy juntos que, con un increíble descaro, se había aventurado hasta lo alto de la escalera, desde donde podía oír las voces provenientes del piso superior.
Me uní también a aquella indiscreta pero divertida espera.
—¡Las han encontrado! ¡Las han encontrado! —chilló poco después la mujer, volviéndose hacia su pequeña platea de curiosos.
—¡¿CÓMO?! —exclamó un señor de aspecto estirado no lejos de mí.
—¡Sí, sí! ¡Las perlas! —chilló la inglesa, que bajó al fin la escalera —. Parece ser que han volado por los aires con el joyero de la señora… Pero ¡el ladrón ha sido puesto en fuga antes de que pudiera cogerlas!
—¡Menos mal! Una verdadera suerte… —comentó una voz de mujer a mi espalda.
Y, con aquellas palabras, pareció dar la señal para que se produjera una especie de suspiro general de alivio, a continuación del cual los clientes del hotel volvieron a sus cosas.
Solo la señora inglesa de nariz puntiaguda se quedó en mitad del vestíbulo, con una sonrisa maliciosa estampada en la cara. Puede que años frecuentando los salones de la buena sociedad no me hubieran enseñado mucho, pero sin duda me habían capacitado para reconocer la expresión de una dama que se muere de ganas de

cotillear un poco. Así que ¡me lancé a la carga!
—Bien está lo que bien acaba… ¿No se dice eso? —comenté con una sonrisa en los labios mientras me acercaba a la mujer.
—Oh, desde luego, querida, desde luego… —me respondió la inglesa, dirigiéndome, no obstante, una mirada que dejaba entrever algo muy distinto.
—He oído a esa señora hablando de un collar de perlas —proseguí con una estudiada expresión de ingenuidad—. Decía que se las había dado la reina de Suecia… ¡Figúrese qué disgusto habrá sido ver que se las robaban!
En ese momento, la señora de la naricita afilada no pudo aguantar más.
—Por supuesto, querida, ¡siempre que se crea todo lo que sale de la boca de las personas! —dijo, aproximándose a mí.
—Ah, ¿es que acaso duda usted de que…? —dije yo, abriendo mucho los ojos.
—Pero ¿no sabe quién es esa mujer? —preguntó la otra en susurros, con sus taimados ojos brillándole—. ¡Es rusa! Se hace llamar *madame* Grumpikova o algo por el estilo —prosiguió sin esperar mi respuesta—. La otra noche, estaba yo sentada a una mesa junto a la suya en la cena y me dijo que era espiritista, ¡una médium!
—Una…
—¡Una médium, querida! Esas que se comunican con los espíritus, que hablan con el más allá… —siguió diciendo la mujer, para entonces imparable—. Y sostiene, precisamente, que varias personalidades, incluso cabezas coronadas, han solicitado sus servicios en el pasado.
—Realmente notable —comenté.
—Admitiendo que sea verdad, querida… Por lo que a mí respecta, no muerdo el anzuelo tan fácilmente, ¿sabe? —me dijo con aire complacido—. He oído decir que, a veces, personas de esa clase vienen a los grandes hoteles como este para echar el lazo a clientes. Y no se puede decir, ciertamente, que con este extraño robo, en el que no se ha hurtado nada, nuestra maga no haya llamado la atención, ¿no le parece?
—Ya veo, usted piensa que lo ocurrido… —dije sobresaltada, con un estupor que solo en parte era simulado.
—Yo no pienso nada, querida… —respondió la inglesa—. Si acaso,

¡pienso en no dejarme embaucar con demasiada facilidad! —concluyó con una risa estridente.
Me sumé a su hilaridad y, tras despedirnos cortésmente, nos separamos.
Sentía la necesidad de sentarme a reflexionar. Me acomodé, en una butaca del vestíbulo y me abandoné a mis pensamientos. ¿Qué había descubierto exactamente? ¡Que en aquel robo, a cuyo autor no se había encontrado, en realidad tampoco había botín! Y que *madame* Gourlikova tenía una ocupación no menos excéntrica que su aspecto. Pero ¿qué significaban aquellos detalles? Si de verdad eran teselas de lo que Sherlock había definido como un mosaico incompleto, las cosas que yo acababa de descubrir parecían tener el efecto de volverlo aún más raro e incomprensible.
Después de un suspiro de pura frustración, eché un vistazo al reloj de agujas doradas que se encontraba en una consola cerca de mí y me di cuenta de que acababan de pasar las doce. ¡Un montón de tiempo me separaba de la cita con Sherlock y Arsène! Subí a mi habitación y me cambié de vestido, únicamente para hacer pasar un puñado de minutos. Media hora más tarde volví a bajar y encontré a mi madre, que me esperaba en el comedor. Los efectos benéficos de la montaña parecían repentinamente desaparecidos; tenía los ojos rojos y la cara pálida y contraída.
No era solamente una impresión.
—Irene… —me dijo con la mirada nublada por la tristeza—. Siéntate aquí conmigo.
Supe enseguida que había sucedido algo.
—He recibido noticias de París. Malas noticias, por desgracia —siguió diciendo, manoseando un telegrama.
—Oh… —fue todo lo que conseguí decir.
—Te acuerdas del señor D'Aurevilly, ¿verdad?
—Por supuesto que me acuerdo.
—Hacía tiempo que no andaba nada bien de salud y, por lo que parece, ayer su estado se agravó imprevistamente.
—Lo siento mucho, de verdad.
Era sincera. Había conocido al señor D'Aurevilly pocos meses antes, en París, en circunstancias bastante difíciles, y su generosidad y firmeza, dignas de un auténtico caballero, me habían impresionado profundamente.

—Tú sabes, Irene, lo bueno y solícito que él ha sido siempre conmigo. No puedo dejarlo solo ahora que parece haber llegado su fin. Lo siento…
Fue un duro golpe. Cuando todo parecía ir en la buena dirección para mí y para mi madre, cuando, después de tanto tiempo perdido y pese a los muchos secretos que todavía quedaban entre nosotras, quizá estuviéramos empezando a entendernos, al menos un poco, ella debía regresar a París. Todas las preguntas que habían bullido en mi cabeza en los últimos meses, todas las cosas que esperaba poder decirle, iban a quedárseme dentro. Las conversaciones que tan largamente había imaginado y en las que descubriría, estaba segura, que pese a la larga separación mi madre y yo nos entenderíamos sin esfuerzo, espontáneamente, sin la sombra de esa extrañeza que siempre había sentido con Geneviève Adler, estaban destinadas a seguir siendo, justamente, simples imágenes en mi cabeza.
A pesar de todo, sabía muy bien que mi madre no podía hacer otra cosa, que su decisión era la correcta, y quise decírselo.
—Haces bien yendo. Dale recuerdos míos al señor D'Aurevilly, si te es posible, y espero que nosotras podamos continuar pronto lo que interrumpimos aquí —dije, esforzándome por sonreír.
Sophie me miró con gran ternura y me cogió las manos.
—Gracias, pequeña. ¡Apenas te conozco, pero ya me haces sentir muy orgullosa de ti!
Nos dimos un largo abrazo y luego Sophie corrió a su habitación a prepararse para el viaje.
La noticia me había quitado completamente el apetito, así que me quedé en la terraza observando las majestuosas montañas, como si fueran grandes sabios que de un momento a otro podrían hablar para aconsejarme. Mi madre reapareció e intercambiamos un último y cariñoso saludo. Luego la vi bajar la blanca escalinata de entrada y subirse a un carruaje. Seguí con los ojos el vehículo hasta que se perdió detrás de una curva dejando solamente una estela de polvo en la carretera de tierra batida.
Hasta aquel momento estaba convencida de poder dominar mis sentimientos, pero, cuando el carruaje en que iba mi madre se alejó, mi corazón quiso sorprenderme. Sentí unas ganas enormes de llorar que casi me hacían estallar el pecho. No las reprimí y me deshice en

lágrimas, sin lograr siquiera contener los sollozos.
Cerré los ojos y respiré hondo, intentando hacer pasar aquel momento y tranquilizarme. Cuando los reabrí me di cuenta de que había alguien a mi lado. Un hombre de unos cuarenta años, alto y distinguido, con una cuidada barba castaña.
—Señorita… —dijo quedamente, ofreciéndome un pañuelo blanco de seda.
—Gracias, señor, pero creo que no será necesario —dije, intentando sonreír y secándome las lágrimas con la mano. Luego, muy avergonzada, añadí—: Disculpe, debo de parecerle una pobre tonta, pero ya se me ha pasado.
—No la encuentro tonta en absoluto, señorita —repuso el hombre con gran gentileza—. Al contrario, creo que, en ciertas situaciones, es muy normal ceder a un momento de tristeza.
Después de aquellas palabras, hizo una pequeña inclinación y se presentó como Albert de Saint-Maux.
Mientras le devolvía la inclinación y me presentaba, me percaté de que, justo detrás de aquel hombre, sentado en un sillón de mimbre, estaba el convaleciente completamente vendado que ya había visto el día anterior en la terraza.
—Mi hermano Victor —me lo presentó el señor de Saint-Maux. El pobrecillo se levantó trabajosamente y me hizo una rígida inclinación, que yo le devolví. En ese momento, el señor Albert se despidió y ambos entraron en el hotel.
Me apoyé en la balaustrada de la terraza y volví a pensar en lo que acababa de decirme aquel hombre acerca de ceder a la tristeza. Ahora que sabía el drama que él estaba viviendo, con un hermano quemado que muy probablemente quedaría desfigurado para toda la vida, sus palabras me parecieron muy conmovedoras. Y la impasible belleza de las montañas que me rodeaban me pareció casi cruel en aquel instante.

Capítulo 9

AYER Y HOY

En cuanto entré en mi habitación traté de desechar los sombríos pensamientos que me habían provocado la repentina marcha de mi madre y el encuentro con los hermanos Saint-Maux. Por eso, empecé a rumiar otra vez lo que había descubierto respecto a *madame* Gourlikova y el fallido robo del que había sido protagonista. Todo me pareció aún más borroso y confuso que antes y me entraron unas ganas tremendas de hablar de ello con mis amigos. Dudé un poco, pero al final, tras avisar a Horace, bajé y tomé la carretera que llevaba a Davos-Platz. No eran más que las cuatro de la tarde, mucho antes, por tanto, de la hora fijada para nuestro encuentro, pero no me importaba. Experimentaba un gran placer caminando con el aire refrescado por los temporales y no me pesaría nada callejear un rato mientras esperaba a que Sherlock y Arsène volvieran a la pensión Alpenstern.

Pero no hubo necesidad, porque en la propia carretera me crucé

inesperadamente con mis amigos.
—¿Hay tales novedades que no podíais esperarme? —pregunté esperanzada.
—¡Todo lo contrario, *malheureusement*! —dijo suspirando Lupin—. Venimos con las manos prácticamente vacías, confiando en que tú, en cambio…
Por lo que parecía yo era la que había conseguido el mayor botín de información y, de camino al Graubünden Café, me tocó contarles lo que había descubierto sobre el robo fallido y sobre *madame* Gourlikova.
—Todo eso añade un par de toques inauditos a esta estancia alpina nuestra —concluí después de haber relatado detalladamente todo lo que había descubierto—. Pero, ciertamente, no nos ayuda en modo alguno a aclarar las cosas.
Sherlock asintió con aire contrariado.
—Por lo que a mí respecta, no he visto ni sombra de Weisbach. Por tanto, todo lo que puedo decir es que sin duda ha intensificado sus «excursiones» —dijo entonces Lupin.
—Y la gente del pueblo no parece saber gran cosa del barón Von Lachmann —dijo por su parte Sherlock, meneando la cabeza con fastidio—. Es un austríaco de antigua familia, rico a más no poder, que compró el castillo hace diez años. Eso es todo lo que he podido recabar sobre él.
Para entonces habíamos llegado al café y nos sentamos. Sin vacilar, pedí chocolate caliente para todos, lo mismo que habría hecho en la Shackleton Coffee House, el cochambroso local londinense que servía la bebida preferida de Sherlock y que el invierno anterior se había convertido a menudo en nuestro pequeño refugio para pensar. También en aquella ocasión nos sumimos los tres en nuestros pensamientos. En cuanto a mí, empecé a contemplar la posibilidad de que hubiéramos cometido un gigantesco error y que, en resumidas cuentas, fuésemos nosotros tres, ¡tan amantes del misterio y la aventura!, quienes, entre acontecimientos distintos, viéramos nexos y relaciones que quizá, de hecho, no fueran reales. No llegué a ninguna conclusión, pero sí decidí que, aunque así fuera, quedaban un montón de preguntas sin respuesta. ¿Quiénes eran Weisbach, el Elfo y el Gigante? ¿Quién nos había disparado en el castillo de hielo y por qué? ¿Qué hacía el barón Von Lachmann

fuera del hotel Belvédère precisamente en el momento en que Lupin perseguía a un fantasmal ladrón?
Mi suspiró rompió el silencio que reinaba en nuestra mesa de pensativos bebedores de cacao. Me parecía que Lupin estaba a punto de decir algo cuando, por la ventana, vimos a un grupo de chicos que gritaban y corrían en dirección a la estación. Primeros no hicimos caso, luego vimos correr a otro grupo hacia el mismo sitio, seguido de dos ancianos que intentaban andar lo más deprisa posible al tiempo que hablaban animadamente. También uno de los camareros del Graubünden notó aquel insólito movimiento en la calle y se asomó a la puerta para decirles algo a otros transeúntes jadeantes.
Pese a que habló en dialecto, no fue difícil imaginar que había preguntado la razón de todo aquel revuelo.
—¿Qué ha sucedido? —le preguntó Holmes en alemán. Luego tradujo la respuesta para nosotros—: Ha ocurrido algo, pero no sabe el qué… Por lo que parece, ha venido la policía cantonal desde Coira.
¡Con lo oído nos bastaba!
Nos levantamos. Lupin arrojó una moneda sobre la mesa y, una vez en la calle, echamos a correr, igual que los chavales que habíamos visto pasar poco antes. Mientras corría, me impresionó el aspecto coqueto y sereno de aquellas casitas de tejado picudo, enmarcadas por el apacible verde de los bosques. ¡Parecía imposible que un lugar así pudiera verse turbado por un delito! (O incluso por dos, en el caso de que la tentativa de robo a *madame* Gourlikova no hubiese sido una farsa).
En la esquina entre la calle principal y una callejuela estrecha que subía a la izquierda, vimos un corrillo de personas. Torcimos por la callejuela y la encontramos abarrotada de gente, toda delante de una taberna llamada Drei Loewen, de aspecto más bien ruinoso. Los policías, con uniforme oscuro, se esforzaban por mantener a raya a la gente agolpada junto a la entrada del local. Pese al enorme barullo, no tardamos en darnos cuenta de que la pequeña multitud de curiosos parecía tener puesta su atención no tanto en la entrada de la taberna como en una miserable leñera que se encontraba allí al lado, en el soportal formado por una balconada.
Me puse de puntillas, tratando de ver algo en aquella dirección,

pero en aquel muro de espaldas y nucas no había ni una rendija. Hizo falta que uno de los chavales que habíamos visto poco antes empujara a otro chiquillo en broma y lo hiciera rodar frente a la puerta de la Drei Loewen. Sucedió entonces que uno de los gendarmes que custodiaban la taberna, perdida la paciencia, desenfundó la espada y mandó que se guardara el orden.
Su gesto creó un cierto jaleo y muchos se movieron, dejando libre por fin la vista ante nosotros durante unos instantes. Así, pude ver la leñera, con sus ordenadas hileras de troncos, y luego… algo que me heló la sangre y me dejó petrificada en medio de aquella callejuela sombría. Había un hombre tendido sobre la leña con la cabeza apoyada en un brazo alargado, inmóvil. Su cabello era de un rubio muy claro, igual que la perilla que destacaba sobre la manga oscura de su chaqueta.
Lo reconocí en el acto. Aquel hombre era el Elfo.

Capítulo 10

EL HOMBRE DE LOS PRISMÁTICOS

Respiré hondo e intenté tragar saliva, pero era como si una mano vigorosa me estuviera apretando la garganta. Nada más ver el cuerpo sin vida del Elfo, Sherlock se puso instintivamente delante de mí para impedirme contemplar el macabro espectáculo. También Lupin se acercó de una zancada.

—¿Habéis visto? También él parecía interesado en el castillo de hielo. Cuando lo vimos cerca de aquella cabaña junto al torrente, no dejaba de señalarlo… —dijo, mientras la multitud que estaba frente a nosotros se recomponía hasta formar una sola masa oscura—. Pero no ha sido tan afortunado como nosotros —concluyó gravemente.

La hipótesis apuntada por Arsène (que los disparos de fusil dirigidos a nosotros la noche anterior, durante nuestra inspección del castillo, y el asesinato de aquel hombre fueran consecuencia del interés que todos habíamos mostrado por el castillo de hielo) era inquietante, pero totalmente razonable.

En los ojos de Sherlock, brillantes como perlas oscuras, casi se podía

ver el impetuoso discurrir de sus pensamientos. Parecía a punto de decir algo cuando de la taberna Drei Loewen vimos salir a un hombre corpulento y pelirrojo, con un uniforme de aspecto más majestuoso que el que vestían los policías de guardia. No fue difícil comprender que debía de tratarse del jefe de la policía cantonal, llegado desde la capital regional para llevar a cabo la investigación. Con un salto que nos sorprendió tanto a Arsène como a mí, Sherlock se plantó delante de él y le hizo una pregunta en alemán. El funcionario de policía observó a nuestro amigo con una mirada severa, lo despachó con una respuesta seca y se dispuso a proseguir su camino.
Holmes, sin embargo, le cerró el paso y le hizo otra pregunta. Al no conocer más que algunas palabras de alemán, para intentar entender de qué estaban hablando me limité a observar la expresión del jefe de policía. El hombre, en un principio, pareció sorprendido y se dignó darle a Holmes una respuesta un poco más larga, pero muy pronto volvió a tener una mirada de fastidio y, con cara de desdén, lo sobrepasó por un lado para luego dirigirse hacia la calle principal del pueblo seguido de los gendarmes que lo escoltaban. Sherlock le correspondió con una mirada burlona igual de desdeñosa y vino hasta nosotros.
Bajamos también por la callejuela hacia la vía principal de Davos-Platz y permanecimos callados hasta estar lo bastante lejos de aquella horrible leñera.
—No me parece que tus relaciones con las policías locales hayan mejorado mucho desde el invierno —bromeó entonces Lupin, en referencia a un desagradable episodio ocurrido unos meses antes en Londres, en las oficinas de Scotland Yard. Intentaba así rebajar la tensión que nos había atenazado después de lo que habíamos visto en la callejuela de la Drei Loewen.
Sherlock se encogió de hombros.
—Quería comprobar de qué pasta está hecha la policía por estos lugares.
—¿Y bien? —preguntó Lupin.
—Nada diferente de lo que me esperaba… —contestó Sherlock—. Ese jefe de policía o es un pobre lelo o bien está corrompido hasta la médula.
—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —le pregunté yo entonces.

—Quería cogerlo por sorpresa y le he preguntado a bocajarro si lo sucedido a ese pobre hombre en la leñera no tendría algo que ver con el castillo de hielo —explicó Sherlock—. Ha reaccionado poniendo la cara de alguien recién caído del guindo y me ha preguntado que quién me había metido en la cabeza semejante tontería. A su parecer, el castillo es un lugar respetabilísimo, mientras que la Drei Loewen es una tasca de mala muerte, donde a menudo ocurre que los ánimos se caldean después de un vaso de más… Habría dicho que era sincero —prosiguió Holmes—, pero si de verdad piensa que se ha tratado de una riña entre borrachos que ha terminado mal, eso significa que él y su policía saben menos que nosotros tres, y eso nos lleva a la hipótesis número uno.
—¡Que es un lelo! —se carcajeó Lupin.
—Exacto —asintió Sherlock—. Si por el contrario, como me inclino menos a creer, estaba interpretando, hay que reconocerle al menos unas notables dotes como actor. Eso querría decir, no obstante, que no solo no debemos esperar nada de la policía local en lo referente a la investigación, sino que incluso deberemos guardarnos las espaldas de ella —concluyó en un tono perfectamente calmo.
Lupin nos miró y sonrió.
—Se pueden decir muchas cosas de nuestro trío, pero ¡desde luego nadie podrá acusarnos de no tener olfato para los problemas!
Le devolví la sonrisa sin convicción. Comprendía que Arsène estaba tratando de hacerme sentir mejor, pero la imagen del Elfo inerte sobre los troncos de la leñera estaba grabada aún en mi mente de una forma demasiado vívida.
Seguimos caminando por la calle formada por bonitas tiendas y coquetas casitas, detalles todos que en aquel momento me parecieron irritantes y falsos. Cuando vi una fuente en un lado de la calle, corrí hasta ella y, con las manos juntas formando un pequeño cuenco, las llené de agua helada de montaña y me las llevé a la cara. Repetí el movimiento varias veces y el frío azote de aquella agua pareció devolverme algo las fuerzas. Sentí, de hecho, que la consternación de mi interior se volvía rabia. Tal vez porque precisamente acabara de resignarme a tener que esperar para conocer toda la verdad sobre mi pasado, no podía admitir que también aquella tenebrosa historia en la que mis amigos y yo nos habíamos involucrado siguiera siendo un misterio.

—A nuestro alrededor no dejan de suceder cosas… Cosas horribles —dije, secándome las últimas gotas de agua de la frente—. Y nosotros no entendemos nada… ¡Tenemos que hacer algo! —dije para concluir, llena de determinación.
—¡Así se habla! —se congratuló Sherlock, que cogió dos cantos del suelo y los depositó en el borde de la gran pila de piedra que recogía el agua de la fuente—. Me parece evidente que nuestras pesquisas pueden ir ahora en dos direcciones solamente. La primera —empezó a explicar, cogiendo uno de los cantos— es la del barón Von Lachmann.
Entonces, Holmes tiró el canto al agua, en un lugar en que esta era profunda y el fondo estaba enturbiado por el fango.
—De todos modos, como sabemos, no es fácil abordar a Von Lachmann y la inspección de su castillo no fue lo que se dice… placentera. —Tras una breve pausa, Sherlock señaló el segundo canto, que seguía en el borde de la pila—. El otro posible objetivo es nuestro querido y viejo naturalista Weisbach, el hombre del que partió toda nuestra investigación. Y a él, por suerte, lo tenemos como compañero de veraneo en la deliciosa pensión Alpenstern. A la luz de los hechos, diría que ¡ha llegado el momento de descubrir las cartas de ese señor!
Pronunciadas aquellas palabras, Holmes hizo un gesto para coger el canto, pero no lo encontró en el borde de piedra en que lo había dejado. Fue gracioso ver la expresión estupefacta de Holmes, que buscaba la piedra, y más divertido aún fue observar cómo se le desencajaban los ojos cuando Lupin, con el gesto enfático de un prestidigitador, abría los dedos para mostrarle que el canto estaba allí, en la palma de su mano.
—¡La idea de tener una buena conversación con Weisbach me parece de perlas! Seguir dejando que te tome el pelo alguien que duerme unas puertas más allá es realmente muy desagradable —dijo con aquel tono despreocupado y un tanto fanfarrón con que todavía hoy recuerdo a Arsène. Luego, tirando al aire la piedra, dio media vuelta sobre sí mismo y la cogió con la mano a la espalda para entregársela finalmente a Sherlock con expresión muy divertida.
—Te entiendo bien —dije yo entonces, tras pararme a pensar un momento—. Pero quizá olvidas que en realidad no sabemos nada de

ese tipo con prismáticos que se hace llamar Weisbach. Teniendo en cuenta en qué clase de asuntos está mezclado, podría ser un individuo muy peligroso —reflexioné.
—Dices bien… ¡Él es un individuo, mientras que nosotros somos tres! —fue el bravucón comentario de Lupin.
—Y, en todo caso, si nos encaramos con él en la pensión, no podrá hacer nada demasiado escandaloso, de otro modo echaría a perder su tapadera —consideró Sherlock por su parte.
No hubo necesidad de hablar más. Reanudamos nuestro camino, derechos a la pensión Alpenstern.
Cuando casi habíamos llegado, Sherlock se volvió hacia mí.
—Me temo que *frau* Klein, la dueña de la pensión, no sea exactamente una persona de amplias miras —me dijo—. Y sospecho que haría objeciones si nos viera recibir a una chica en nuestras habitaciones. Pero, si no te importa esconderte un momento en ese jardincito de la parte trasera, de algún modo…
—Claro que no —respondí con decisión—. ¡Lo importante es que entre con vosotros, da igual por qué puerta!
Mis amigos asintieron y nos separamos. Yo me escondí detrás de una pilastra de piedra que había a la entrada del minúsculo jardín de la parte trasera. En el interior de la pensión se oían voces e intuí un cierto trasiego de clientes. Mi espera, no obstante, duró solo unos minutos, luego vi asomar por una puertecita a Arsène, que vino hacia mí con aire circunspecto.
—¡Vamos! —me susurró al oído, y nos colamos en la pensión—. Weisbach, como de costumbre, no está aquí, pero…
—¡¿Pero?! —lo apremié.
—Si no podemos encontrarlo, ¡al menos echaremos un vistazo a su habitación! —respondió Arsène, guiñándome un ojo.
En ese momento, muy probablemente, habría debido pararme y decir que aquella idea era muy arriesgada. Probablemente habría debido plantarme y aconsejarles a mis amigos un comportamiento más juicioso.
Pero no lo hice. Por el contrario, me metí en el oscuro hueco de la escalera de la Alpenstern con el corazón latiéndome deprisa, cada vez más a cada paso que daba. Sherlock estaba de guardia para controlar que no pasara nadie. Llegamos hasta él y luego subimos velozmente por la escalera, aprovechando que *frau* Klein estaba

enfrascada en una ruidosa discusión con algunos clientes insatisfechos.
Cuando llegamos al pasillo del segundo piso, encontramos todo tranquilo y Lupin pudo ponerse manos a la obra enseguida mientras Sherlock se quedaba de vigilante junto a la escalera y yo me escondía en un pequeño entrante en que había una mesita con un florero.
Por un instante vi el centelleo del pequeño manojo de ganzúas saliendo del bolsillo de Lupin y luego el atlético cuerpo de mi amigo arqueándose ligeramente sobre la puerta de la habitación número 24. Manipulando la cerradura, Arsène solo tuvo que probar con dos de sus hierros, por lo que, a los dos minutos o poco más, oímos el dócil chasquido metálico que anunciaba que la puerta se había abierto.
Sherlock me hizo una seña con la cabeza para que fuera hasta Lupin y, tras cerciorarse de que nadie subía, se unió por fin a nosotros.
Cuando entramos en la habitación de Weisbach y la observamos, lo que vimos fue una habitación modesta, muy ordenada y limpia. El mobiliario se limitaba a una cama, una mesilla, un sólido arma rio de madera de abeto, dos sillas y un pequeño escrito rio. Lupin examinó el armario, en el que no encontró más que normalísimas prendas de vestir con los bolsillos totalmente vacíos. Sherlock se encargó de la maleta, que estaba sobre una de las sillas, sin mayor fortuna, mientras que yo registré la mesilla, donde solo hallé un platito de estaño y dos cabos de vela. La única, mínima traza de desorden en aquella habitación eran unas hojas de papel dejadas de cualquier manera sobre el escritorio.
Sherlock se arrojó sobre ellas como un ave rapaz y se puso a leerlas con extrema atención, una por una. Dos, más pequeñas y de color amarillo, eran telegramas de Correos Suizos.
—«Ninguna información sobre marmota. Stop. Esperar nuevas instrucciones. Stop» —murmuró Sherlock, traduciendo del alemán para nosotros el texto del primer telegrama. Y luego, pasando al segundo—: «Marmota seguramente en Alpes. Stop. Proseguir estudios. Stop».
Sherlock, Lupin y yo cruzamos una mirada interrogativa. No había que ser ningún genio para comprender que, del mismo modo que Weisbach no era naturalista, tampoco aquellos telegramas hablaban

realmente de marmotas. Pero para nosotros era un completo misterio qué era lo que se escondía detrás de aquellas palabras en clave.
Sherlock, en cualquier caso, siguió examinando los papeles esparcidos sobre el escritorio, que parecían vulgares cuartillas para cartas en blanco. Pero una de ellas en particular, aunque tan inmaculada como las demás, llamó su atención. Vi resplandecer sus ojos, como atravesados por una violenta llamarada, y luego, de dos zancadas, se acercó a la ventana y observó la hoja a contraluz con la misma satisfacción con que un ganador de la lotería habría mirado el boleto premiado.
—¡Pásame tus ganzúas de allanamiento de moradas, Arsène! —dijo después, en voz baja.
Lupin obedeció sin discutir, fijando su mirada intrigada en nuestro amigo.
Holmes sacó del bolsillo de su chaqueta un pequeño lápiz y, con uno de los hierros de Lupin a modo de raspador, frotó la punta de grafito y obtuvo un polvo os curo que dejó caer sobre la hoja que había cogido.
Con una leve presión de las yemas esparció luego el grafito sobre la hoja y, de ese modo, logró resaltar extrañas líneas curvas que recorrían el papel.
—Y… ¡tachán! —exclamó Lupin, maravillado—. ¿Qué diantres son esos… signos?
—Trazas dejadas al escribir en una hoja que estaba colocada sobre esta —explicó Sherlock, señalando la cuartilla que tenía entre las manos y sin apartar los ojos de aquellos extraños signos. Signos que también habían captado mi atención, puesto que me parecían únicamente fluctuantes volutas que no se asemejaban a ninguna forma de escritura.
—¿Seguro que no son solo garabatos? —pregunté.
La boca de Sherlock se frunció en una mueca de duda.
—Es posible. Sin embargo, me parece que tienen algo familiar. Casi parecen…
Holmes no terminó aquella última frase, porque en el pasillo se oyeron unas fuertes pisadas que se hacían cada vez más cercanas. Sherlock, Lupin y yo nos quedamos un instante como petrificados en medio de la habitación. No había sitio para escondernos los tres

y tampoco tiempo para intentar una huida por la ventana. Así que nos quedamos quietos con los ojos clavados en la puerta.

Capítulo 11

UNA DESAPARICIÓN

Las pisadas sonaban ya muy próximas. Sherlock, Lupin y yo contuvimos la respiración. Yo hundí los dientes en el labio inferior hasta hacerme daño. Un paso más, otro y luego el silencio. Oímos el ruido de una llave entrando en la cerradura y luego un chasquido seco. Pero se trataba de la puerta de al lado.

El aire, que hasta ese momento se me había quedado obstruido en la garganta, salió por fin de mis labios en forma de un largo suspiro. Con gestos nerviosos, Sherlock dobló y se metió en el bolsillo la hoja en que había hallado aquellos extraños signos, y después dispuso los demás papeles sobre el escritorio tal como los habíamos encontrado al entrar en la habitación.

Lupin pegó la oreja a la puerta y tras cerciorarse de que no había movimiento en el pasillo nos hizo una seña para que lo siguiéramos y luego abrió suavemente la puerta con cuidado para no hacer ruido.

Nos deslizamos rápidamente al pasillo en penumbra y bajamos corriendo la escalera. Pasamos junto a una pareja de turistas cargados de maletas y por fin tuvimos vía libre para salir al jardincito de la parte trasera por el cual habíamos entrado. Cuando estuvimos de nuevo en la calle principal del pueblo, Arsène y yo nos detuvimos, imaginando que había llegado el momento de estudiar nuestra siguiente acción. Pero Holmes nos sorprendió acelerando decididamente el paso.

—¿Se puede saber adónde vas tan precipitadamente? —le pregunté después de alcanzarlo con una carrera.
—A la estación —respondió lacónicamente Sherlock, sumido en quién sabe qué elucubraciones.
—Oh… —dijo Lupin—. Algo me dice que no se trata de una excursión a las fuentes termales, ¿me equivoco?
—Así es —asintió Holmes, claramente molesto por tener que interrumpir el flujo de sus pensamientos—. Tengo una medio idea sobre los signos que hemos encontrado en esta hoja… Pero, para confirmarla, necesito una biblioteca, o al menos una buena librería, y en Davos no hay ni una ni otra —explicó.
En el pasado, a menudo aquellos momentos en que una improvisa hosquedad prevalecía sobre la educación británica de mi amigo me habían irritado. Pero, como a veces ocurre con las personas a las que queremos y tenemos en gran estima, había aprendido a hacer caso omiso de aquella faceta poco agradable de su carácter.
Proseguimos así los tres, casi corriendo, hasta llegar a la estación de Davos-Platz. A aquella hora la encontramos mucho menos concurrida que la vez anterior y nos dirigimos sin demora hacia el gran tablón de madera y latón en que, en un rincón del pequeño vestíbulo, estaban expuestos los carteles con los horarios de salidas y llegadas de los trenes.
—¡Maldición! —despotricó Sherlock tras examinar las indicaciones relativas a las salidas—. ¡El último tren a Coira salió hace un cuarto de hora!
—Podemos tomar el primer tren de mañana —trató de calmarlo Lupin.
Sherlock asintió con un malhumorado ademán de la cabeza, pero tanto Arsène como yo sabíamos bien lo mucho que nuestro amigo odiaba las largas esperas, sobre todo cuando se trataba de aplazar una pesquisa.
Salimos de la estación sin hablar. El pésimo humor de Holmes había arrojado una sombra de disgusto e insatisfacción sobre los tres. La luz del sol era ahora de un naranja fuerte y abatido, la hora de la cena no estaba lejos y yo debía volver al hotel Belvédère. No tuvimos más remedio que quedar para el día siguiente por la tarde, cuando Sherlock y Arsène, si todo marchaba como era debido, estarían de regreso de Coira, posiblemente con alguna novedad que

nos ayudara a aclararnos un poco en medio de aquel oscuro asunto. Yo decidí por mi cuenta, y no sin trabajo, renunciar a aquella parte de la investigación. En mi corazón sentía que debía dedicarme también a otras cosas. No había olvidado, en efecto, la promesa hecha a Sophie y tenía la firme intención de escribir una carta a los señores Adler.

Volví al Belvédère, pues, en un estado de ánimo más bien taciturno y, cuando me encontré encerrada entre las cuatro paredes de la habitación 320, tuve por fin que hacer cuentas conmigo misma. Las obligaciones familiares que me aguardaban no me ayudaban, ciertamente, a serenarme. Aquella noche, sin embargo, no creía poder afrontar un tema tan delicado. Mi espíritu estaba fuertemente turbado por los acontecimientos de la tarde y lo único que quería era descansar y desechar, gracias a un buen sueño, las imágenes horribles que todavía me rondaban por la cabeza.

Decidí, por ello, que en el tiempo que quedaba hasta la cena me daría un baño muy caliente para relajarme, procurando no pensar, al menos durante un puñado de minutos, ni en la investigación ni en las oscuras vicisitudes de mi familia.

Cuando oí llamar a la puerta y a continuación la voz del señor Nelson preguntándome si estaba lista para bajar a cenar, me sentí muy aliviada. La compañía de mi gran amigo Horace era lo que de verdad necesitaba en aquel momento.

De hecho, es notable que, en presencia de ciertas personas, podamos fingir, al menos durante un rato, que el tiempo no ha pasado y volver a ser niños.

—Horace, ¿le importaría contarme una vez más lo que ocurrió aquel día en que, siendo pequeña, intenté alojar en nuestra casa a todos los *clochards* de las orillas del Sena? Imagino que habrá acabado aborreciendo esa historia, pero…

—¿Aborreciendo? —me interrumpió el señor Nelson—. ¡Al contrario, señorita Irene! Es una de mis historias predilectas… Y comenzó una gélida mañana de febrero en la cual usted, la señora Adler y yo…

Y, así, Horace se puso a contar aquella vieja historia que yo me sabía ya casi de memoria. Una anécdota más bien trivial: durante un paseo con la señora Adler y Horace para ir a casa de no recuerdo qué parientes, una pequeña Irene de seis años, indignada por el

hecho de que unos hombres y mujeres tuvieran que pasar frío en invierno en París mientras en casa de los Adler había tantas habitaciones vacías, donde podrían estar calentitos, se puso a invitar a su casa a todos los mendigos que encontraba a orillas del Sena.

El señor Nelson tenía una manera tan graciosa de conducir el relato, que rellenaba con detalles ridículos y amenizaba con imitaciones de las voces de los distintos mendigos, que siempre lograba hacerme reír. Y así ocurrió aquella noche mientras degustábamos el estofado de cordero que habíamos pedido para cenar. Como si quisiéramos cerrar aquella velada de buen humor, pedimos un postre triunfal a base de nata, chocolate fundido y frutas del bosque.

Cuando volví a mi habitación, todavía tenía en la boca el delicioso sabor de las frambuesas silvestres. Y puede que aquello, además del recobrado buen humor, que debía agradecer a mi querido Horace, me animara a redactar aquella misma noche mi carta más difícil a los señores Adler. Así pues, cogí del cajón del escritorio la pluma, el frasco de tinta y la resma de papel finísimo que el hotel ponía a disposición de sus huéspedes. Me ilusioné con que lo mejor era lanzarse a escribir de buenas a primeras, dejando correr la mano sobre la hoja al ritmo de mis pensamientos. Pero muy pronto me di cuenta de que había infravalorado la dificultad de la tarea. En mi primer intento elegí como encabezamiento «Adorados señores Adler…», que acto seguido me pareció excesivo, torpe y cursi. En una fracción de segundo, la hoja terminó hecha una bola a los pies de mi cama. Probé entonces con «Mis estimados señores Adler…», que enseguida me desagradó por su impersonalidad y su frialdad. Una segunda hoja apelotonada fue a hacerle compañía a la primera. Posé la pluma sobre el escritorio y solté un largo suspiro, dejando que mi mirada se perdiera al otro lado de la ventana, entre las cimas apenas acariciadas por la luz de la luna.

La verdad era que empezaba realmente a arrepentirme de la dureza que había mostrado con mis padres adoptivos en las semanas anteriores a mi partida para Davos. Escribir una carta formal e hipócrita me costaría, muy probablemente, escaso esfuerzo, mientras que lo que de verdad quería explicarles a Leopold y Geneviève era lo que había sentido en aquellos días para mí tan extraordinarios y difíciles, y trataba de consignar en aquella hoja

palabras que dejaran traslucir mi sinceridad. Suspiré otra vez. Me harían falta tiempo, un gran empeño y un buen número de intentos. Pensé, con todo, que tenía a mi disposición aquella noche y buena parte del día siguiente, y me dije a mí misma que lo lograría.

Mis queridos, queridísimos señores Adler, creo deberles disculpas y espero que ustedes, con la misma bondad y paciencia que tantas veces han mostrado conmigo, quieran aceptarlas.

Así empezaba, al final, mi carta. Antes de acostarme, llegué a escribir una página entera, en la que me pareció haber conseguido expresar de forma pasable lo que sentía. Todavía me resultaba imposible alejar de mi ánimo la sensación de que mi infancia había transcurrido a la sombra de una mentira. Lo que ahora, a la luz de lo que mi madre y Horace me habían contado, si bien con lagunas, había comprendido era que, de todos modos, la mentira de los señores Adler había sido, sin duda, lo que suele llamarse una mentira piadosa.

Cuando me di cuenta de que la transposición de los pensamientos de mi cabeza a la hoja por medio de la rápida mediación de la tinta se volvía cada vez más difícil y farragosa, decidí irme a la cama con la intención de levantarme temprano y concluir mi carta a tiempo para poder echarla antes de la salida del último tren postal de la mañana.

Por eso, dejé una ventana ligeramente abierta y al día siguiente, poco después de las siete, me despertó un rayo de intensa luz matutina. Me puse la bata y me volví a sentar al escritorio, pero no tardé en percatarme de que mis dedos y mi mente estaban igual de torpes. Me vestí aprisa, pues, y bajé a desayunar. Dejé a una buena jarra de té negro hirviente y a unas tostadas untadas con mermelada de naranja el cometido de devolver algo de presteza y brío a mi cuerpo y también a mi pensamiento. Cuando volví a mi habitación, las cosas iban indudablemente mejor y reanudé la escritura.

Pero, tal como había previsto, no fue fácil. Fue un proceso salpicado de dudas y reconsideraciones, y más de una vez me encontré releyendo con gran disgusto una frase recién escrita, con el resultado de que la hoja iba a engrosar el pequeño ejército de papeles apelotonados en mi cama. A veces, el deseo de ser totalmente sincera me llevaba a expresarme de una manera

excesivamente dura y rígida; otras veces, por el contrario, mis palabras, al releerlas, me sonaban falsas y empalagosas.
Al final de aquel accidentado recorrido, no obstante, alcancé un resultado que, en una última relectura, me pareció aceptable. Me apresuré, por ello, a pasar la carta a limpio, la metí en un sobre, escribí las señas de Évreux, donde todavía residían los señores Adler en aquellos días, y bajé corriendo al vestíbulo, hasta el mostrador de recepción.
—¿Saldrá con el último correo de la mañana? —le pregunté ansiosa al *concierge*, entregándole el sobre.
El hombre de la librea echó una ojeada al reloj que estaba a su espalda.
—Muy oportuna, señorita —me respondió con una sonrisa—. Nuestro Ulrich bajará a la oficina postal dentro de cinco minutos exactamente.
¡Lo había conseguido! En aquel momento, la idea de que mi carta a los señores Adler llegaría lo antes posible era para mí un motivo de gran satisfacción.
Era casi mediodía y subí a cambiarme para la comida. Empezar el día saliéndome bien algo que me había propuesto me había devuelto el buen humor y me convencí de que, con Sherlock y Arsène, haríamos progresos en nuestra investigación sobre los misterios que parecían esconderse en aquel tranquilo valle alpino.
En la escalera me encontré con Horace, que vestía un traje de lana cruda y botas de cuero de montaña.
—¡Buenos días, señorita Adler! —me saludó el mayordomo, que también parecía de buen humor—. Justamente ahora iba a buscarla para proponerle una refinada comida a gran altura, consistente en pan negro y queso de los agostaderos, aunque no estoy seguro de que…
Por mi parte, yo no tenía dudas. La idea me entusiasmaba, solo tenía un reparo.
—¿Volveremos antes de las cuatro? —pregunté.
—¡Si su paso sigue siendo el que recuerdo, más de soldado de infantería que de señorita como es debido, sin duda alguna! —respondió el señor Nelson.
—Entonces, ¡hecho! —dije yo, echándome a reír—. ¡Dadle el tiempo de cambiarse y este soldado estará listo para marchar a su

lado a la conquista de un pedazo de queso!
Fue eso exactamente lo que ocurrió, y Horace y yo pasamos juntos unas horas muy agradables trepando por estrechas sendas de montaña y consumiendo una frugal comida, más que compensada por una espectacular vista del valle de Davos. Cuando dieron las tres de la tarde, tomamos el camino de vuelta y, una media hora después, descendíamos ya hacia el hotel Belvédère. Frente a la escalinata del blanco edificio vi dos puntitos oscuros y, pasados otros dos minutos de marcha, ya no dudé más: mis amigos, de vuelta de Coira, estaban ya allí esperándome. Aceleré el paso, seguida como si fuera mi sombra por Horace, que, después de mirarnos fijamente a los ojos a los tres a modo de genérica advertencia, se despidió y entró en el hotel, dejándome con Sherlock y Arsène.
Por sus miradas, que no parecían deprimidas pero tampoco triunfantes, no logré saber si su visita a la capital del cantón había dado fruto.
—¿Y bien? —les pregunté con gran impaciencia.
Por toda respuesta, Lupin abrió los brazos.
—*Grenzen!* —dijo Sherlock, un tanto enigmáticamente.
—¿*Grenzen*? —dije yo, repitiendo la que para mí era solo una serie de sonidos carentes de significado.
—Eso mismo —afirmó Holmes—. Tengo casi la certeza de que los signos de la hoja forman esa palabra.
La caminata y el sabroso queso de la comida me habían dado mucha sed.
—¿Os molestaría explicarme un poco mejor este asunto ante un vaso de limonada? —propuse entonces.
Mis amigos no pusieron ninguna objeción, así que subimos la blanca escalinata y nos sentamos a una mesa de la terraza, donde pedí una botella de limonada.
—*Grenzen* —siguió diciendo Sherlock cuando estuvimos acomodados— es una palabra alemana que significa «fronteras».
—¿Alemana? —pregunté muy perpleja—. ¡A mí, esos signos de la hoja me parecían más bien caracteres asirio-babilónicos!
—Eran simples símbolos estenográficos. O, mejor, una ingeniosa mezcla de dos alfabetos estenográficos diferentes, conocidos como Gabelsberger y Pitman. Estoy seguro de que el modo en que se

alternan los símbolos se basa en una clave aritmética que…
—¡Ah, no! —soltó Lupin—. Ya me he dormido una vez en el viaje de vuelta gracias a esa lección tuya de estenografía en clave. ¡Mejor vayamos al grano!
Sherlock rio.
—Está bien… El grano, como lo llama Arsène, es sencillamente que esos signos forman la palabra alemana que significa «fronteras».
—Y las fronteras tienen una gran importancia para quienes se dedican al contrabando —comentó Lupin.
—¡Contrabandistas! —exclamé—. Algo que ya sospechábamos.
—Sí, aunque… —repuso Sherlock con un gesto de fastidio, como si espantara una mosca invisible.
—¿Aunque?
—No sé… Desde que he descifrado esa palabra siento como un hormigueo en la cabeza… ¡Es como si la palabra *grenzen* me dijera algo, pero no tengo la menor idea de qué!
—¿Y puede ser rigurosa una investigación basada en semejantes… hormigueos? —le devolví la pulla.
—¡En absoluto! —me contestó Sherlock, picado, después de un trago de limonada—. Y he decidido no hacerles caso, de hecho. Pienso que el único movimiento a nuestro alcance en este momento consiste en dar con Weisbach y…
Las palabras de Sherlock fueron interrumpidas por la aparición en la terraza de un hombre acompañado de dos camareros del hotel.
—¿Habéis mirado ya por allí? —dijo detrás de mí una voz que me resultó conocida.
Me volví y, en efecto, reconocí al hombre que el día anterior se había presentado como Albert de Saint-Maux. Esta vez no lo acompañaba su hermano y noté enseguida que tenía aspecto de gran preocupación. Pasó por mi lado, jadeante, y me saludó con un amago de inclinación antes de desaparecer al final de la escalera. Estaba claro que buscaba algo, o a alguien.
—Weisbach, decías —dije, retomando el hilo de la conversación.
—Sí —confirmó Holmes—. Después de lo que le ha ocurrido al Elfo, no ha aparecido por la pensión.
—¿Y vosotros cómo lo sabéis? ¿Os habéis quedado toda la noche de centinelas? —les pregunté.
—¡Hemos empleado el viejo truco del pelo! —respondió complacido

Lupin.
—¡¿Del pelo?! —repetí yo, que no tenía la menor idea de a qué se refería.
—Una gota de miel que se utiliza como cola, en nuestro caso gentilmente regalada por *frau* Klein, un par de dedadas, una en el marco y otra en la puerta, y después se pega un pelo —me aclaró Sherlock.
—Pelo que cae al suelo en cuanto abren la puerta. Pero esta mañana lo hemos encontrado exactamente como lo dejamos —concluyó Lupin.
—Realmente ingenioso. Así pues… —comenté.
Pero fui interrumpida por un sirviente del hotel, que, acercándose, carraspeó para llamar mi atención.
—¿Sí?
—Perdone la molestia, señorita —dijo el joven en su francés un tanto tosco—. Pero he recibido orden de preguntarles a todos los huéspedes del hotel si por casualidad han visto recientemente al señor Victor de Saint-Maux. —El sirviente hizo una pausa más bien azorada—. Tal vez hayan visto al señor de Saint-Maux… Es un caballero que convalece de graves quemaduras…
Yo me encargué de sacarlo del apuro.
—Conozco al señor de Saint-Maux, pero no lo he visto desde ayer por la tarde, lo siento —le contesté.
—Se lo agradezco, señorita. Y disculpe de nuevo —dijo el joven, que se despidió con una inclinación.
—Perdone… —quise saber antes de que se fuera—. ¿Por qué nos hace esta pregunta?
—Oh, es que el señor conde, su hermano, esperaba que el señor Victor regresara de un paseo hace una hora, pero aún no ha llegado y está bastante preocupado… Pero seguramente todo se arreglará muy pronto —contestó el sirviente. Después de darme las gracias, hizo otra inclinación y se alejó.
—¡Caray! —comentó Lupin, apoyándose en el respaldo de la silla y observando con estupor el edificio del Belvédère—. ¿Quién iba a decir que este lugar para ancianitos adinerados fuese tan turbulento?
Regañé en broma a mi amigo por aquella burla irreverente y expresé mi deseo de echar una mano en la busca del pobre señor

Víctor.
—He leído en algún sitio que a menudo los quemados son víctimas de una febrícula constante que los deja poco lúcidos. Así que es probable que tu Victor simplemente haya perdido la noción del tiempo y que dentro de poco dé señales de vida —conjeturó Holmes —. En todo caso, tu empeño es digno de una señorita de buen corazón y sanos principios… ¿Te molesta si Arsène y yo, en cambio, vamos a la pensión a comprobar… nuestro pelo?
—Sí —lo apoyó Lupin—. También hemos pensado echar una ojeadita al libro de registro de la pensión a ver si descubrimos algo interesante.
—Opino que es una buena idea —respondí—. ¡Que incluso sería excelente si vosotros dos volvierais aquí antes de la cena para contarme las novedades!

Capítulo 12

LA VOZ DE LOS ESPÍRITUS

La quietud del hotel Belvédère, aquel lujoso destino de vacaciones para gente acomodada llegada de todo el mundo, se había visto turbada de nuevo, esta vez por la desaparición de Victor de Saint-Maux. Y esta vez la suposición de mi amigo Holmes había resultado errada: a las siete pasadas todavía no se había encontrado ni rastro del pobre convaleciente cubierto de vendas.

Sherlock y Arsène habían llegado hacía poco, pero sus novedades se habían agotado pronto. La única, y decepcionante, certeza era que Weisbach parecía haberse convertido en un fantasma. Después de que Arsène hubiera echado una de sus famosas «ojeaditas» al registro de la pensión sin sacar nada en claro, Sherlock había recurrido a la astucia y, con un aire ingenuo de joven amante de la ciencia, había preguntado a *frau* Klein si en la pensión se alojaba aún el estudioso de la naturaleza, con el cual le agradaría mucho conversar.

—¡Pues claro que el profesor Weisbach se aloja aquí todavía! —

había contestado *frau* Klein sin dudarlo lo más mínimo—. Ha pagado por adelantado las próximas dos semanas. Pero también me ha advertido de que puede que a veces no vuelva por la noche. Ya sabe…, es un gran estudioso de las águilas y puede ocurrir que tenga que quedarse en la alta montaña, donde lo acogen los pastores que viven allá arriba —había dicho al fin, como si estuviese revelando quién sabe qué importante secreto.

Lo que podíamos inferir de aquellas revelaciones no venía sino a confirmar lo que ya sabíamos: muy probablemente, Weisbach era un delincuente, pero no cabía duda de que sabía hacer su trabajo. Así que nos quedamos un buen rato en un rincón del vestíbulo, inmersos en la melancólica e irreal atmósfera que reinaba a aquella hora en el hotel Belvédère. Las damas y los caballeros sentados en la terraza y en el salón de té lanzaban miradas a su alrededor, como si de un momento a otro pudiera llegar alguien con noticias sobre el incidente del señor de Saint-Maux. Mientras tanto, hablaban en voz baja, divididos entre los pesimistas, que ya pintaban las más truculentas escenas, y los portavoces de un sólido optimismo, según el cual todo se resolvería muy pronto y de la mejor manera.

La verdad era que el hotel y sus inmediaciones habían sido rastreados palmo a palmo incluso por segunda vez, sin resultado. Allí fuera, en tanto, las sombras se alargaban cada vez más y la última luz del día se desvanecía lentamente.

Al ver al desgraciado Albert de Saint-Maux paseando frente a la oficina de la dirección del hotel, con los hombros caídos y los ojos llenos de angustia, era imposible no sentir una gran pena.

—¡Nunca debería haberlo dejado solo! ¡Nunca! —se recriminaba sin cesar—. Pero Victor insistía tanto… Decía que quería pasar algo de tiempo en soledad… Y al final cedí. ¡Un imbécil, eso es lo que soy!

El director del hotel, un hombrecillo de ojos acuosos y dos pobladas patillas blancas, fue al encuentro de los dos últimos camareros que habían sido mandados a inspeccionar las cercanías del hotel, cruzó con ellos unas palabras y finalmente fue hasta Saint-Maux meneando la cabeza con expresión disgustada.

—¡Está bien! ¡Pero mi hermano está ahí fuera, en alguna parte! Tenemos que seguir buscándolo… ¡En el bosque, por los caminos! —se acaloró Albert, cada vez más cercano a la desesperación.

—No lo dude, señor conde —respondió solícitamente el director—.

Ya he mandado a alguien al puesto de policía para que avise de la desaparición de su hermano. La búsqueda oficial dará comienzo inmediatamente, estoy seguro.
—Sí, pero en el puesto de Davos solo hay dos viejos gendarmes y aquí, en cambio, hay decenas de senderos que se pierden en los bosques… —protestó Saint-Maux, pasándose los dedos por el pelo.
Desde el rincón que habíamos elegido para poder hablar con tranquilidad, Sherlock, Lupin y yo asistíamos a aquella triste escena. Cruzamos alguna que otra mirada y, sin necesidad de usar la palabra, supimos que estábamos pensando lo mismo: teníamos que dejar a un lado las decepciones por los magros resultados de nuestras pesquisas y hacer lo posible por echarle una mano al pobre conde de Saint-Maux. Estuvimos a punto de levantarnos para ir con él y ofrecerle nuestra ayuda en la búsqueda cuando, por el pasillo que había a nuestra espalda, apareció, silenciosa como una sombra, *madame* Gourlikova.
—No es soltando a alguna gente por los bosques de alrededor como encontrará a su hermano, señor conde —dijo la mujer con una voz firme en la que, de todos modos, se advertía un deje de compasión.
—¿Qué quiere decir? ¡Explíquese!
—Usted mismo lo ha dicho. Ahí fuera hay todo un valle cubierto de bosques atravesados por una maraña de senderos, por no hablar de las cuevas y las quebradas… La búsqueda podría durar días.
—¿Y? ¿Qué otra posibilidad hay? ¡Oigámosla! —la apremió el conde.
—Preguntar dónde se encuentra su hermano a alguien que pueda… verlo todo —respondió *madame* Gourlikova con un rápido giro de los ojos.
—¡Por amor del cielo, estamos hablando de la vida de mi hermano! —gritó Saint-Maux con ira, dando un paso hacia la mujer—. ¡Deje de hablar en enigmas!
—No hay ningún enigma, señor conde. Solamente le estoy aconsejando pedir ayuda a los espíritus con mi modesta mediación —replicó la mujer.
—¡Por el amor de Dios! —se pasmó el director del hotel.
Saint-Maux le lanzó una mirada furibunda a la médium y dio otro paso hacia ella.
—¿Acaso… se está aprovechando de esta terrible situación? —

susurró el hombre—. En tal caso, mire que…
—Lamento que me considere capaz de semejante mezquindad —respondió *madame* Gourlikova sin perder la calma—. Pero no pretendo pedirle ni un céntimo. Lo hago únicamente porque sé que puedo ayudar a encontrar al pobre señor Victor. Todos estos días he percibido la intensidad del dolor que arrastra consigo… Me crea o no, solo deseo ahorrarle más sufrimiento a su hermano.
El conde de Saint-Maux quedó impresionado por aquellas palabras.
—Dando por supuesto que le dé mi consentimiento, ¿cuánto tiempo le haría falta? —preguntó con impaciencia.
—Si le dijera que puedo obtener lo que quiera del mundo de los espíritus con solo chasquear los dedos sería una presuntuosa o una estafadora —aclaró la médium—. Pero si nos damos prisa y todo sale bien, en media hora podríamos tener ya un oráculo… A diferencia de lo que muchos creen, a algunos espíritus les importan las vicisitudes de los vivos. Y, mientras tanto, nada le prohíbe dejar que los gendarmes de Davos inicien la búsqueda.
—De acuerdo, entonces, no perdamos tiempo… ¿A cuántas personas necesita? —le preguntó Saint-Maux.
—Pero señor conde… —quiso intervenir el director, cortado.
—No se meta por medio —lo dejó de piedra el otro—. Se trata de mi hermano y no quiero dejar de intentar nada.
El director se calló entonces y, al no poder hacer más que complacer a su cliente, se declaró a la completa disposición del conde para cualquier necesidad.
La señora Gourlikova pudo responder entonces a la pregunta que se le había hecho.
—Usted debe estar presente, señor conde, la presencia de un pariente refuerza los lazos con la persona buscada. También usted, señor director, si no tiene nada en contra… —añadió la mujer con la voz repentinamente aguda. Por fin, paseando su mirada alrededor, *madame* Gourlikova acabó posándola en mí.
—¡Ah, mi pimpollito! —exclamó—. ¿Te apetece participar en una sesión con tus amigos? Mentes jóvenes, llenas de energía psíquica, ¡sería ideal!
Lupin pareció entusiasmarse inmediatamente con la idea, mientras que, como había previsto, vi fruncirse la frente de Sherlock. Conocía bien la aversión de mi amigo londinense por todo lo que tuviera

que ver con lo irracional, con todo lo que no fuera completamente explicable y demostrable, con la credulidad popular. Muchas veces le había dado la razón, pero en aquellas circunstancias me pareció que, para salvar al pobre Victor, perdido en los bosques, podíamos, más aún, debíamos tratar de ser útiles de todas las formas posibles. Mi reacción fue inmediata: me volví, le cogí una mano y le hablé bajito al oído.

—Si te lo pido, ¿dirás que sí? ¿Sin refunfuñar?

Nuestras miradas se encontraron por un instante. Sus ojos se encendieron con una especie de sonrisa e hizo un ademán casi imperceptible con la cabeza.

—Pues claro, *madame*. Lo haremos con mucho gusto —respondí yo entonces, en nombre de los tres.

La médium y el conde nos dieron las gracias y a continuación hubo unos minutos frenéticos. Después de haber hablado brevemente con el conde y el director del Belvédère, *madame* Gourlikova determinó que el mejor lugar para hacer la sesión de espiritismo sería la *suite* en que se alojaban los hermanos Saint-Maux.

Subimos a los pisos superiores seguidos por las miradas curiosas de los demás huéspedes del hotel (entre ellas la mirada, realmente bastante preocupada, del señor Nelson, que hasta aquel momento se había mantenido cuidadosamente al margen) y llegamos hasta una escalera independiente, al lado del cuerpo principal del edificio, al final de la cual se encontraba la *suite* de los Saint-Maux, bien aislada del resto del hotel.

Todo sucedió muy deprisa, pero, hecho un rápido cálculo, me pareció que nos encontrábamos dentro de la torre a la cual había subido la noche de mi llegada.

Una vez en la *suite*, el director del hotel y el conde de Saint-Maux, siguiendo las instrucciones de Gourlikova, colocaron una pequeña mesa redonda de ébano en el centro del salón y seis sillas a su alrededor. Fuera, la luz era ya tenue y no fue necesario cerrar los postigos, nos limitamos a correr las gruesas cortinas de las ventanas. La médium nos indicó dónde sentarnos y un instante después los seis nos hallábamos en torno a la mesa en una penumbra tan espesa como el petróleo.

Aquel había sido un día excepcionalmente caluroso y todavía a aquella hora la brisa que soplaba, y que de vez en cuando hinchaba

las cortinas, era templada. El ligero silbido del viento era el único sonido que se oía junto con la respiración cada vez más rítmica y profunda de *madame* Gourlikova, que estaba muy recta, inmóvil, apoyada en el respaldo de su silla.
—Pongamos las manos sobre la mesa de modo que formen un círculo —ordenó de pronto la médium.
Seis pares de manos se extendieron radialmente sobre la superficie brillante del mueble.
—Y, ahora, máximo silencio —nos pidió *madame* Gourlikova.
Al principio, la respiración de la mujer se volvió pesada y cadenciosa, pero luego pasó a ser entrecortada y rápida, como la de quien está teniendo una terrible pesadilla.
Espiraciones, suspiros repentinos, breves sonidos inarticulados salieron de los labios de la médium. Observar el perfil oscuro de aquella mujer que se agitaba en la oscuridad de forma cada vez más brusca inquietó mi ánimo.
Cuando su voz volvió a sonar en la estancia, más ronca y profunda que antes, sentí un escalofrío en la piel y, casi sin darme cuenta, acerqué mis manos a las de Sherlock y Arsène, entre los cuales estaba sentada.
—¡Tú! Tú, espíritu amigo y socorredor… —salmodió la señora Gourlikova—. Tú, que has oído nuestra llamada…, da un golpe si quieres venir en nuestra ayuda, da dos si no quieres.
Un golpe seco sacudió la mesa y, casi como un eco, mi corazón respondió con otro golpe antes de acelerar violentamente su ritmo.
—Dinos pues, oh, espíritu, si durante tu vida mortal habitaste por estos lugares.
Otro golpe en la mesa.
—¿Puedo preguntarte ahora tu nombre, amable visitante? Deja que vaya diciendo las letras del alfabeto y da un golpe cuando llegue a una de las que componen tu nombre —dijo la médium. Luego empezó a decirlas—: A… B… C… D… E… F… G… H…
En el salón se oyó otro golpe, y las letras sucesivas completaron el nombre «Hans».
—Espíritu, tú que todo lo puedes ver, por favor, ¿hay algo que puedas decirnos para ayudarnos a encontrar al señor Victor de Saint-Maux?
Otro golpe hizo vibrar la madera de la mesa y *madame* Gourlikova

empezó de nuevo a recitar afanosamente el alfabeto de la misma manera que lo había hecho antes.
Las letras corrieron veloces hasta la T, entonces un fuerte golpe sacudió la mesa.
La serie de letras recomenzó hasta la E, y de nuevo hubo un golpe.
Aquella angustiosa lluvia de letras del alfabeto continuó hasta acabar formando la palabra *Teufel*.
—*Teufel* —repitió Sherlock, totalmente tranquilo—. Es decir, «diablo» en alemán.
Aquella palabra, pronunciada en la oscuridad, sonó extremamente siniestra y yo me estremecí.
—¡Hans! Espíritu visitante… ¿Es solo esta palabra la que quieres decirnos? —gritó casi la médium.
Un golpe. Por tanto, la respuesta a aquella pregunta era afirmativa.
Albert de Saint-Maux, llegados a ese punto, no pudo controlarse y perdió los estribos.
—¡¿El diablo?! ¿Qué significa eso? ¡Si se trata de una broma, lo pagará caro! ¡Venga, responda! —chilló, levantándose con tanto ímpetu que hizo caer la silla detrás de él.
Madame Gourlikova, no obstante, no parecía en condiciones de oír. Después de haberle hecho la última pregunta al espíritu, había soltado un gemido y se había dejado caer hacia adelante como si hubiera perdido el sentido.
Todos excepto la médium nos pusimos en pie, en un ambiente de fuerte tensión.
—¡No toleraré más bufonadas! —siguió gritando el conde. Luego, sacudiéndole bruscamente un brazo a la médium, concluyó—: ¡Venga, hable!
—Señor… —reaccionó Lupin, que dio un paso hacia él.
—Un…, un momento… —balbuceó entonces el director del hotel, presa de un gran nerviosismo—. Un momento, por el amor de Dios… —añadió secándose el sudor con un gran pañuelo—. *Teufel*… Claro, Teufelshorn, el Cuerno del Diablo…
—¡¿Se puede saber qué farfulla?! —lo atropelló Saint-Maux.
—El Cuerno del Diablo, señor conde… —repitió el director—. Es el nombre que la gente de Davos da a un gran peñasco que se encuentra en el bosque, allí precisamente —dijo, señalando la ventana con un gesto de la cabeza.

Capítulo 13

LUCES EN LA NOCHE

Cuando bajamos al vestíbulo, muchos huéspedes del hotel, que habían tenido noticia de la sesión de espiritismo, estaban sentados a las mesitas cercanas a la escalera central, en medio de un cuchicheo tan espeso como la niebla y con los ojos puestos en nosotros. Entre aquellas personas vi a Horace, que corrió inmediatamente hacia mí con una mirada llena de aprensión.

—Señorita Irene… —susurró.

—Debes creerme, Horace, esta vez mis amigos y yo no tenemos nada que ver. Se trata de un cliente del hotel, el señor Victor de Saint-Maux…

—Eso lo sé.

—Pues entonces sabrás también que no ha vuelto de un paseo por el monte y que, dado su estado, su hermano está terriblemente preocupado por él. Puede que ahora sepamos dónde encontrarlo… ¿Te molestaría unirte a nosotros en la búsqueda?

El señor Nelson me miró directamente a los ojos, con una de esas miradas suyas que jamás habría podido sostener si lo que acabara de decirle no hubiera sido cierto.
Horace comprendió inmediatamente que había sido sincera y asintió sin decir nada, con una inclinación de la cabeza.
Fuera del hotel, unos hombres del pueblo, alertados por los gendarmes locales, nos esperaban con antorchas encendidas, que serían indispensables para iluminar nuestro camino en la espesura del bosque. Entre ellos vi por un instante la cara del hombre que Lupin y yo habíamos bautizado como el Gigante y al que habíamos visto en compañía de Weisbach y el Elfo.
Al volver a ver aquel rostro a la claridad rojiza de las antorchas me sobresalté y agarré sin querer el brazo de Lupin, que estaba a mi lado.
—Eh, ¿qué te ocurre? —me preguntó Arsène.
—Allí, creo que he visto… —empecé a contestarle, pero, al mirar de nuevo el confuso grupo de caras en la penumbra, no vi ya la del Gigante—. No, nada, perdona… —dije entonces, imaginando que mis nervios, alterados por la sesión de espiritismo, me habían jugado una mala pasada.
—¡Adelante! —exclamó en alemán el conde de Saint-Maux, que tomó el mando de la operación—. ¡Tenemos que llegar al Teufelshorn, el Cuerno del Diablo! Y a buen paso, por favor, tenemos que llegar lo antes posible. Y el primero que localice a mi hermano Victor tendrá una recompensa de setenta francos, ¿me oyen?
Los hombres de las antorchas asintieron sin rechistar y se pusieron enseguida en camino. Sherlock, Lupin y yo ni siquiera necesitamos consultarnos. Con Horace a nuestro lado, seguimos la pequeña columna de hombres que se dirigía al bosque de abetos a espaldas del hotel, donde se encontraba el Cuerno del Diablo, el gran peñasco rocoso al que había aludido el espíritu en la sesión.
Al cabo de diez minutos de camino, en los que yo había tenido la vista fija en el suelo la mayor parte del tiempo, alcé la cabeza y miré delante de mí a la irregular línea formada por las luces temblorosas de las antorchas que salpicaban el bosque sumido en la oscuridad. Por un momento me pareció haberme deslizado entre las páginas de un cuento de los hermanos Grimm.

Fueron los gritos frenéticos del señor de Saint-Maux los que me sacaron de aquella ensoñación.
—¡Victor! ¡Victor! —repetía sin cesar, infatigablemente, el conde Albert, a la cabeza del pequeño batallón de socorro que se adentraba en el bosque.
Caminamos así un buen trecho a la débil luz de las antorchas, en un silencio solo roto por la voz del conde, que repetía aquel nombre como una tétrica letanía.
—¡Victor! ¡Victor!
De pronto advertimos cierta agitación delante de nosotros. Uno de los hombres echó a correr. Otro gritó algo.
—Tal vez lo hayan encontrado —dijo Sherlock después de haber aguzado el oído en dirección a las voces que llegaban de la cabeza del grupo de hombres participantes en la búsqueda.
En efecto, para entonces estábamos bastante cerca de un puntiagudo saliente de roca que, desde lo más profundo del bosque, se proyectaba hacia el cielo con un aspecto que a mí me pareció indudablemente amenazador.
El Cuerno del Diablo.
—¡Victor! ¡Victor! —repitió una vez más el conde Albert, pero esta vez en un tono completamente distinto, lleno de emoción y alegría.
—¡Quizá lo hayan encontrado de verdad! —exclamé con palpitaciones, agarrándole el brazo a Horace.
—¡Creo que sí, señorita Irene! Creo que sí —me confirmó el mayordomo, que me apretó la mano.
Bastaron unos pasos para que tuviéramos la certeza de que era precisamente así. Allí donde el Cuerno del Diablo se hincaba en la tierra, había una pequeña hondonada de paredes no muy altas, pero bastante escarpadas.
Allá abajo, a la débil luz de las antorchas, vi la blancura de las vendas de Victor de Saint-Maux. Las pequeñas manchas blancas se movían en la oscuridad… ¡Luego el hermano del señor Albert estaba vivo!
Sentí que los ojos se me humedecían de emoción. Busqué la figura de *madame* Gourlikova para agradecerle el gesto que acababa de tener, pero no la encontré. Debía de haberse quedado en el hotel.
La hondonada que circundaba el Cuerno del Diablo, en la que Victor de Saint-Maux debía, con toda seguridad, de haberse caído

durante su paseo al poner un pie en falso, no era muy profunda. Pero el pequeño escuadrón de auxiliadores improvisados, pese a todos los aspavientos y las instrucciones del conde Albert, parecía demorarse torpemente.
Vi entonces que Lupin les lanzaba una mirada a Sherlock y al señor Nelson.
—¿Y si nos encargáramos nosotros? —propuso con una de sus odiosas sonrisas.
—¡De acuerdo!
—¡Vamos!
Fue la respuesta sin titubeos de Sherlock y Horace.
Y, una vez más, aquellos tres me hicieron sentir orgullosa de poder llamarme su amiga.
Sherlock estudió unos instantes la situación a la luz de las antorchas y luego señaló un viejo roble, cuyas nudosas ramas se alargaban hacia la hondonada. Horace y Arsène asintieron y después, como si fueran un pequeño grupo de duchos acróbatas, los tres formaron una especie de cadena humana; con su poderoso brazo, mi mayordomo aferró firmemente una rama del roble y tendió la otra mano a Holmes, que la agarró y se convirtió así en el segundo eslabón de la cadena, cuyo otro extremo, que descendió ágilmente hacia el fondo de la hondonada para ofrecerle ayuda a Victor, fue Lupin, obviamente.
La mano vendada de Victor cogió la de mi amigo, quien, tirando suavemente de él, lo puso a salvo fuera de aquel barranco.
Un jubiloso estallido de voces saludó el salvamento y Albert corrió enseguida hacia su hermano para abrazarlo. La imagen me conmovió y una pequeña lágrima corrió por mi mejilla, pero me la enjugué en cuanto vi volver a Horace y a mis amigos, pues no tenía ninguna intención de quedar ante ellos como una muchachita blandengue y sentimental.
En el camino de regreso al Belvédère, el ambiente que nos rodeaba había cambiado totalmente, se había vuelto alegre y ruidoso, y hasta la luz de las antorchas en la oscuridad, que poco antes me había parecido casi siniestra, me dio la impresión de tener algo de festivo.
Cuando llegamos al hotel, vi con sorpresa que muchas personas, en su mayor parte huéspedes del Belvédère, se habían congregado en

la escalera de entrada y nos estaban esperando. Al vernos llegar con los hermanos Saint-Maux por delante de todos, la pequeña multitud se deshizo en un pequeño clamor de alivio que enseguida se transformó en un alegre parloteo.
Cuando los hermanos llegaron a la escalera, el grupo de gente se dividió en dos alas, dejando un pasillo en el centro. Albert de Saint-Maux, visiblemente emocionado, se detuvo en el último peldaño de la escalera.
—Señoras, señores… Les doy a todos las gracias, de todo corazón. Para mi hermano y para mí ha sido un día muy largo y ahora vamos a retirarnos a nuestras habitaciones, pero me haría feliz que bebieran una copa de champán a nuestra salud.
Y, tras aquellas palabras de despedida, tomó del brazo a Victor y entró en el hotel.
Era una noche cálida y agradable, y muchos clientes del hotel, todavía alterados, salieron a la terraza. El hallazgo de Saint-Maux había creado verdaderamente un ambiente festivo en el cual perfectos desconocidos, en muchos casos personas más bien austeras y reservadas, por una vez estaban dispuestos a compartir brindis y joviales retazos de conversación bajo el cielo estrellado que señoreaba sobre los Alpes.
En cuanto a mí, los gruñidos de mi estómago me avisaron de que, arrastrada por aquella increíble serie de acontecimientos, todavía no había cenado.
Con permiso de Horace, pedí una cena fría y limonada para compartirla con mis amigos.
Solo entonces me di cuenta de que en aquella velada de fiesta había una cosa que desentonaba: los ojos de Holmes, lúcidos y fríos como esferas de vidrio oscuro.
—¿No te parece que no hay nada malo en estar alegre por cómo ha terminado este suceso? —le pregunté, más bien irritada por su comportamiento.
—¿Te refieres al pobrecillo que hemos rescatado en el bosque? —me preguntó a su vez Sherlock—. Me alegro de que pueda pasar la noche en una cama y no entre las rocas, pero, francamente, todo esto me parece una gran farsa —comentó, señalando la terraza en su conjunto con un amplio gesto del brazo.
—¡Ahora exageras, compinche! —lo amonestó benévolamente

Lupin—. Por una vez hemos hecho una buena acción, hasta mi vieja tía Amélie estaría orgullosa de mí, ¡diría que es oportuno celebrarla! —concluyó, y le dio un mordisco a uno de los emparedados que acababan de servirnos.
—¿Y qué me dices de la gente del castillo de hielo, que dispara sin más a todo el que se acerca? ¿Y del Elfo muerto en la leñera? ¿Y de Weisbach? Me gustaría saber qué piensa de todo esto tu querida tía Amélie —repuso Sherlock, aún más sombrío que antes.
Por toda respuesta, Lupin engulló el último trozo de emparedado y me dirigió una mirada cómicamente inquieta. A aquellas alturas ya conocíamos bien a Sherlock y sus momentos de susceptibilidad, y tal vez nos hubiéramos asombrado más si lo hubiéramos visto disfrutar de la velada como todos los demás. Por mi parte, sonreí y cerré los ojos, dejando que la brisa nocturna me acariciara el rostro. Después de todos aquellos días difíciles y de los infinitos pensamientos que tanto tiempo me habían atormentado, lo único que deseaba era estar allí, rodeada de personas a las que quería, en medio del alegre bullicio de la fiesta.

Capítulo 14

UN AMIGO IMPREVISIBLE (INCLUSO DEMASIADO)

Otra consecuencia de aquel largo e increíble día fue el gran cansancio que se apoderó de mí al final de la cena en la terraza del Belvédère. Los párpados me pesaban y cada frase que pronunciaba era interrumpida por largos bostezos. Finalmente no tuve más remedio que retirarme a mi habitación después de citarme con mis amigos para la mañana siguiente.

Dormí con un sueño tranquilo y profundo, y me desperté pasadas ya las nueve de la mañana. Me vestí aprisa, deseosa de empezar aquel nuevo día. Mientras me peinaba ante el espejo, tuve que reconocer que yo también, ahora que la fiesta por el hallazgo del señor Victor había pasado, sentía un poco de esa inquietud que mi amigo Sherlock había expresado la noche anterior.

Si bien era cierto que habíamos vivido juntos algo excepcional gracias a la prodigiosa intervención como médium de *madame* Gourlikova y el posterior hallazgo del señor de Saint-Maux, por otro

lado no se podía negar que en el plácido pueblecito de Davos seguían flotando demasiados misterios. Bajé al vestíbulo, pues, decidida a demostrar a mi amigo Holmes que yo también deseaba llevar a término la investigación que habíamos emprendido juntos. Acababa de bajar el último peldaño cuando oí una voz muy familiar.

—¡Irene! Por fin…

Era Arsène, que evidentemente me estaba esperando desde hacía ya rato. Corrí hacia él y lo invité a unirse a mí en el desayuno.

—Ya he comido algo —me respondió—. Pero te haré compañía.

—¡Te estás volviendo mucho más madrugador que antes! —bromeé —. Lo celebro.

—Lamento decepcionarte, pero mis horarios siguen siendo más bien… ¡irregulares! El único culpable de mi madrugón es ese lunático de Sherlock.

Entonces miré a mi alrededor con insistencia, como para hacerle notar a Lupin que nuestro amigo no estaba allí con nosotros.

—Igual… ¡se ha atrevido a despertarte al alba y tú lo has tirado a algún barranco! —dije, y me eché a reír.

—Muy gracioso, señorita Adler —dijo Lupin con una mueca—. Pero las cosas han ido de una manera muy distinta… Esta mañana, tan temprano que aún estaba oscuro, me ha despertado un carro que pasaba. Me he levantado para beber un trago de agua de la jarra y, sin querer, me he dado un golpe contra la cama de Sherlock… Es así como me he dado cuenta de que él no estaba allí.

—Ah… ¿Y dónde se ha metido?

—Seguro que en el pueblo de Davos-Platz no, porque lo he recorrido a lo largo y a lo ancho sin encontrarlo. Y puesto que tampoco está aquí contigo, diría que la respuesta más acertada es que no tengo la menor idea.

—¿Estás preocupado? —quise saber.

Al oír mi pregunta, fue Arsène el que se echó a reír.

—¡Ni soñarlo! Sherlock sabe guardarse las espaldas… Si acaso, ¡tengo una tremenda curiosidad por saber qué lo habrá empujado a salir de la pensión en plena noche!

A diferencia de Lupin, yo sí me preocupé por Sherlock. Así que terminé mi desayuno a toda prisa y decidí ir a buscarlo. Por suerte, se trató de una búsqueda muy breve. Como era obvio, por lo demás,

lo primero que Lupin y yo comprobamos fue si Sherlock había vuelto a la pensión Alpenstern. Y, en cuanto llegamos ante la puerta, lo vimos salir precipitadamente del Graubünden Café.
—¡Magnífico! —exclamó—. ¡Esperaba encontraros aquí!
Cuando posé mis ojos en él, noté en su cara un cambio que me impresionó mucho. La expresión sombría y resentida de la noche anterior había dado paso a una expresión radiante, por decir poco.
—¡Si querías darnos cita, habrías podido dejarme una nota! —le reprochó Lupin.
Sherlock contestó con un rápido gesto de la mano, como dando a entender que tales minucias no tenían importancia en aquel momento.
—¡Seguidme y dejad que os cuente lo que me ha ocurrido! —dijo, alcanzando el centro de la calle en dos zancadas.
Sin duda habría podido echarle en cara a Holmes sus modales demasiado expeditivos, pero por experiencia sabía que, cuando se encontraba en un estado de excitación así, significaba que algo muy importante había sucedido, por lo que caminé a su lado, pendiente de sus labios.
—Ya os he hablado de mi hermano Mycroft —empezó, provocando en Lupin y en mí cierta sorpresa—. Debéis saber que una de sus frases más célebres es que él nunca haría nada inútil. Pues bien, siempre había pensado que se trataba de una tontería colosal, pero hoy, increíblemente, ¡he de darle la razón!
—¿Es con esta escena de la vida familiar con lo que quieres entretenernos mientras nos llevas vete a saber dónde? —lo importuné con la esperanza de oír pronto algo más interesante. Sin embargo, aquella mañana nada parecía poder hacer mella en el excelente humor de mi amigo.
—¡Por supuesto que no! —respondió después de soltar una carcajada—. De lo que tengo que hablaros es del sueño que he tenido esta noche.
La sorpresa en mi cara y en la de Arsène siguió aumentando.
—Ha sido un sueño intrincadísimo, en el cual primero estaba preso en un galeón pirata y luego huía a nado a la vista del puerto, y después cabalgaba por la playa para escapar de mis perseguidores. Bueno, pues, cuando los despistaba, acababa en una taberna cerca del mar, donde veía a mi hermano Mycroft sonriéndome, con un

voluminoso libro de tapas de cuero rojo en las manos. En ese momento me he despertado sobresaltado, sin poder quitarme de la cabeza la imagen de mi hermano y de aquel libro.
—Francamente, ¡a mí me parece un final un poco flojo para el pedazo de historia que nos has contado! —criticó entonces Lupin.
—¡Exacto, Arsène! —dijo entonces Sherlock, apuntándole con el dedo—. Has dado en el blanco. Mi hermano y aquel libro rojo parecían, sin lugar a dudas, lo menos importante de todo el sueño… Sin embargo, mi mente estaba como obsesionada con ellos. ¿Recuerdas aquel hormigueo en la cabeza por el cual te burlaste de mí, Irene? Pues bien, al despertarme he vuelto a sentirlo, y en ese momento he decidido salir. ¡Nada ayuda tanto a aclararse las ideas como el aire fresco de la noche!
Dos pares de ojos cargados de interrogantes se clavaron entonces en Sherlock.
—Como os decía, me veo obligado a darle la razón a Mycroft —retomó el hilo Sherlock con una sonrisa enigmática—. Ni siquiera cuando viene a visitarme en sueños hace nada inútil… Bueno, he tenido que andar una hora por lo menos, pero al final he captado lo que mi memoria intentaba decirme de aquella manera tan retorcida. ¡Aquel libro rojo era la clave de todo! Mi hermano Mycroft solo posee uno de ese tamaño y con las tapas del mismo color, ¡se titula *Historia del espionaje y los servicios secretos*! Apenas ese recuerdo ha aflorado en mi mente, el maldito hormigueo de mi cabeza ha cesado. Porque en ese instante me he acordado también de un nombre que aparecía varias veces en el último capítulo de aquel libro… El nombre del jefe de los servicios secretos de Su Majestad el Káiser alemán, ¡*herr* Wilheim GRENZEN!
Rara vez sucede que alguien se quede boquiabierto de verdad, que no sea solamente una manera de hablar, pero recuerdo que en aquella ocasión, durante unos segundos, Arsène y yo parecimos unos peces de acuario.
—Pero… por lo tanto…
—Tú…, tú quieres decir que…
Boqueábamos cómicamente.
Sherlock se deleitó con la escena un momento antes de seguir hablando.
—¡Pues claro! —dijo al fin—. Nos ha despistado el hecho de que

grenzen sea una palabra que en alemán significa «fronteras», mientras que, en el fondo, ¡lo que habíamos encontrado en aquella hoja era una firma en clave! La firma del jefe del servicio de espionaje tal vez más avanzado del mundo.
—Espías… —comenté incrédula.
—Y en el momento mismo en que se empieza a ver esta historia como un asunto de espías, ¡todo parece adquirir por fin sentido! —prosiguió Sherlock, triunfante—. Es como quitar una piedrecita que bloqueaba un engranaje… ¡La máquina entera vuelve a funcionar!
Las consecuencias de aquel descubrimiento eran difíciles de evaluar y me quedé callada, pensando.
—De acuerdo, compinche, ahora puedo perdonarte por haberme abandonado en mitad de la noche —dijo Lupin, riéndose irónicamente—. ¡Has descubierto que el asunto en que nos hemos entrometido es un asunto de espías, excelente trabajo! Admitirás, sin embargo, que hay aún una pregunta sin respuesta… ¿De qué asunto de espías se trata exactamente? —concluyó.
—No habría sabido elegir mejores palabras para ilustrar la cuestión, Arsène —concedió de buen grado Sherlock—. Pero, mientras regresaba de mi caminata, he elaborado una pequeña teoría, que, si resulta cierta, muy pronto hará que sepamos más.
Lo miré con los ojos brillándome de admiración.
—¿Y qué tenemos que hacer para descubrir que esa teoría es cierta? —le pregunté.
Sherlock me miró con una de sus sonrisitas entre misteriosa y burlona.
—Nada demasiado difícil, amiga mía… ¡Ir a la oficina de correos!

Capítulo 15

UNA SORPRESA SINGULAR

La oficina de correos de Davos-Platz se encontraba en un lindo edificio de dos plantas, paredes encaladas y tejado a dos aguas de color rojo oscuro.

—Imagino que os habéis fijado en algo… —dijo Sherlock, señalando la fachada.

—Yo me he fijado en los geranios de las ventanas, pero supongo que no te refieres a eso —contesté.

—No, en efecto —dijo Sherlock—. Pero, en cierto sentido, hay una relación… El detalle más interesante es esa pequeña placa dorada junto a la entrada.

—«*Frau* Walser - Zimmern - Erste Stock» —leyó Lupin—. ¡Hasta yo comprendo que significa que alquilan habitaciones en el primer piso de esta casa! —afirmó luego.

—Precisamente —asintió Sherlock—. Bien, según mi teoría, *frau* Walser debería haber recibido a un nuevo huésped hace exactamente dos días, así que, al volver de mi paseo esta mañana, inventándome un pretexto cualquiera, he obtenido la confirmación

de que, efectivamente, así ha sido.
Cuanto más perspicaz se volvía la mirada de Sherlock Holmes, más misterioso parecía volverse todo aquel asunto.
—Queda aún por descubrir si se trata solamente de una coincidencia engañosa o no, por lo que, si no os molesta…
Y, con un gesto del brazo, nos invitó a acercarnos al portal de la casa. Mientras cruzábamos la calle, pude observar con mayor detenimiento aquel edificio y noté que la puerta a la que nos acercábamos no era la entrada de la oficina de correos, situada en otro lado. Hicimos sonar una vieja campanilla de latón y, al cabo de unos instantes, una anciana de rostro alegre vino a abrirnos. Supuse que se trataba de *frau* Walser, cuyo nombre estaba escrito en la placa.
Sherlock le sonrió y dijo algo en alemán que no entendí, pero que fue lo bastante convincente para que la anciana patrona nos dejara entrar y nos indicara con gentileza una puerta en lo alto de la escalera que llevaba a la segunda planta.
Subimos sin dudarlo y nos detuvimos ante la puerta de madera oscura sobre la cual habían escrito con pintura blanca el número dos. Sherlock lanzó una mirada a Lupin, el cual se la devolvió asintiendo y luego llamó.
Esperamos. Se abrió solamente una rendija por la cual apenas se entreveía una pequeña parte de cara que no conseguí distinguir bien. Sherlock volvió a decir unas palabras en alemán, pero esta vez sin mucho éxito, pues, tras pronunciar una frase de una manera arisca, el huésped de la habitación número dos se dispuso a darnos con la puerta en las narices. Al hombre, no obstante, no le salió bien su intento, porque Sherlock, con un gesto fulminante, interpuso un pie entre la puerta y el marco. Con idéntica rapidez, Lupin dio un fuerte empellón a la puerta con el hombro y el huésped, sorprendido, retrocedió un paso.
Entonces, de un salto, cruzamos los tres el umbral. Lupin, por último, volvió a cerrar la puerta a nuestra espalda, dejándonos encerrados en aquella habitación cara a cara con su misterioso ocupante.
El hombre retrocedió y alargó la mano hacia el cajón de un pequeño escritorio que estaba detrás de él. Lupin, sin embargo, fue más rápido que él y, con una ágil arrancada, se apresuró a bloquear

el cajón con un pie.
—¡No es momento para hacer tonterías, amigo! —exclamó en tono perentorio.
El hombre, que no se lo esperaba, apartó la mano del cajón y nos dirigió una mirada en la que observé más estupor que rabia.
Y yo también, por lo demás, en cuanto tuve tiempo para examinarlo con mayor atención, me quedé bastante asombrada; tanto, que debí cerrar los ojos y reabrirlos a continuación.
No, no me había equivocado. Aquel hombre tenía unas facciones parecidas, idénticas, a las del señor Weisbach, pero, a diferencia de él, no llevaba bigote, tenía el pelo lacio y rubicundo, bastante largo, y un *pince-nez* de cristales azulados.
Verme de nuevo ante aquel hombre fue tan inquietante como los encuentros que se tienen en ciertas pesadillas.
Lo vi lanzar una mirada a la puerta. Estaba claro que sopesaba las posibilidades de huir con un movimiento improviso. Aquello no se le escapó a Sherlock, que, con un paso atrás, se colocó entre el hombre y la puerta.
—No sería muy cortés tratar así a unos invitados —dijo, mirándolo a los ojos mientras retrocedía.
Un relámpago de ira cruzó por detrás de las pequeñas lentes ovaladas.
—¡Maldición! ¡¿Se puede saber quiénes diablos sois?! —gritó el hombre en un torpe francés, el idioma que había empleado Sherlock para que todos pudiéramos entender.
No se puede negar que la situación era bastante tensa; con todo, sentí que mis labios se curvaban en una imperceptible sonrisa. Comprendí, de hecho, que la contrariedad de aquel hombre ¡se debía principalmente al hecho de encontrarse frente a tres chiquillos!
—Si no le molesta, empezaría por ocuparme de su identidad —respondió Sherlock—. Un tema interesante, desde luego… Y espero, de hecho, que no le disguste que no lo llame Weisbach, tal como es conocido en la pensión Alpenstern, y tampoco Kessling, como se ha presentado a la simpática *frau* Walser. ¡Preferiría usar su verdadero nombre, *herr* Grenzen!
Si rebusco en mis recuerdos, no creo encontrar muchas caras tan asombradas como la del hombre que tenía frente a mí en aquel

momento. Una cara que, sin necesidad de palabras, confirmaba lo que Holmes había denominado su «pequeña teoría». No solo éramos tres muchachuelos, sino que en pocos minutos habíamos hecho caer el velo de secretos y engaños tras el que solía ocultarse Wilhelm Grenzen, un famoso espía internacional.

—¡No es posible! —imprecó el hombre, que movió rabiosamente la cabeza de lado a lado—. ¿Cómo pueden valerse de tres chiquillos…? ¡Qué canallas!

Al oír aquellas palabras, Arsène no pudo contenerse y se echó a reír.

—¡¿Qué?! No me diga que de verdad cree que nosotros somos… ¡espías enemigos!

Grenzen lo miró con ira y por un momento pareció a punto de arrojarse sobre mi amigo. No era un hombre acostumbrado a encontrarse con la espalda contra la pared, se veía. Hizo un gran esfuerzo para dominarse y luego dijo:

—Entonces… Si no es así, ¡me gustaría mucho saber quiénes demonios sois y qué queréis de mí!

—La respuesta es mucho más sencilla de lo que piensa, *herr* Grenzen —le contestó Sherlock con calma—. Somos tres personas a las que no les gusta que les tomen el pelo y, si vemos a nuestro alrededor algo que no nos convence, tenemos la costumbre de intentar comprender qué es lo que ocurre.

Grenzen soltó una risotada desdeñosa y alzó los brazos.

—¡Muy bien! Si se trata del pasatiempo de tres jóvenes entrometidos a los que les gusta darse aires de adultos, entonces tendré la amabilidad de no perder los estribos y haceros notar que no se trata en absoluto de un juego. ¡Todo lo contrario! Corréis grandes riesgos inmiscuyéndoos en asuntos como este…

Las palabras de aquel hombre me ofendieron y no pude frenar la lengua.

—¡Ahorre aliento, señor! —lo interrumpí—. O al menos intente decirnos algo que todavía no sepamos. ¡Porque le aseguro que estamos al corriente de que se trata de un asunto muy peligroso! Y, si verdaderamente quiere saberlo, ¡fueron las balas de un fusil las que amablemente nos lo hicieron notar!

Grenzen volvió sus ojos hacia mí.

—¿Balas? Pero, por el amor del cielo, ¡¿de qué estáis hablando?!

—No es ninguna broma, señor —reafirmó Lupin—. Nuestra

excursión a un castillo blanco de este valle, que también usted conoce bien, ¡terminó cuando a algún palurdo se le ocurrió dispararnos!
El espía alemán comprendió que aquel iba a ser para él un día lleno de grandes sorpresas. Puso unos ojos como platos, estupefacto, y nos pasó revista con la mirada.
—No sé quiénes sois… —murmuró—. Pero debéis de ser unos auténticos locos si habéis hecho lo que estáis diciendo… No sé cómo os han permitido vuestros padres que…
—En vez de perder tiempo con semejantes y discutibles comentarios, ¿no sería mejor que nos explicara qué es lo que lo ha traído a este placentero pueblecito de montaña, *herr* Grenzen? —lo interrumpió secamente Sherlock—. Usted mismo nos ha calificado poco cortésmente de entrometidos. Pero le aseguro que somos unos entrometidos con considerable talento. ¿Es que ni siquiera se le ha pasado por la cabeza que podríamos serle… útiles?
—Es evidente que sois tres jóvenes muy despiertos —reconoció Grenzen—. Solo Dios sabe cómo habéis logrado descubrirlo, pero no me gustaría que olvidarais demasiado pronto que soy un agente de los servicios secretos del Imperio Alemán en misión oficial. ¿Esperáis de veras que revele secretos de Estado a tres chiquillos que han irrumpido repentinamente en mi habitación?
Lupin reaccionó encogiéndose de hombros.
—¿Por qué no? —contestó con su característico descaro—. Como acaba de decir mi amigo, ¿y si pudiéramos resultarle útiles, *monsieur* Grenzen?

Capítulo 16

UN MENSAJE DE BERLÍN

El agente secreto del káiser sopesó a Lupin con los ojos.
—He dicho que sois unos chiquillos muy capaces —observó escuetamente—. Pero no acierto a ver cómo…
—¿Cómo podríamos serle útiles? —se le anticipó Sherlock—. Deje que le ponga un ejemplo —empezó a explicar después, mirando a Grenzen con un gracioso aire de desafío—. Cuando mis amigos y yo comprendimos por fin que habíamos tropezado con un caso de espionaje, me puse a jugar, como dice usted. Y jugué con la imaginación, probando a pensar qué era lo que habría llamado mi atención si hubiera sido un agente secreto en misión aquí, en Davos. Una apacible localidad de los Alpes suizos en la que abundan los bosques, los pastos y los hoteles de lujo. Y aquí llegamos al meollo: en uno de esos hoteles, el Belvédère, se aloja la aquí presente señorita Adler. Pues bien, pese a no ser un espía con una misión, en estos días no he podido dejar de notar que en ese lugar estaban sucediendo, verdaderamente, demasiadas cosas raras, teniendo en cuenta que debería tratarse de un plácido y aburridísimo hotel para gente adinerada en reposo.

Sherlock pronunció aquella última frase dirigiéndome una mirada con la que pareció querer disculparse por lo que estaba diciendo. Pero yo no estaba enfadada ni lo más mínimo, la descripción del Belvédère me parecía acertadísima y, sobre todo, en aquel momento estaba demasiado excitada por el repentino e inesperado cariz que habían tomado los acontecimientos para fijarme en tales minucias.
Grenzen se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta con un gesto nervioso, lo que hizo que Lupin reaccionara sacando fulminantemente su pequeña navaja y amenazándolo con ella.
—¡Nada de bromas, Grenzen!
El agente secreto ni se inmutó y, tras hundir la mano en el bolsillo, sacó un simple reloj de plata.
—Amenazarme con un arma no es, desde luego, la mejor manera de convencerme para que me fíe de vosotros, ¿no te parece? —dijo, mirando la hora con la máxima calma.
Grenzen miró entonces a Sherlock. Sus ojos fríos y penetrantes se quedaron fijos en mi amigo durante unos instantes eternos, en silencio. Aún ahora estoy convencida de que Grenzen tomó su decisión con respecto a nosotros en aquellos momentos de silencio, mientras mi amigo Sherlock le sostenía la mirada al agente alemán sin parpadear.
—El hotel Belvédère —dijo al fin, asintiendo—. Exacto. Lo vigilamos.
Grenzen nos estaba desvelando los detalles de su misión. Lo habíamos logrado.
Y enseguida me vino a la cabeza el rostro del Gigante, que me había parecido distinguir entre los hombres reclutados para buscar a Victor de Saint-Maux, y me persuadí de que mis ojos no me habían traicionado: el Gigante había ido realmente a enterarse de qué estaba sucediendo en el Belvédère en aquellos instantes frenéticos.
—Y es posible, en efecto, que un huésped que se ha alojado en el hotel durante todos estos días esté en posesión de información que a nosotros nos serviría —concluyó Grenzen. Y en ese momento tenía los ojos puestos en mí.
—¡Un momento! —protestó Lupin, dirigiéndose a Sherlock y a mí —. ¿Qué sabemos nosotros de lo que este tipo ha venido a hacer aquí? ¡Incluso podría tratarse de algo que no nos agrade! Entonces, ¿por qué deberíamos ayudarlo?

Grenzen se volvió hacia Lupin y lo miró de una manera que, en cualquier caso, no era nada hostil. Al contrario, la completa franqueza de Arsène pareció gustarle. El agente echó otro rápido vistazo a su reloj.
—Hay ocasiones en las cuales quien se dedica a mi profesión debe fiarse de su intuición —dijo luego—. Y mi intuición me dice que me fíe de vosotros tres en este momento. Tal vez me arrepienta, pero, después de todo, no me quedan muchas cartas que jugar en este maldito asunto, así que… Se trata de esto: me han mandado aquí para atrapar a un espía francés que ha robado secretos militares en mi país y…
—¡Ah! —lo interrumpió Lupin—. Precisamente francés, como servidor. En fin… La política me hace bostezar, se lo aseguro, pero ¿no piensa que ustedes, los alemanes, podrían contentarse con habernos derrotado en la guerra y luego habernos infligido una paz humillante? En el fondo, si un compatriota mío se ha colado en su país para llevar a cabo una pequeña venganza, a mí no me parece demasiado reprochable, *monsieur* Grenzen.
Yo también sabía, y muy bien, lo que había debido sufrir mi amado París a manos del ejército prusiano y comprendía perfectamente las reservas de Lupin en aquellas circunstancias.
El agente asintió.
—Entiendo tu postura, mi joven amigo, créeme. Pero, verás, el hecho es que aquí no se habla de un compatriota tuyo cualquiera —respondió Grenzen, subrayando la última palabra con el tono de su voz.
—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —pregunté—. ¿De quién estamos hablando?
—¡De Arthur Metzger! —respondió Grenzen con el énfasis de quien está seguro de provocar desconcierto.
Y tenía toda la razón.
—¡¿ARTHUR METZGER?! —exclamé con los ojos desencajados.
—Sí, señorita —asintió Grenzen—. Metzger en persona. O… la Fiera de Estrasburgo, si prefiere emplear la pintoresca denominación de los periódicos.
Mi ánimo polémico se apagó como la llama de una vela bajo un diluvio. Arthur Metzger era uno de los criminales más feroces de la historia de Francia, dañino experimentador en el entonces pionero campo de los explosivos. Por un momento volví a vivir la

consternación que había sentido pocas semanas antes al leer en el periódico acerca de uno de los golpes más terribles de Metzger, que pasó a la historia como «la masacre de Amiens», cuando el criminal había hecho saltar por los aires una casa ocupada por dos familias con el único propósito de crear una distracción para garantizarse la huida después de haber robado en un banco. Había algo que no lograba explicarme.

—¿Y por qué el Estado francés iba a servirse de un fuera de la ley que siempre ha figurado entre sus peores enemigos? —le pregunté.

—¿Nunca ha oído hablar de la razón de Estado, señorita? El gran enemigo de ayer puede convertirse en el aliado perfecto de hoy si eso sirve para obtener algo muy importante —me respondió Grenzen.

—¿Y Metzger estaría en condiciones de ofrecerle a Francia un servicio tal que hiciera olvidar todas sus fechorías? —le preguntó Lupin, dubitativo.

—Me temo que sí, mi joven amigo —respondió el agente alemán—. La apuesta en juego es muy alta: un nuevo tipo de explosivo que hará infinitamente más eficaces las armas de fuego, dando a quien las posea una ventaja incalculable sobre sus enemigos. Y Metzger, simplemente, era perfecto para ese cometido, porque es alsaciano y habla perfectamente tanto el francés como el alemán, porque tiene un inmenso conocimiento sobre explosivos y porque es un hombre astuto y capaz de todo. Si a eso se añade que la policía francesa tiene en sus manos a la mujer y al hermano de Arthur Metzger, sus cómplices habituales y a los cuales está muy apegado, el cuadro se completa. Los franceses poseen lo necesario para tener en un puño a la Fiera y obligarlo a cumplir con sus compromisos.

—Un sujeto realmente miserable, el tal Metzger —comentó Sherlock. En su tono de voz, de todos modos, no noté ninguna reprobación, si acaso una especie de afilado sarcasmo hacia Grenzen cuyo motivo no comprendí enseguida. El agente alemán, al contrario, comprendió inmediatamente adónde quería ir a parar Holmes.

—¡Oh! ¿Piensas que es un truco para convenceros de que os pongáis de mi parte? —preguntó—. ¡Entonces mira tú mismo en ese cajón! —añadió indicando el escritorio. Sherlock hizo lo que Grenzen sugería y en el cajón encontró una carpeta de cartulina verde pálido

cuyo contenido examinó rápidamente.
—Es un *dossier* sobre Metzger —dijo, asintiendo.
—Esto demuestra que no os he mentido —se apresuró a decir el agente secreto—. Y si la idea de que la Fiera de Estrasburgo salga airosa no os gusta, espero que ahora haréis vuestra parte.
Yo busqué la mirada de mis amigos y ellos buscaron la mía. No sé qué pasaría por sus cabezas, pero recuerdo bien lo que pensé yo. En mi mente, ni aquellos malditos explosivos ni mucho menos las disputas de Estado entre Francia y Alemania valían la centésima parte del dolor que Metzger había causado a aquellas pobres familias inocentes de Amiens. En todo caso, también Sherlock y Arsène asintieron con la cabeza, como aprobando nuestra nueva e improvisada alianza con el señor Wilhelm Grenzen.
—Bien, señor, no estoy segura de que pueda haber algo importante en lo que voy a contarle —empecé a decir—, pero, a fin de cuentas, esto es lo que he visto en mi estancia en el hotel Belvédère estos últimos días…
Y me puse a contar los episodios que me parecían más significativos a los que había asistido, es decir, el fallido robo a *madame* Gourlikova (y no omití el detalle de la inexplicable presencia del barón Von Lachmann en el hotel en el momento del incidente) y luego la sesión de espiritismo que había conducido al hallazgo de Victor de Saint-Maux.
Acababa de concluir mi relación, añadiendo algún particular sobre nuestra turbulenta visita al castillo de hielo, que había terminado entre detonaciones de arma de fuego, cuando me vino en mente un último detalle.
—Ah, hay también una circunstancia curiosa, que quizá no sea más que una tontería… —añadí—. La noche de mi llegada, el día 16, bastante tarde, vi una extraña luz en la ventana de una torre del castillo. Una luz que se encendió y se apagó tres veces.
Para mi gran sorpresa, aquel detalle impresionó a Grenzen más que todo lo demás.
—*Gott sei Dank!* —exclamó—. Eso tiene toda la pinta de un mensaje en código… ¿Y cuándo ha dicho que vio aquellas luces?
—La noche de mi llegada a Davos, el 16 de junio.
Grenzen se alzó de sopetón y dio un puñetazo en la cajonera que había junto a él, casi asustándome.

—¡Exactamente cuando pensamos que Metzger llegó aquí! ¿Y dónde se encontraba usted?
—En una torre lateral del hotel, donde creo que está la *suite* en que se alojan los señores de Saint-Maux…
Solo al oírme pronunciar aquellas últimas palabras en voz alta me di cuenta de su posible importancia.
—¡Los hermanos Saint-Maux! —repitió Grenzen, cada vez más agitado—. Los teníamos ya en nuestro punto de mira… Pero no eran los únicos. Ahora, sin embargo… —Y, sin terminar la frase, el agente alemán miró una vez más su reloj.
—Pero ¿de qué son sospechosos, si se puede saber? —inquirió Lupin.
—¿Acaso no es obvio, muchacho? ¡De ser los espías mandados por París para ayudar a Metzger a regresar a Francia sano y salvo!
Me estremecí al oír aquellas palabras y abrí la boca, aunque sin conseguir hablar. ¡Era demasiada mi consternación al pensar que aquel noble de aire triste y su desventurado hermano eran unos impostores!
—No entiendo, señor Grenzen… —dije entonces, tratando de recobrarme del estupor—. ¿Por qué razón Metzger no ha huido simplemente a Francia?
—Sospechábamos desde hacía tiempo que cierto profesor, que había entrado hacía poco en el Laboratorio de Ciencias Militares de Berlín, tenía contactos con los franceses. Llevábamos tiempo vigilándolo, pero no tuvimos la confirmación de que se trataba del propio Arthur Metzger hasta horas después de su huida. En todo caso, ya habíamos puesto sobre aviso acerca del profesor a todos los puestos fronterizos y de policía del oeste. No lograría viajar de Berlín a Francia sin terminar en nuestras redes. De ahí que, en París, hayan organizado esta «distracción suiza» —me explicó Grenzen—. Una especie de truco de prestidigitación para hacer desaparecer a Metzger ante nuestras narices y las de la policía suiza, que mientras tanto había sido advertida por Berlín. Pero ¡puede que ahora estemos a punto de descubrir dónde está el truco! Solo tengo que esperar a que llegue mediodía…
—¿Por qué, que va a suceder a mediodía? —preguntó Lupin.
Para mi sorpresa, fue Sherlock el que respondió a aquella pregunta.
—Según mi pequeña teoría, el señor Grenzen está esperando a que

la oficina de correos cierre a mediodía para poder utilizar el telégrafo con plena libertad. Sospecho que esa es, de hecho, la razón por la que hace ahora dos días se transformó en el rubio señor Kessling y se alojó aquí.
Grenzen miró a mi amigo con estupefacción, sin acertar a decir una palabra. Luego gruñó algo en alemán y meneó la cabeza, como si renunciara a comprender quién diablos era aquel jovenzuelo de fino perfil que parecía saberlo todo.
Por lo demás, el mediodía había llegado y Grenzen salió disparado con la intención de bajar a la oficina de correos del piso inferior. Al ver que Sherlock, Lupin y yo lo seguíamos, el agente secreto se detuvo en la puerta, atónito.
—Muchachos, realmente ya habéis hecho bastante. Ahora… —dijo.
—¿Ahora quiere aconsejarnos gentilmente que vayamos a jugar a las canicas? —se encaró arrogantemente con él Lupin.
—Si sus pesquisas han llegado a un punto crucial, nos lo debe a nosotros después de todo —argumenté yo.
Grenzen asumió un aire amenazador, pareció a punto de explotar y al final… soltó un suspiro rabioso y sacudió nuevamente la cabeza.
—¡Está bien! —masculló—. Pero, de ahora en adelante, haréis exactamente lo que yo os diga, y no tolero locuras, ¿entendido? —concluyó con una dureza totalmente prusiana.
Mis amigos y yo asentimos, Grenzen abrió la puerta, nos pidió que no hiciéramos ruido llevándose el dedo índice a los labios y nos deslizamos por la escalera.
Llegamos a un pasillo oscuro y allí Grenzen sacó del bolsillo una ganzúa para abrir la pequeña puerta trasera de la oficina postal, que se usaba para la carga y descarga de la correspondencia. Con una hábil manipulación, que mereció la mirada admirativa de Lupin, el agente descorrió el pestillo en un instante y nos hizo entrar a toda prisa mientras comprobaba que no hubiese nadie a la vista.
Nos encontramos así en la oficina postal desierta, entre escritorios, archivadores, ventanillas y tablas de tarifas colgadas en la pared. Grenzen se dirigió con decisión hacia una pequeña habitación donde estaba el telégrafo.
Con un gesto perentorio, sin abrir la boca siquiera, nos indicó el rincón en que debíamos escondernos. Era una actitud brutal, pero, dadas las circunstancias, decidí no protestar. Grenzen, sin perder ni

un instante, se sentó en el sitio del telegrafista y, tras trajinar con pequeñas palancas y registros cuya función me era del todo desconocida, empezó a repiquetear con la tecla de los mensajes. La estancia se llenó con los sonidos agudos e intermitentes de los impulsos eléctricos, algunos brevísimos, otros un poco más largos. Después de aproximadamente un minuto, el telégrafo calló.

—«Información urgente de Saint-Maux. Stop. Prioridad absoluta. Stop» —susurró Sherlock, que iba traduciendo el mensaje en código morse.

Grenzen, al ver nuestros ojos clavados en él y no tener ya nada que hacer salvo esperar, se dignó darnos algunas explicaciones en voz baja.

—He mandado el mensaje al cuartel general en Berlín. Ellos se pondrán en contacto, también por telégrafo, con nuestra oficina de Bruselas, donde tenemos a dos agentes que en poco tiempo pueden recabar toda clase de información. Los hermanos Saint-Maux han cruzado la frontera con pasaporte belga, así que solo tenemos que comprobar su identidad.

Miré el telégrafo en la penumbra y me asombré al pensar que quizá precisamente por medio de aquel ingenio de madera, latón y baquelita llegaría desde el otro lado de Europa, en forma de impulsos eléctricos, la verdad sobre aquel intrincado asunto.

Hubo que esperar aún. No sabría decir si fueron veinte o treinta minutos, o incluso más. Lo que recuerdo es que, en aquella habitación semioscura, la espera pareció volverse algo casi perceptible con los sentidos, como el sonido de nuestra respiración o el olor amargo del polvo. Cuando el receptor telegráfico se puso a funcionar con un chasquido de mecanismos metálicos, el corazón me subió a la garganta.

Fue un mensaje mucho más largo que el enviado por Grenzen. Cuando el telégrafo se paró, el agente alemán se arrojó con auténtica furia sobre la cinta de papel que contenía el mensaje. Hizo correr febrilmente el estrecho rollo entre los dedos y al final lo vimos levantar la mirada hacia nosotros. Sus ojos centelleaban detrás de las lentes azuladas.

—Existen de verdad dos hermanos, de Brujas, Albert y Victor de Saint-Maux —dijo—. ¡Pero embarcaron con rumbo a Estados Unidos hace diez días!

Aquella noticia me trastornó profundamente. Por lo tanto, ¡aquel hombre de aire triste y desesperado solo era un impostor y no había hecho más que fingir durante todo el tiempo! Me sentía herida. Había sentido una pena sincera por Saint-Maux y una alegría igual de sincera por el hallazgo de Victor, pero todo había sido una fría e innoble representación.

Cuando ya íbamos a marcharnos de la oficina, el receptor volvió a funcionar y escupió otro corto mensaje. Grenzen arrancó la cinta y la leyó a toda prisa.

—Otro mensaje de Berlín. Están casi seguros de que los agentes enviados para rescatar a Metzger son Julien y Adèle Chatrier… ¡Los mejores espías que Francia ha tenido nunca!

Capítulo 17

UNA FIERA EN FUGA

Grenzen salió de la oficina de correos de Davos con auténtica celeridad, como si ya no le preocupara el hecho de que alguien pudiera descubrir sus actividades, secretas hasta entonces. En aquel momento, parecía que para el agente enviado por Berlín lo único que contara fuese ganar tiempo.

Mis amigos y yo nos pegamos a él y corrimos por la calle principal del pueblo entre las miradas curiosas de los transeúntes. Grenzen fue directamente al primer carruaje público que vio y se montó en él.

—Es mi deber como persona adulta y responsable aconsejaros que os quedéis aquí y no os involucréis más en este asunto —dijo secamente—. Si no seguís mi consejo, en fin…, ¡lo haréis por vuestra cuenta y riesgo!

El más rápido en reaccionar fue Lupin, que asintió con un decidido ademán de la cabeza y exclamó:

—¡Entendido! ¡Por nuestra cuenta y riesgo!

Instantes más tarde, se había montado ya en el carruaje y me tendía

la mano para ayudarme a subir. Un salto y los tres estuvimos montados. El único comentario de Grenzen fue un esbozo de sonrisa, seguido por un enérgico gesto negativo de la cabeza. ¡Supongo que para entonces había comprendido que se encontraba en presencia de tres jóvenes individuos de considerable testarudez! El agente secreto, de todos modos, seguía teniendo una enorme prisa. Le gritó algo al cochero, probablemente ofreciéndole una cuantiosa cifra, para que fuera lo más veloz que pudiera. De hecho, vi que el hombre desorbitaba los ojos por un instante y luego agarraba las riendas y partía como si el demonio en persona le pisara los talones. Entre chirridos, bamboleos y botes enfilamos el camino que llevaba al Belvédère alzando una nube de polvo claro. Sherlock estaba sentado enfrente de mí y cuando de repente vi abrirse mucho sus ojos al tiempo que descargaba un gran puñetazo en la pared del *fiacre*, casi me asusté.

—¡Victor de Saint-Maux! —exclamó mi amigo volviéndose hacia Grenzen—. Nada más que unas cuantas vendas, una peluca y algunas ropas. Un disfraz bajo el cual cualquiera podría esconderse… ¡Incluido Metzger!

Grenzen ya no se asombraba de las intuiciones de Holmes y por toda respuesta se limitó a asentir en silencio, manteniendo fija la mirada en el blanco edificio del Belvédère que ya despuntaba sobre nuestras cabezas.

Por mi parte, sentí que las palabras de Sherlock Holmes rebotaban dentro de mi cabeza. ¿Había entendido bien? ¿Las vendas de Victor no eran más que un astuto disfraz? Si así era, ¿la sesión de espiritismo y el sucesivo hallazgo de Victor habían sido la parte culminante del plan de aquellos dos espías franceses? ¿Y el hombre que mis amigos y Horace habían salvado sacándolo de la hondonada al pie del Cuerno del Diablo era… ¡Arthur Metzger, la Fiera de Estrasburgo!?

Me sonrojé, sintiéndome responsable en cierto modo de haber arrastrado a todos a aquel maldito engaño. Esperé ardientemente haber entendido mal, pero solo por unos instantes, pues la voz de Grenzen se encargó de borrar aquella tonta esperanza.

—Exacto, muchacho —confirmó—. Han utilizado esa puesta en escena para hacer un intercambio de persona. Chatrier ha llegado al hotel con un cómplice de estatura y corpulencia similares a las de

Metzger, todo vendado, que ha representado el papel del quemado hermano Victor. En ese punto, Metzger solo tenía que sustituir al cómplice y hacer el papel del pobre Victor bajo las vendas, y ya está. El espía que encarnaba al pobre hermano quemado tendrá consigo, ciertamente, documentos falsos, mientras que la Fiera se dispondrá ya a cruzar la frontera usando los papeles con el nombre de Victor de Saint-Maux. Esperemos tan solo que…

Grenzen no terminó aquella frase. En efecto, habíamos llegado a la explanada frente el Belvédère y el agente secreto, dando otra orden al cochero mientras le lanzaba una moneda, bajó del carruaje de un salto y subió corriendo la gran escalinata de entrada. A aquellas alturas, el agente estaba resignado a llevarnos detrás como tres sombras; es más, lo aprovechó para pedirme un favor precisamente a mí.

—Señorita, ¿le importaría hablar usted con el *concierge* del hotel y preguntarle si los señores de Saint-Maux están en su habitación? ¡Aquí la conocen y de ese modo evitaremos impedimentos!

No tuve nada en contra y, poniéndome al lado del agente secreto, me acerqué con él al mostrador de recepción.

—Señorita… —me saludó el viejo recepcionista con una inclinación.

—Buenos días. Perdone, pero tengo cierta urgencia en hablar con el conde Albert de Saint-Maux, ¿sabe decirme si ha salido? —le pregunté.

—Oh, cuánto lo siento, señorita, pero los señores de Saint-Maux acaban de dejar el hotel, se han marchado…

Grenzen procuró dominarse, pero una maldición en alemán se le escapó entre los dientes. El recepcionista, habituado a maneras mucho más suaves, calló de pronto y miró mal a Grenzen, el cual, tomando la iniciativa, preguntó bruscamente:

—¡¿Y cuándo se han marchado, cuándo?!

El *concierge* se estremeció y me miró.

—Por favor… —intervine yo entonces—. Es un asunto de la máxima importancia.

—Los señores de Saint-Maux se han marchado hace poco en carruaje para ir a la estac…

Tampoco aquella vez el pobre recepcionista de hotel pudo terminar lo que estaba diciendo. Como un tigre al restallido del látigo,

Grenzen corrió fuera del hotel, cogiéndonos casi por sorpresa. Yo, que me había sonrojado instantáneamente, farfullé algo al *concierge*, que nos miraba atónito, y salí corriendo tras mis amigos. Asistí entonces a una pequeña escena que probablemente habría encontrado cómica si no hubiese sido presa de tan gran nerviosismo. Grenzen sacó varias monedas de oro del chaleco y se las ofreció al cochero que esperaba fuera del hotel, acompañándolas con unas pocas y perentorias palabras en alemán. Después de unos instantes de completo desconcierto, el hombre, un tipo pequeño y con cabello gris cortado a cepillo, bajó del pescante y, sin apartar los ojos de las monedas que Grenzen le había dado, le pasó las riendas. Era evidente que el agente alemán le había ofrecido al cochero, por aquel viejo carruaje destartalado y el caballo, una cifra mucho más alta de la que podían valer. ¡Aquel fue, pues, un día memorable también para un desconocido cochero de Davos! Pero en aquel momento apenas tuve tiempo de darme cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Vamos, maldición! ¡No hay ni un segundo que perder! —gritó Grenzen, sacudiendo las riendas con rabia. Y, mientras que Sherlock ya estaba montado, Lupin y yo tuvimos que subir de un salto con el carruaje ya en movimiento.

El hotel Belvédère también estaba comunicado con el pueblo de Davos-Platz por una carretera ligeramente más larga y tortuosa que la que habíamos recorrido a la ida; no obstante, los cocheros solían preferirla, porque llegaba directamente a la plaza de la estación, evitando la concurrida calle central. Grenzen la tomó lanzando al caballo, ningún purasangre pero sí un animal joven y robusto, a gran velocidad por la pendiente y avanzó por la carretera de una manera alocada, por decir poco, arriesgándose a hacernos volcar más de una vez. ¡Resultaba claro ya que el agente secreto al servicio del káiser no había bromeado al decirnos que, si lo seguíamos, era por nuestra cuenta y riesgo!

Gracias a aquella conducción temeraria, superada la enésima curva con un pavoroso chirrido de muelles, tuvimos a la vista otro carruaje.

—¡Ahí están! —chilló Grenzen—. ¡Adelante, corre, corre! —añadió haciendo restallar el látigo.

Nos pusimos a espaldas del otro carruaje como un halcón sobre su

presa. Al oír el estrépito de nuestras ruedas, el cochero del carruaje de delante se volvió y gritó algo. Aunque, en aquel momento, el mundo era para mí poco más que una visión incierta y temblorosa, creí ver la cara de sorpresa de Albert de Saint-Maux (mejor dicho, Julien Chatrier) asomando del *fiacre* que nos precedía.

De todo lo que ocurrió en los minutos siguientes conservo, extrañamente, un recuerdo vívido y confuso a la vez, como si se tratara de algo que he visto en sueños en vez de haberlo vivido. Vuelvo a ver a Grenzen sujetando las riendas con una mano y sacando con la otra un revólver del bolsillo interior de la chaqueta. Recuerdo perfectamente la detonación de su disparo de advertencia, que retumbó en el valle, y luego sus gritos.

—¡Chatrier! ¡Metzger! ¡Deteneos! ¡No tenéis escapatoria!

Vi una figura vendada asomarse por el costado del carruaje. Estaba tan habituada a la idea de que se trataba del pobre convaleciente señor Victor, que verlo auparse con increíble energía al pescante me dejó boquiabierta. No tardé mucho en recordar que se trataba en realidad del cruel Arthur Metzger. El hombre vendado desapareció detrás de la pequeña caja para los pasajeros, se sentó en el pescante e instantes después vi al pobre cochero caer del carruaje, tirado del vehículo con un empujón. El pobre hombre tuvo suerte y rodó por un prado de hierba sin hacerse demasiado daño.

En el carruaje, entre tanto, apareció por un momento el rostro de la mujer a la que yo había conocido como *madame* Gourlikova. A muchos les podrá parecer bobo, pero mi mente no había captado un detalle hasta entonces: la excéntrica médium era en realidad Adèle Chatrier, la otra espía enviada desde París para rescatar a Metzger. Sentí una punzada en el pecho. Era de nuevo mi orgullo, que parecía decirme: «¿Cómo has podido dejarte engañar así, tonta, que no eres más que una tonta?».

Pero no tuve tiempo de reconcomerme mucho. Metzger, a las riendas del carruaje que iba por delante del nuestro, fustigó al caballo furiosamente y el vehículo aumentó la velocidad de repente. Experimentaba una sensación muy parecida al vértigo, pero era tal mi deseo de ver lo que ocurriría que mantuve la cabeza fuera de la caja, con los ojos fijos en el carruaje que nos precedía pese al polvo que se alzaba de la carretera.

Chatrier, con un movimiento temerario, se agarró por fuera al techo

y alargó un brazo para intentar alcanzar el equipaje, colocado en el maletero de la parte trasera.
—¡Se habrá dejado la pistola ahí dentro! —exclamó Sherlock, asomándose él también del carruaje.
—¡Sí! ¡Pero yo no voy a dejar que la coja, muchacho! —dijo Grenzen, que disparó un tiro sobre el portaequipajes. El estruendo del disparo me dejó como atontada, mientras nuestra carrera se hacía todavía más veloz. Chatrier, al que habían rozado las astillas que habían saltado del maletero alcanzado, se retrajo y volvió a entrar en el compartimento de pasajeros. El carruaje guiado por Metzger dobló de improviso por un camino más estrecho que se abría a la derecha y Grenzen se vio obligado a tirar de las riendas con fuerza para desviar al caballo en su galopada. El movimiento fue tan brusco que nuestro *fiacre* se ladeó y quedó en equilibrio sobre dos ruedas.
Fui lanzada hacia un costado del carruaje y, puesto que se trataba de uno de esos modelos ligeros, con la caja abierta, corrí el riesgo de salir despedida. Grité, tratando de aferrarme al asiento, y fue Lupin, agarrándome, el que impidió que cayera.
Nuestro vehículo, afortunadamente, se enderezó enseguida y la mano de Lupin guio suavemente la mía hacia un delgado asidero de latón que se encontraba junto al asiento.
—Sujétate aquí, Irene… Dentro de poco habrá acabado todo —me dijo con el tono de quien hace una promesa. Luego se dirigió a Sherlock—: ¡Vamos, Grenzen necesita que le echen una mano!
Yo, en cambio, me maldije a mí misma. La emoción, la velocidad, el estampido de los disparos me habían provocado un fortísimo mareo y no pude hacer otra cosa más que quedarme allí sentada, agarrada a aquella barra, escuchando con los ojos cerrados las voces de fuera del carruaje.
—¡Se dirigen al teleférico de la mina! —dijo Grenzen—. Si logran subirse a una de esas cabinas de hierro, ¡estarán protegidos de las balas y podrán bajar hasta el ferrocarril!
—¡Si suben ellos, nosotros también podemos hacerlo! —replicó Sherlock, que saltó del compartimento para subir también al pescante.
—Yo creo que podemos hacer algo mejor… —dijo Lupin de forma enigmática—. ¿Cree que podría ponerse al lado del otro carruaje?

—preguntó luego.
—Creo que sí, muchacho, pero… —dudó Grenzen.
—¡No tema, *monsieur* Grenzen, sé bien lo que me hago! Usted ocúpese solamente de ponerse junto a ese carruaje —repuso Lupin con firmeza.
No oí más la voz del agente alemán, sino solo el chasquido del látigo y la brusca aceleración que siguió. Los coches de punto de Davos eran todos pequeños *fiacres* de un caballo, con cajas estrechas y ligeras, pero tratar de situarse lado con lado con otro vehículo en aquella carreterita de montaña era realmente una maniobra peligrosa.
Traté de vencer el mareo y, sin soltarme del asidero, me asomé para ver qué se le había ocurrido hacer a mi amigo. Lo vi agazapado junto a Grenzen como un felino listo para dar un salto.
—¡Arsène! —le grité.
Pero no sirvió de nada. Cuando nuestro caballo estaba ya próximo al vehículo guiado por Metzger, Lupin, en efecto, dio un largo y ágil salto y acabó aterrizando en el equipaje colocado en la parte trasera del carruaje. Me quedé de piedra mirándolo, con el corazón latiéndome furiosamente en el pecho. Vi que, con un movimiento rápido, se subía al techo del carruaje, donde se agachó y abrió los brazos, como un acróbata que intenta mantener el equilibrio sobre una cuerda tensa. Dos rápidos pasos adelante y luego… otro salto con los brazos extendidos como las alas de un ave rapaz. Desde aquel momento, en un brevísimo tiempo sucedieron montones de cosas. Lupin, abrazado a Metzger, salió volando del carruaje y rodó por el prado a la derecha de la carretera. Grenzen, con otro restallido de látigo, se puso a la altura del vehículo de los dos Chatrier y luego lo superó.
Antes de que Chatrier pudiera sentarse en el puesto del cochero, ahora vacío, el caballo sin guía se encabritó, con la consecuencia de que el carruaje volcó violentamente y luego se arrastró por el prado en pendiente. Nosotros proseguimos nuestra carrera unos metros más, luego Grenzen tiró bruscamente de las riendas y nos detuvimos. En la carretera se había levantado una gran polvareda. Yo bajé del carruaje y me encontré como inmersa en una nube que los rayos del sol encendían. Oí de nuevo un disparo de revólver y luego los gritos de Grenzen.

—¡Quietos! ¡No deis ni un paso más!
Un soplo de brisa se llevó por fin la nube de polvo y pude ver a Julien y a Adèle Chatrier al borde de la carretera, uno junto a otra, inmóviles como estatuas, a tiro del arma de Grenzen.
—Id a ver cómo le va a vuestro amigo —nos dijo el agente alemán.
Sherlock y yo volvimos por la carretera y encontramos a Arsène con Metzger. La caída le había quitado las vendas de la cara que ahora aparecía como deformada por una mueca de dolor. La Fiera de Estrasburgo cojeaba pesadamente de la pierna derecha, mientras que Lupin, que había usado su cinturón para atarle las manos a la espalda, lo empujaba en nuestra dirección.
—Nunca le agradeceré lo bastante a mi padre el haberme enseñado a caer tan bien —bromeó Arsène. La lucha con la Fiera de Estrasburgo le había dejado arañazos en el rostro y una pequeña herida en la ceja, que parecían traerle sin cuidado.
—¡Soltadme! ¡Os podría dar dinero! ¡Mucho dinero! —gritó Metzger con voz ronca.
Vi que Sherlock le lanzaba a aquel criminal una mirada llena de desprecio.
—¡No ha comprendido nada de nada, señor! ¡Para usted todo ha acabado!
—Eso mismo, canalla… ¡Se ha acabado! —confirmó Grenzen con aire complacido—. ¡Y que nadie intente dar un paso si no quiere que abra fuego! —añadió.
El agente secreto le pidió a Sherlock que cogiera las cuerdas que había en el portaequipajes de nuestro carruaje, que servían para sujetar las maletas, y con ellas él y Arsène ataron juntos de manos y pies a los tres fugitivos.
Mientras que Adèle había bajado los ojos al suelo, Julien Chatrier los había mantenido fijos en Grenzen con aire de desafío.
—¡No hinches tanto el pecho, *boche*! —le dijo después de escupir al suelo—. Si ese cobarde de Von Lachmann no se hubiese echado atrás en el momento crucial, ¡te la habría jugado! ¡Y ahora estaríamos ya en Francia!
Grenzen se limitó a encogerse de hombros.
—Puede ser. Pero lo que cuenta es que, en cambio, estáis aquí, encañonados por mi pistola. Y además… saber escoger a los aliados adecuados es una parte importante de nuestro oficio, ¿no cree,

Chatrier?
Todavía hoy puedo ver, como si la tuviera ante mis ojos, la fugaz pero chispeante mirada que Grenzen nos lanzó mientras pronunciaba aquellas palabras y sus labios se curvaban en una sonrisa apenas visible.

Capítulo 18

OTRO «HASTA LA VISTA»

Wilhelm Grenzen nos pidió que le hiciéramos un último favor y fuéramos a avisar a un tal Ochsenherz a una pensión a la entrada del pueblo de Davos-Platz. Descubrimos que no era sino el hombre al que nosotros habíamos apodado el Gigante. Al principio no se fio de nosotros, pero cuando desgranamos todos los detalles de la situación se estremeció y nos pidió que lo lleváramos inmediatamente con su jefe. Fue lo que hicimos, y él y Grenzen tomaron a su cargo a los tres prisioneros.

A nosotros tres solo nos quedó encaminarnos al hotel Belvédère. Anduvimos en silencio un buen trecho y yo tuve la impresión de que mis amigos compartían mis mismos sentimientos: el verde valle con los rebaños pastando, los vastos bosques de abetos, las cimas rocosas plateadas, el cielo sereno de un azul triunfante, todo lo que nos rodeaba, en suma, parecía irreal después de lo que habíamos

vivido en aquella última y frenética hora.
De todos modos, paso tras paso, el latido de nuestros corazones se hizo más regular y lentamente todo volvió a parecernos normal. Fue Arsène quien rompió el silencio.
—¿Y ahora qué sucederá?
—Grenzen es un agente secreto alemán en tierra extranjera, no podrá hacer mucho más de cuanto ya ha hecho —le contestó Sherlock—. Es probable que ahora empiece un largo baile de papeleo, embajadores, negociaciones, ministros… ¡Algo que haría las delicias de mi hermano Mycroft, o sea, un pozo de puro aburrimiento!
—¡Me gustaría pensar que, tras todo ese baile, el monstruo de Metzger no acabe saliendo airoso! —intervine.
—Creo poder excluirlo —dijo Sherlock—. Ahora que su misión ha fracasado, también los franceses, los últimos dispuestos a darle una oportunidad, le volverán la espalda. Ya sea en una nación o en la otra, para él ha llegado el momento de rendir cuentas.
Las palabras de Holmes me tranquilizaron. Con tal de que la Fiera pagase por todo el mal que había hecho, yo habría estado dispuesta incluso a perdonar a los cónyuges Chatrier, que se habían burlado de mí de aquella manera tan odiosa.
Cuando tuvimos a la vista el edificio blanco del Belvédère, de repente me di cuenta de que también mi futuro inmediato iba a estar cubierto de nubes de tormenta. ¡Eran casi las tres y Horace me había esperado en vano para la comida sin recibir ninguna noticia de mí!
Me despedí de mis amigos, por tanto, y les pedí que pasaran a visitarme más tarde. Pensé que lo mejor sería presentarme ante el señor Nelson, contarle la verdad y ofrecerle mis disculpas. Así que subí a la habitación 319 y llamé. Horace vino a abrirme y enseguida miró reprobatoriamente mi vestido polvoriento y descompuesto.
—Horace, le pido disculpas. Sé que ahora creerá que soy incorregible… —empecé a decir.
—No lo creo en absoluto, señorita Irene —respondió duramente Horace después de un hondo suspiro—. A estas alturas tengo la completa certeza de su incorregible tendencia a meterse en problemas. Afortunadamente, por lo que parece, también tiene un notable talento para salir siempre indemne. Supongo, pues, que

tendré que contentarme con poder devolverla entera a casa.
Abrí los labios para decir algo en mi defensa, pero Horace me indicó con un gesto de la mano que todavía no había terminado de hablar.
—Al respecto, aunque el señor D'Aurevilly, generosamente, haya dejado instrucciones al director del hotel para que su estancia se prolongue cuanto quiera, creo que no es el caso de aprovechar su amabilidad. Por ello, y si me da su permiso, había pensado comprar dos billetes para el tren nocturno a París de mañana.
—Está bien —dije, convencida yo misma de que ya no había ninguna razón para prolongar nuestra estancia en Davos—. Pero ¡no es cierto que tendrá que contentarse con hacerme de aya hasta casa! Da la casualidad, de hecho, de que tengo novedades más bien desconcertantes sobre algunos clientes de este mismo hotel. ¡Todos ellos personas que usted ha conocido estos días y que son algo muy distinto de lo que decían ser! —añadí al tiempo que me sentaba en una butaca que estaba al lado.
Si era cierto que Horace me conocía a la perfección, era igual de cierto que yo lo conocía a él. Por eso sabía que, como toda persona inteligente, era también muy curioso.
No me equivoqué. El señor Nelson intentó conservar su aire altivo unos instantes, pero luego, posando sus ojos oscuros y profundos en mí, hizo un gesto con las manos como queriendo decir «¡Al diablo!», y vino a sentarse en la butaca junto a la mía.
—¡Adelante, cuéntemelo todo!
Y así fue como, omitiendo los detalles relativos a la temeraria acción en que mis amigos y yo habíamos obrado codo con codo con un espía alemán y que sin duda me habrían procurado la reprobación del señor Nelson, le conté a mi mayordomo y amigo lo que acabábamos de descubrir acerca de Albert y Victor de Saint-Maux y de *madame* Gourlikova. Mi relato dejó a Horace literalmente boquiabierto y, cuando volví por fin a mi habitación, oí que aún comentaba en voz alta aquella increíble peripecia.
Me concedí entonces un largo baño y tras cambiarme para la cena bajé a la terraza a esperar a mis amigos con unas galletas de jengibre y un vaso de limonada a mano.
Cuando, media hora más tarde, mis amigos llegaron al Belvédère, estaban de excelente humor.

—Grenzen ha pasado a despedirse —dijo Lupin, mordisqueando una galleta de la bandeja.
—A despedirse y a darnos las gracias —precisó Sherlock, no sin cierta complacencia—. Y también nos ha informado de que los dos Chatrier y Metzger han sido llevados a una cárcel de Zúrich. Según parece, el primer ministro Von Bismarck en persona se ha interesado por el caso y ha sido inflexible: ¡Metzger deberá pagar por sus delitos en tierras alemanas! —concluyó, cogiendo una galleta a su vez.
—En cuanto a los dos Chatrier, puede que salgan de esta con solo unos meses en chirona aquí en Suiza —añadió por último Lupin.
Les di las gracias por las novedades, pero la verdad era que ya tenía auténticas ganas de dejar atrás toda aquella historia. Tenía muchas cosas en que pensar, empezando por comprender qué iba a ser de mi vida con mi familia adoptiva. ¿Podría seguir llevando una vida aparentemente normal bajo aquel techo? Me lo preguntaba sin hallar respuesta.
Estaba también mi relación con mi verdadera madre, Alexandra Sophie von Klemnitz. Tenía la determinación de conquistar su completa confianza, de forma que la empujara a desvelarme por fin todos los secretos que aún velaban mi pasado.
—Mañana debo regresar a Évreux —dije sin preámbulos.
Mis amigos asintieron sin decir nada. Me pareció percibir una nota de tristeza en sus miradas, la tristeza de quien se da cuenta de que la aventura ha llegado a su fin. Razonando en términos más concretos, no obstante, estaba claro que también Sherlock y Lupin debían volver a casa cuanto antes.
—¡Qué lástima! ¡Este lugar es magnífico y uno no se aburre nunca! —comentó Lupin, y se echó a reír. Después, palpándose el bolsillo de la chaqueta, añadió—: Pero, por otra parte, ¡el peculio está a punto de terminarse!
—Al igual que mi credibilidad como experto escalador desplazado a los Alpes —suspiró Holmes—. También a mí me ha llegado el momento de regresar a Londres.
—¡Eh! —exclamó Arsène tras un instante de silencio—. La geografía no es mi fuerte, pero creo que los tres tenemos que ir a París, ¿verdad?
Puesto que las cosas estaban así, decidimos que partiríamos de

Davos en el mismo tren para poder pasar juntos algunas horas más. Así que, a la mañana siguiente, en cuanto supe por Horace en qué tren viajaríamos nosotros, se lo comuniqué a mis amigos, que corrieron a comprar el billete. Se trataba del *Flèche des Alpes*, un lujoso y moderno tren con salida de Davos a las siete de la tarde y que viajaba durante toda la noche para llegar a la Gare de Lyon parisina a las ocho del día siguiente.

Después de una mañana de preparativos y un último paseo con Horace, mis amigos y yo nos encontramos en la estación de Davos-Platz a las seis y media. Tal vez porque el trasiego de viajeros de todas las nacionalidades, con su alegre confusión, me pusiera de buen humor o porque en aquellos días aún tenía el corazón de una niña, al menos en parte, es innegable que la idea de montar con mis mejores amigos en un tren que, viajando por la noche, atravesaría una buena porción de Europa me provocaba una viva emoción.

Horace y yo habíamos reservado dos compartimentos en los *wagons-lits* de primera clase, mientras que Arsène y Sherlock solo se habían podido permitir una litera en los de segunda. Eso me causó algo de vergüenza, pero mis inimitables amigos resultaron serlo una vez más y no le dieron importancia. En cuanto el tren partió, por lo demás, nos juntamos en el vagón restaurante, donde pedimos té y disfrutamos con el espectáculo de los valles alpinos que discurrían junto a nosotros con su apacible imponencia.

La presencia de Horace en nuestra mesa garantizó una conversación agradable e ingeniosa, pero a Sherlock, a Lupin y a mí nos impidió hablar libremente de la asombrosa aventura que acabábamos de vivir juntos. Por lo que a mí respecta, había pasado buena parte de la noche precedente sin pegar ojo, repasando los detalles de aquella historia que aún me resultaban oscuros, y no veía la hora de poder compartir todas aquellas dudas e interrogantes con mis amigos.

Nos quedamos en el vagón restaurante hasta el primer turno de la cena, que aprovechamos para que nos la sirvieran también. Cuando terminamos, Horace me tomó cortésmente del brazo.

—No creo que sea necesario que le recuerde que, al final de una cena, las señoritas de su edad se despiden para retirarse a sus aposentos, ¿verdad?

Miré a Horace a los ojos. Con él no conseguía enfadarme. Simplemente estaba cumpliendo con su deber y, puesto que

Sherlock y Arsène viajaban en el mismo tren, quería asegurarse de que yo no me metía en más líos. Lo comprendía, y estaba segura de que él me habría comprendido cuando, fingiendo darles un último abrazo a mis amigos, les susurré al oído:
—¡A las once en punto! ¡Aquí!
Mis amigos, con grandes sonrisas, simularon que me daban las buenas noches y Horace y yo nos marchamos para ir a nuestros compartimentos.
¿Captaría mi buen mayordomo el centelleo de astucia que había en mis ojos cuando le di a él las buenas noches? Nunca sabré la respuesta a esta pregunta. Lo que sé bien, en cambio, es que permanecí tumbada en mi cama, sin desvestirme y sin dejar de preguntarme por los puntos oscuros de lo sucedido en el hotel Belvédère durante mi estancia. Cuando vi que el relojito de pared que había junto a mí marcaba las 22.55, me puse las pantuflas para no hacer ruido al andar, abrí la puerta con cautela y me escabullí rápidamente por el pasillo del tren.
Mis amigos me esperaban ya delante de la puerta del vagón restaurante. Con ellos, de todos modos, estaba el jefe de tren, con su gorra alta ceñida por un cordón dorado. Vi, con cierta preocupación, que estaba cerrando con llave la puerta del vagón restaurante.
—¡Lo siento, jovencitos! —les decía a Sherlock y a Arsène—. El restaurante cierra a las once en punto y vuelve a abrir a las seis de la mañana. Los retretes disponen de agua limpia y, si tenéis necesidad de alguna otra cosa, dentro de poco haremos parada en Ginebra y podréis bajar al café de la estación.
—Se lo ruego, señor, sea gentil, no haremos nada malo… —lo intenté.
Pero el jefe de tren fue inflexible.
—¡Ni hablar, señorita! Y creo, además, que usted debería…
Estaba terminando de reprenderme cuando el tren sufrió una pequeña sacudida. Con gran sorpresa, vi que aquel pequeño bamboleo hizo perder el equilibrio a Lupin, que tuvo que apoyarse en el jefe de tren para no caerse.
—¡Discúlpeme! —se apresuró a decir—. Entonces haremos lo que dice. Bajaremos en la estación de Ginebra, ¡gracias!
El hombre asintió con la cabeza y, después de lanzarme una última

mirada de desaprobación, desapareció en el vagón a mi espalda. Sherlock y yo nos volvimos hacia Lupin y lo traspasamos con nuestras miradas interrogativas.
—¡Ese pobre hombre tenía derecho a ir a echarse una siestecita en paz! —murmuró nuestro amigo.
Nosotros lo miramos estupefactos.
—¡Igual que nosotros tenemos el derecho de ocuparnos un poco de nuestras cosas en el vagón restaurante! —continuó él, riéndose, mientras sacaba del bolsillo la llave que acababa de birlarle al jefe de tren.
—¡Una rapidez considerable, compinche! —lo felicitó Sherlock—. Y ahora ¡vayamos!
Cogiendo la llave, abrió la puerta y nos invitó a entrar. Elegimos una mesa en el centro del vagón para estar lejos de las dos puertas de los extremos y encendimos solamente la pequeña luz de gas que había junto a la mesa.
Jamás podré olvidar la atmósfera que se creó en aquel momento, con los asientos de cuero y la bruñida *boiserie* sumida en la penumbra, nuestros tres rostros dibujados por el claroscuro anaranjado de la lámpara y el paisaje inmerso en la oscuridad corriendo junto a nosotros, al otro lado de la ventanilla.
—¿Queréis saber la verdad? ¡En esta historia hay un montón de cosas que no me cuadran! —dijo Lupin en voz baja.
—¡Tampoco a mí! —reconocí yo.
No puedo decir que me sorprendiera el hecho de que Sherlock, sentado frente a mí, no se uniera a nuestro pequeño coro.
Nuestro amigo se quedó callado un momento y después dijo:
—¿Ah, sí? En cambio, todo es tan sencillo…
Desde la noche anterior yo contaba con que Sherlock tendría las respuestas que buscaba. Pero preferí, como siempre, dárselo a entender de una manera no demasiado seria.
—¡De acuerdo, mister Todosencillo! Entonces empieza por explicarme esto: durante mucho tiempo pensamos que la clave para comprenderlo todo eran el castillo de hielo y su propietario, el barón Von Lachmann… Pero, al final, me parece que no han tenido ningún papel en este asunto, ¿me equivoco?
—Buena pregunta, Irene —se congratuló Sherlock—. Tan buena que yo mismo, ayer, paré a *herr* Grenzen a la entrada de la pensión para

hacérsela antes de que se marchara.
—¡¿Y?! —lo acució Lupin, ligeramente molesto por no haber sido informado antes de aquel particular.
—Nada distinto de lo que había imaginado… Vosotros también oiríais lo que dijo Chatrier cuando lo capturamos, calificó de cobarde a Von Lachmann y lo acusó de haberse echado atrás en el momento crucial. Pues bien, Grenzen me contó que Von Lachmann es un noble austríaco de antiguo linaje, que incluso ha escrito con seudónimo un panfleto lleno de rencor contra Prusia por los golpes que este país ha inferido recientemente al suyo.
—Un retrato interesante… —comenté—. Pero ¿qué tiene que ver con nuestra historia?
—Se explica enseguida: en un primer momento, se dijo dispuesto a ayudar a los franceses en su operación antialemana hospedando secretamente a Metzger en el castillo de hielo hasta que se hiciera el cambio de persona —detalló Sherlock—. Luego, sin embargo, preocupado por una misteriosa intrusión en el parque de su castillo… —Mientras pronunciaba aquellas palabras, Holmes nos miró a Lupin y a mí, y no pudo reprimir una risita—. Después de una misteriosa intrusión, decía, temiendo que todo el asunto se estuviera volviendo demasiado peligroso, Von Lachmann, que evidentemente es el clásico tigre de papel, se echó atrás y decidió expulsar a Metzger de su castillo.
—¡Eso era, entonces, lo que Von Lachmann fue a hacer al Belvédère! A darle a Chatrier la mala noticia de que se retiraba del juego —intervino Lupin levantando el dedo índice en el aire.
—¡Exacto! —confirmó Sherlock—. Y los chillidos de su cómplice Gourlikova y el falso robo de las perlas no fueron más que una desesperada improvisación para esconder la bronca con ese bobo de Von Lachmann, que se producía en pleno hotel lleno de veraneantes.
He de confesar que, pese a que no podía guardarles ninguna simpatía a Adèle y Julien Chatrier, sentí cierta admiración por ellos. Imaginé, de hecho, qué clase de contratiempo había sido en su astuto plan la repentina renuncia del pávido Von Lachmann. Me pareció que la improvisada representación del robo para no arriesgarse a que alguien oyera las palabras del barón denotaba verdaderamente la frialdad necesaria para ser un gran espía.

Había, no obstante, otro detalle relativo al castillo de hielo que todavía no había logrado explicarme.
—¿Y aquella luz? —pregunté—. La que vi encenderse y apagarse tres veces la noche de mi llegada.
Sherlock asintió, como si esperara aquella pregunta mía.
—Como bien recordarás, la luz solo era visible desde la torre donde se encuentra la *suite* que ocupaban los hermanos Saint-Maux. Obviamente, no se trataba de una casualidad. Estoy seguro, en efecto, de que era una señal establecida con la cual Von Lachmann advirtió a Chatrier de la llegada de Metzger.
Lupin, a mi lado, dio un respingo.
—¡Pues claro! Si se piensa bien… es muy probable que Metzger recorriera el mismo túnel secreto que nos sirvió a nosotros para huir del castillo al entrar en la mina abandonada.
Yo también enderecé la espalda de pronto, como si hubiera recibido un fustazo. Las palabras de Arsène habían removido algo en mi mente. Por un cómico reflejo, me vi mirando por la ventanilla, donde reinaba una densa oscuridad. Por un instante volví a verme a mí misma sentada en el compartimento de otro tren, el que me había llevado a Davos-Platz pocos días antes. Recordé el momento en que la locomotora se había detenido inexplicablemente y yo había visto por un instante una figura huidiza que desaparecía en el bosque…
«¡Metzger!», pensé.
Sin saberlo, había asistido, pues, al principio de aquella increíble aventura. Enseguida les puse al corriente de aquella singular circunstancia a mis amigos, que se sorprendieron tanto como yo. Una vez más parecía que al destino le encantaba gastarme pequeñas bromas como aquella.
Lupin, junto a mí, me pareció impresionado también por las consecuencias de las revelaciones recién oídas.
—Pero entonces… la sesión de espiritismo y la desaparición de Victor… —murmuró con los ojos desorbitados.
—Simplemente formaban parte del plan alternativo del matrimonio Chatrier, plan que los dos debieron idear a toda prisa tras la deserción de Von Lachmann —confirmó Sherlock.
—¡Desde luego, esos tipos deben de ser dos grandes amantes del teatro para ocurrírseles semejantes payasadas! —soltó Lupin.

Vi que las facciones de Sherlock, a la luz ambarina, se contraían en una leve mueca.
—Se trata de payasadas únicamente si las juzgamos superficialmente, es decir, por su apariencia.
—¿Qué quieres decir?
—Que si, en cambio, juzgamos los movimientos de los Chatrier a partir de los efectos que han tenido, ¡entonces es otro cantar! —respondió Sherlock, apoyando los codos sobre la mesa e inclinándose ligeramente hacia adelante—. Pensadlo… El cambio de persona entre su misterioso cómplice vendado y Metzger ya no podía producirse en lugar seguro, en el secreto del castillo de hielo. Así que esos dos, con sus «payasadas», se aseguraron de poder realizar, en el momento y en el lugar precisos que ellos mismos habían establecido con el fin de evitar todo contratiempo, tanto el cambio de persona como el rescate de Metzger, por fin disfrazado de Victor. ¡Y todo eso en medio de un montón de gente que no sabía nada, que no solo no sospechó nada, sino que, además, les sirvió de tapadera!
Las palabras de Sherlock no hicieron sino confirmar mi impresión de poco antes: Adèle y Julien Chatrier eran realmente dos espías de increíble habilidad. El modo en que habían logrado ocultar con una cortina de engaños lo que realmente sucedía me dejaba sin palabras. Lo mismo debía de ocurrirle a Lupin, ya que ambos nos quedamos un buen rato en silencio, pensando.
—Bien —dije al fin—, creo que lo único que queda por explicar es el triste final de nuestro pobre Elfo.
Sherlock concordó conmigo.
—Sí. También se lo pregunté a Grenzen. Él está seguro de que fue obra de Chatrier o, más probablemente, del cómplice que se escondía bajo las vendas de Victor. Después de la renuncia de Von Lachmann, que sostenía que había gente rondando por su castillo, los agentes franceses temieron que el cerco se estuviera estrechando en torno a ellos y uno bajó a Davos en busca de posibles espías enemigos. Por lo que parece, la Drei Loewen es la taberna que frecuentan los contrabandistas y otra gente de mala vida en la zona y, por tanto, el lugar más evidente donde buscar información sobre eventuales movimientos sospechosos en el valle. El Elfo, por desgracia, se expuso demasiado en su acción y de ahí que…

Sherlock dejó la frase a medias. Sabíamos muy bien cuál había sido el resultado.
Yo suspiré largamente. Ahora me parecía por fin que todas las teselas de aquel mosaico estaban en su sitio.
Pero no por ello mis amigos y yo pensamos, ni siquiera por un segundo, abandonar aquel maravilloso lugar que habíamos conquistado gracias a la rápida mano de nuestro amigo Arsène. Cuando tuvimos a la vista la estación de Ginebra, apagamos la lámpara de nuestra mesa y nos acurrucamos en los asientos, callados, para no correr el riesgo de ser descubiertos por el jefe de tren. La parada, en todo caso, fue más bien breve y todo salió bien. Cuando estuvimos lejos de la ciudad, volvimos a encender la luz y nos quedamos inmersos en aquella densa y envolvente penumbra mientras el tren surcaba la noche silenciosa. Hablamos de nosotros, de nuestras familias, de nuestros propósitos para el futuro y de cualquier tontería que se nos pasó por la cabeza.
De aquel modo, las horas transcurrieron casi sin darnos cuenta. Fue Arsène quien recordó de pronto las palabras del jefe de tren: ¡el vagón restaurante reabría a las seis en punto! Aunque de mala gana, nos fuimos de allí a las cinco y media pasadas y nos despedimos en voz baja en un pasillo oscuro del tren antes de retirarnos a nuestros respectivos compartimentos, justo a tiempo para cerrar los ojos un rato antes de la llegada a París.
Me despertaron los golpes de Horace en mi puerta cuando estábamos ya entrando en París. Me espabilé de golpe y tuve que hacer todo apresuradamente para estar presentable a la entrada del tren en la Gare de Lyon.
El cielo de París recibió mis ojos hinchados por aquella noche casi en vela con una luz plateada que se traslucía a través de un velo de nubes blanquecinas. ¡Qué contraste con el azul resplandeciente de los Alpes! Cuando bajé del tren, Sherlock y Arsène estaban ya en el andén, junto a un sofocado mozo de estación que, con ayuda de Horace, estaba colocando el equipaje en un pequeño carro. Al verlos sentí que se me encogía el corazón. Había llegado de veras el momento de despedirnos.
—Señorita Irene, nuestro tren a Évreux parte dentro de tan solo diez minutos, le ruego que no se retrase —me dijo Horace. Pero, pese al poco tiempo de que disponíamos, el buen mayordomo tuvo la

delicadeza de dejarme sola con mis amigos unos instantes.
No tenía ninguna intención de mostrarme a sus ojos como una tonta llorica, así que refrené las lágrimas que sentía a punto de saltárseme, respiré hondo y sonreí.
—Tengo la impresión de que debo volver a la soporífera vida campestre y a mis clases de canto —dije—. Entenderéis, por tanto, que, si no me escribís a menudo cartas largas y llenas de detalles, ¡os consideraré responsables del aburrimiento en que me hundiré! —concluí, amenazándolos en broma con el dedo levantado.
—Precisamente estaba pensando en mejorar mi estilo epistolar —bromeó Arsène—. Además, ¡París no está tan lejos de Évreux!
—Londres lo está un poco más, lamentablemente —intervino Sherlock—. Pero te prometo que serás sepultada por mis papelotes. Tengo que pedirte también que me informes la próxima vez que salgas de viaje. Parece que tienes un olfato excepcional para los lugares… ¡interesantes! —terminó de decir, logrando que me riera.
Y llegó de verdad el momento de despedirnos. Un abrazo fugaz en medio del revuelo de gente corriendo hacia su tren y luego me fui, dejando que el ejército de lágrimas ocupase por fin el campo de batalla de mis ojos. Antes de llegar hasta Horace, que me esperaba al final del andén, me volví por última vez con los ojos brillantes y saludé a Sherlock y a Arsène con un gesto de la mano.
—¡Hasta la vista! —grité para que me oyeran entre el caos de la estación.
Eran las palabras más sencillas del mundo y, sin embargo, expresaban todo lo que sentía en aquel instante: el deseo de volver a ver pronto a mis dos insustituibles amigos.